

---

# **Las Harpías en Madrid y Coche de las Estafas**

Alonso de Castillo Solórzano

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7414**

---

**Título:** Las Harpías en Madrid y Coche de las Estafas

**Autor:** Alonso de Castillo Solórzano

**Etiquetas:** Novela, novela picaresca

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 10 de febrero de 2022

**Fecha de modificación:** 10 de febrero de 2022

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

## Las harpías en Madrid y coche de las estafas

Sevilla, antigua ciudad de nuestra España, cabeza de la Andalucía, asilo de extranjeras naciones, depósito de los ricos partos de las Indias Occidentales, madre de claros ingenios y, finalmente, patria de claras y nobles familias, lo fue también de dos hermosos sujetos: éstas eran dos damas que, por faltarles su padre (que murió en la carrera de las Indias), quedaron huérfanas en la compañía de su madre que, viuda y pobre, perdió cerca de la Habana marido y hacienda a un tiempo.

Tenía algunas deudas en Sevilla de empréstitos que la habían hecho con la esperanza de la venida de su esposo, y viéndose que si las pagaba con el poco caudalejo que tenía, se quedaban sin qué comer, determinó mudar de tierra por mudar de ventura; esto antes que se dilatase por Sevilla la muerte de su malogrado esposo.

Dudosa estuvo si su mudanza sería a Granada o a Córdoba, y estando en esta confusión, entró una anciana amiga que tenía, a quien dio cuenta de su determinación y comunicó su duda. Era la vieja de agudo ingenio y de mayor experiencia, y viendo en su amiga tal perplejidad en elegir, le dijo estas razones:

—Amiga Teodora (que este era el nombre de la recién viuda), dos cosas me dan licencia para aconsejarte en tu nueva determinación: la una mi grande experiencia y la otra la amistad que contigo tengo. Siempre oí decir que en corto golfo hay poco que navegar, menos brazadas da el que nada en una breve laguna que quien se halla en un dilatado río. Granada y Córdoba no niego que no son muy buenas

ciudades; aquélla, ilustrada con tantos moradores, Real Chancillería y concurso de negociantes; y ésta poblada de antiguas casas de nobles caballeros y ricos ciudadanos; mas en comparación de Madrid, corte del español monarca, cada una de estas ciudades es una aldea, ¿qué digo aldea?: un solitario cortijo.

Es Madrid un maremagno donde todo bajel navega, desde el más poderoso galeón hasta el más humilde y pequeño esquife; es el refugio de todo peregrino viviente, el amparo de todos los que la buscan; su grandeza anima a vivir en ella, su trato hechiza y su confusión alegra. ¿A qué humilde sujeto no engrandece y muda de condición para aspirar a mayor parte? ¿Qué linaje obscuro y bajo no se bautizó con nuevo apellido para pasar plaza de noble? Finalmente, Teodora, la corte es el lugar de los milagros y el centro de las transformaciones. Diote el cielo dos hijas que, a ser mías, con la hermosura de que las ha dotado, pensara llevar en cada una de ellas un Potosí de riquezas; poco he dicho, una India entera con plata, perlas, oro y piedras preciosas, que esto se alcanza con la belleza. Con una sobrina mía me hallé en Madrid, que no tenía más partes que un buen despejo y una razonable voz, y si siguiera mis consejos hoy día, manaran oro los cimientos de mi casa. ¿Qué galas no rompió?, ¿qué regalos no tuvo?, ¿qué fiesta se le escapó que no viese? En fin, Teodora, por ella y mi buena diligencia, siempre estaba en mi posada lo lucido y lo ilustre de la Corte, nada me faltó y todo lo hallé, y durara esta dicha, si este negro amor no la hechizara con el empleo de un capitán, que fue su total destrucción y la mía, pues nos jugó cuanto adquirimos y al cabo fue la causa de su muerte. ¡Mal hayan estos amores particulares que tan caro cuestan a las que en general son damas de placer en la Corte! Pues si esta moza, con tan pocas partes, hizo la riza que ves, con dos portentos de hermosura, dos prodigios de beldad en que entres en Madrid, ¿qué no te puedes prometer, y más con las accidentales gracias que han adquirido? Desde aquí puedes poner por súbdita la juventud de Madrid, así noble como rica, porque lo

demás ayuda al aplauso, mas no aumenta el provecho. ¿Qué justicia no tendrás de tu parte?, ¿qué galas no vestirán tus hijas? Las que no quisieren. Acabo mi discurso con que no dilates el ponerte en camino, que todo cuanto tardas en llegar a la Corte pierdes de tus aumentos. ¡Oh, cuán importante te fuera mi compañía y consejo allá para tomar la altura de las cosas y los fondos a todas ellas! Mas hállome en los últimos tercios de mi vida y he hecho mi retirada a echarme ya a morir; con todo, te daré una instrucción que te será importante para que te gobiernes y precisa para que adquieras hacienda.

Estimó en mucho Teodora los consejos de la anciana y con su persuasión mudó de intento y enderezó proas a Madrid, esperando con los advertidos documentos que le prometió verse de buena ventura, y así acomodando su ropa en un carro de los del ordinario de Sevilla, y asimismo sus personas, se pusieron en camino de Madrid, no olvidándose de llevar la instrucción de la taimada vieja amiga suya.

Ya que hemos puesto en camino a Teodora y sus hijas, siendo ellas el principal asunto de este libro, razón será que se digan sus partes, y así servirá la pluma de copiar sus perfecciones como de describir sus adquiridas gracias.

Era la mayor (llamada Feliciano) de dieciocho años, su rostro blanco, bien proporcionado, negro el cabello, hermosos ojos, perfecta nariz, breve boca, frescos labios, iguales, menudos y blancos dientes, sus mejillas (sin el artificio del resplandor) vertían rosa púrpura entre blanca nieve; su mirar agradable, su habla sonora y la más dulce voz que había en España, cultivada con la destreza de un gran maestro que la dio las licciones bastantes para saber cantar diestramente a una arpa y a una guitarra, dando admiración a quien la oía. Danzar y bailar lo hacía con grandísima gallardía y donaire, porque, fuera de que la disposición y gentileza del hábito le ayudaban a esto, ella lo había deprendido con tanto cuidado, que era la primera del orbe.

Su hermana Luisa, que este era su nombre y de un año menos que Feliciano, era morena de color, ojos negros rasgados muy vivos y alegres, nariz, boca, dientes y barba en más breve proporción que las facciones de su hermana, aunque no menos perfectas; algo menor de cuerpo, pero de airoso disposición y de más bullicio, imitábale en la buena voz y destreza de tocar los dos instrumentos referidos y del mismo modo en el danzar y bailar, pues como condicípulas de un buen maestro no malograron su enseñanza.

Eran con esto muy bien entendidas, que es el oro sobre tan vistosos matices. Bien podía, con estos dos hechizos prometerse Teodora cuanto la vieja la había asegurado; y al modo que cuando un corsario de los que cursan los marítimos golfos sale de su patria con dos bien artilladas galeras reforzadas, así de chusma como de gente de guerra, para con ellas surcar mares y conocer regiones donde saciar su demasiada codicia en los robos que piensa hacer, así Teodora, con las dos hermosas mozas que llevaba, adornadas de tantas perfecciones, compuestas de tantas gracias, sazonadas de tanto donaire, se prometía al salir de su patria inclinar voluntades, granjear aficiones y que sus efectos llenasen presto sus talegos de moneda, sus cofres de vestidos y su casa de lucidos adornos.

No se sabía de Feliciano más travesura que la que con su maestro de danzar había hecho, quizá por paga de la buena enseñanza. Sabidora su madre deste descuido después de hecho, sintiendo entrañablemente que en trueque de mudanzas hubiese dado lo que pudiera al de firmezas a quien con más pródiga mano supiera pagar primicias tan mal desperdiciadas, y así esperaba de la hermosa Luisa un grande donativo en llegando a la Corte; de suerte que éste restaurase las dos pérdidas, al modo del que vende un par de perdices, que las mejoras de la una suplen los defectos de la otra.

Faltábale a Teodora el dar apellido a sus hijas y aun el tomársele ella, que es una de las importantes circunstancias

que le advirtió la vieja, y acordándose de las nobles casas de los señores de España, se puso a escoger como en peras; y así quiso que su mayor hija se llamase doña Feliciana de Toledo, apellido que quiso que le viniese por línea masculina traído arrastrando por los cabellos de la casa de Alba, sin que en ella le hiciese falta este robo. Restaba que del suyo se derivase el de su hija doña Luisa, y así se aplicó el de Cardona, con perdón de su duque.

Con este ajuar de dones y apellidos (que cuestan poco y ganan mucho) pisó los umbrales de la puerta de Toledo, si hemos de dar puertas a la Corte después que los contagiosos polvos de Milán la han cercado. Acudió el carro a su parador, donde se desembarazó de aquellas señoras y de su breve menaje de casa, porque lo más había reducido doña Teodora a dinero con pensamiento de comprarlo en Madrid.

Aquella noche durmieron allí, aunque incómodamente, y el siguiente día se mudaron a una posada de las buenas que tiene la calle de la Espada.

Posaba en ella un anciano caballero que estaba un año había pretendiendo un corregimiento, habiendo servido a Su Majestad en otros de importancia. Éste se les ofreció con mucha cortesía y afabilidad a todo cuanto le mandasen; estimaron la merced que les hacía y por entonces no le pusieron en más cuidado que pedirle prestado su coche para salir esotro día a ver Madrid, cosa que él ofreció con mucho gusto.

Deseaba Teodora asentar real en buena parte, digo, buscar casa en buenos barrios, y así, esotro día, aprovechándose de la merced del caballero de su posada, fueron en su coche por Madrid. Llevólas el cochero por la calle de la Merced atada en la de Toledo; de allí a la Plaza Mayor, donde admiraron su grandeza y exageraron su igualdad de casas y balcones. Salieron de allí a la Puerta de Guadalajara y Platería, y del fin de ella volvieron a subir a la calle Mayor, tan nombrada en todas partes.

Ésta reconoció la anciana Teodora por el curso donde habían de andar sus dos galeras, de que esperaba ser astuta pirata sin dejar bolsa segura de piante ni mamante.

Traía aviso de la astuta vieja de Sevilla que los barrios cerca de San Sebastián eran los más frecuentados de todo Madrid de la gente moza, así por estar cerca los dos corrales de las comedias, como por vivir en ellos muchas damas de la profesión, que pensaban ser las que Teodora introducía en la Corte; y así quiso hacer su habitación en ellos, para lo cual mandó al cochero que guiase allá. Siguió la calle que ruaba hasta salir a la Carrera de San Jerónimo, admirándoles a las dos hermanas la riqueza de las tiendas, las muestras que de lo que había manifestaban. Pues como llegasen a la calle del Príncipe entróse por ella el cochero. Bien estarían a la mitad de ella, cuando en una buena casa vieron que un papel fijo en su puerta daba razón de cómo en ella se alquilaba el cuarto mas principal. Acercando el coche doña Feliciana lo leyó desde el estribo; con esto se apearon, y pidiendo las llaves de él, en un cuarto bajo que a la entrada había, subió a él una criada a mostrársele. No era la casa grande y así el cuarto era acomodado para lo que doña Teodora había menester. Bajaron con esto a tratar del precio adonde les dieron las llaves, y entrando en la primera sala hallaron en un estrado una señora viuda rezando en unas horas. Tenía autorizada presencia y dábanle más autoridad unos antojos que suplían cortedades de vista. Esta señora se levantó a recibir las forasteras con mucha afabilidad, y viendo las dos hermanas tan hermosas, las abrazó diciendo:

—¿Tales serafines han venido a querer vivir a esta casa? No se irán sin quedarse en ella, pues tanta dicha es para mí. ¡Hola, Costancia, Dorotea, salid y veréis dos portentos de belleza, dos milagros de hermosura! ¡Jesús, Jesús!; vuestas mercedes, mis señoras, no deben ser de Madrid, que nunca en él he visto tal beldad.

Díjola Teodora cómo eran de la ciudad de Méjico, de la Nueva

España.

—Tal creo yo (replicó la anciana) que del otro mundo habían de ser estos ángeles. Siéntense aquí, mis reinas, en tanto que mis hijas salen, que como gente moza y sin el cuidado de gobernar casa duermen a sueño suelto, como dicen.

Obedecieronla las tres sevillanas bautizadas por de Méjico y comenzaron a tratar de lo que se les había de dar por el cuarto. La anciana dijo que la casa no era suya más que por cinco meses; tenía facultad para poder alquilar lo que estaba vacío, por haberlo dejado una amiga suya que se había ido de la Corte, pero que satisfaciéndoles la vivienda de él, sería fácil concertarse con el dueño de la casa, que era un apacible hidalgo rico y no era nada tirano. Díjoles cuánto daban por él y que habían de dar ellas menos, y así se efetuó el concierto y se le dio señal, como es costumbre.

Al acabar el concierto salieron de una cuadra dos damas de la edad misma que las recién venidas y poco menos hermosas; salieron medio vestidas, con solas enaguas y pretinillas de lana verde con mucha guarnición de oro, los cabellos sueltos y la mayor parte dellos esparcidos por las espaldas. Como eran muchachas y de gentil parecer, hacíales el traje sobremanera hermosas. Saludaron a las de Sevilla, no poco admiradas de su hermosura, si bien en el adorno del pelo y vestidos vieron que no tenían mucha práctica del uso de la Corte. Fueron correspondidas en la cortesía de las forasteras, y sabiendo las de Madrid que se quedaban en su casa a vivir, fue notable el gusto que mostraron desto.

Fue suerte que Teodora, sin cuidado alguno, acertase a encontrar con personas que asistían en Madrid con el mismo modo de vivir que ellas determinaban tener. No se supo esto luego, porque cada una se recató de la otra hasta tomar el fondo a las calidades.

Miró bien Teodora el adorno del cuarto de doña Estefanía (que así se llamaba la anciana) y del mismo modo trató luego

de adornar el suyo.

Ya tenemos a nuestras sevillanas puestas en Madrid, alquilado cuarto y adornado (por ser con menos costa) con aderezos de casa de viuda, colgaduras honestas, estrado negro, sillas, bufetes y lo demás al tono desto, muy a imitación de la vecina del cuarto bajo. Sólo faltaba comenzar con buen pie a buscar quién había de ser el que sustentase esta máquina, aficionado a una de las mozas.

Ofrecióse una fiesta en el convento de la Santísima Trinidad, cuyo templo es frecuentado de lo más grave y lucido de la Corte. Para ella les convidó a la fiesta doña Estefanía, que por ser la primera salida que hacían de aquella casa quiso ella llevarlas, para lo cual pidió coche a uno de los muchos conocidos que tenían sus hijas. Ya Feliciano y Luisa habían hecho dos hábitos al uso y tomado el modo de tocarse de las amigas vecinas; y como caía así el prendarse como el aderezarse sobre sujetos más hermosos que ellas, hacíanlas muchas ventajas.

Fueron a la fiesta y habiendo procesión por el claustro del convento, tomaron en él un buen lugar, cerca de uno de los curiosos altares que había en los cuatro ángulos; estaban al paso de todos, dando tal vez rostro entero a los que con más gala y lucimiento vían.

Entre los muchos caballeros que pasaban venían cuatro, naturales de Córdoba, que pudieron ver la hermosura de las dos hermanas por haberse descubierto al pasar. Entre ellos iba don Fernando Antonio, mozo de veinte y cinco años, galán y recién heredado de dos mayorazgos, con que tenía de renta más de 14.000 ducados. Este, pues, estaba en la Corte holgándose y haciendo la costa a los tres que le iban acompañando. Pues como viese a las sevillanas comenzaron él y sus compañeros a trabar pláticas con ellas y las amigas. Cayóle en suerte a don Fernando la hermosa doña Luisa, de cuya hermosura y discreción se pagó tanto, que desde allí adelante quedó sin libertad, perdido por ella; supo su casa, y

dando lugar a que pasase la fiesta y ellas le viesen, se despidió muy contra su voluntad, porque dejaba ya su alma en poder de aquel ángel andaluz.

Bien conoció Teodora la afición del cordobés, y como iba de la presencia de su hija, informóse luego de quién era, y hallando las nuevas dél como las podía pedir, procuró que este pez no se le fuese de la red, pues tan a propósito era, si no para sustento de su comida, para que las sustentase.

Acabada la fiesta, volvieron las damas a su coche y en él fueron al Prado, donde tuvieron muy buena tarde, viendo en él todo lo más ilustre de la Corte. Reconoció el enamorado don Fernando el coche de su nuevo martelo, que andaba a caballo con sus tres amigos, y quiso al estribo galantear un rato, acabando de rematarse con la vista de su doña Luisa.

Llegó la noche y no quiso que se le pasase sin hacerles la visita, y escogiendo un amigo de los tres se fue a la posada de las damas, que no erró por las señas que de ella le habían dado. Fueron recibidos con afabilidad así de la madre como de las hijas, y de la conversación resultó aplazar otra para el siguiente día.

Continuaba estas visitas el galán cordobés a menudo, hallando afabilidad en su dama, pero resistencia a sus súplicas. Determinóse declarar con su anciana madre, pareciéndole que della podría salir el más eficaz decreto para su empleo; y habiéndola ponderado su afición y con ella ofrecido su hacienda, le dijo la resistencia que hallaba en su hija y cuán huraña se le mostraba a sus deseos.

Atenta estuvo a su plática la astuta Teodora, no perdiendo la más mínima acción del amartelado galán, y considerando de todas ellas estar la afición en su punto, le dijo estas razones:

—Señor don Fernando, la encendida afición que gobierna ya vuestro pecho, llevada a sólo el apetito, no consideráis en el objeto a quien se ha inclinado más que una mujer hermosa,

bizarra y a propósito para conseguir vuestros deseos; esto con la ocasión de haber hallado fácil el beneplácito mío para visitarnos, con que habéis ignorado el conocimiento de nuestra calidad. Luisa y Feliciana son hijas de un calificado caballero de Méjico que dejó su vida y hacienda en los profundos senos del mar y a mí en Sevilla, viuda, con cortos alimentos y grandes obligaciones. A pretender que por sus muchos servicios se nos dé una ayuda de costa vine a Madrid; esto se va entablado en el Real Consejo de Indias, y creo tendrá efecto. La llaneza de la Corte tiene en uso dejarse visitar; con esto se ha permitido el venir aquí, no dudando de que como quien sois procederéis. Haberos declarado conmigo debe ser con el intento que es justo de fin de matrimonio; si así es, deseo que más abiertamente me lo digáis, porque yo os he dicho mi calidad y hacienda.

Con las últimas razones de la vieja se mesuró don Fernando, que un envite de matrimonio, donde admite dudas la opinión, pone raya al mayor incentivo de amor. Más fácil se juzgó dueño de aquella hermosa prenda que después que oyó esta tremenda palabra de consorcio. Con todo, no desmayando en la empresa, como alentado caballero la dijo:

—Señora doña Teodora, no he hecho apretada información de vuestra calidad, con la que me da vuestra venerable presencia y las hermosas de vuestras hijas, que de todo infiero que apoyan cuanto de ella me habéis dicho; esto, porque mi designio sólo se enderezó a servir a mi señora doña Luisa, de modo que por firme y generoso mereciese llegar al fin de mis deseos con los vínculos del amor, no del matrimonio, porque aunque fuera para mí de suma dicha, hállome tan lejos de ese lazo, que si continúo con este propósito, le admitiré algo tarde; y esto por dar sucesores a mi casa, para que hereden lo que tengo, que es alguna hacienda. Supuesto lo dicho, ya echaréis de ver por el camino que galanteo; soy caballero secreto, que por mí no se perderá la reputación desta casa, antes calladamente sabré ser el apoyo della y aun el que aliente con generoso ánimo

(andando el tiempo) que estas señoras tomen estado a costa de mi hacienda, si desde hoy os queréis servir de ella. Mi voluntad es ésta, con seguridad que mi palabra no podrá faltar.

Halló Teodora cerrada la puerta del matrimonio a su primer envite y abierta la de la amistad en la réplica de don Fernando, con tan grandes promesas, con las cuales menos inexorable y más humana le procuró dar a entender la entereza con que estaba Luisica, las obligaciones que le corrían caso que hubiese de ser el Colón della, y, sobre todo, le encargó el secreto.

Como don Fernando viese mudado el timón a seguir el rumbo que él deseaba, el más alegre hombre del mundo tomó las manos a Teodora, y besándoselas muchas veces, comenzó a estimar la merced que le hacía.

Para principio de entrada de yerno a media rienda, la dio una cadena de docientos escudos que llevaba al cuello. Ésta se la puso a la vieja al suyo, y a las dos hermanas les dio dos sortijas que valdrían otro tanto; y sin querer más que tomar una mano a doña Luisa y besársela, se despidió por entonces dellas y se fue a su posada, de donde hizo traer fuego una rica colgadura y cama de lo mismo para que se pudiese en el aposento de su dama. Esto envió con su mayordomo y quinientos escudos en oro para que la señora Teodora gastase.

Con buena runfla de gasto entró este amor; buen día se metió en casa Teodora; ya iba conociendo con experiencia lo que la anciana de Sevilla le había pronosticado.

Con esta generosa demostración don Fernando fue dueño de la beldad de Luisa, muy enamorada la dama de lo generoso de su amante cuanto envidiosa su hermana de no ser ella el empleo de tal caballero, el cual anduvo tan galante desde aquel día, que con mucha brevedad se vieron todas tres de buena dicha, porque demás de hacerles el plato

espléndidamente, no hubo invención de gala que las dos hermanas no fuesen de las primeras que la trujesen. Llegó la fineza del amor a tanto, que de dos coches que tenía, el menos conocido (con el tiro de cuatro caballos) le tenían como por suyo, pues todos los días paseaban por Madrid en él.

No poca envidia había en las dos damas del cuarto bajo, viendo que sus empleos eran muy inferiores a éste, en cuanto a la posibilidad; mas como hasta ellas participaban de las dádivas del generoso don Fernando y gozaban continuamente de la comodidad del coche, siempre tenían amistad estrecha con las vecinas.

Bien se pasarían ocho meses que don Fernando gozaba deste empleo, en los cuales gastó más de doce mil escudos con su dama, en joyas, vestidos y dineros que les dio, y aunque sus amigos le iban a la mano en esto, estaba tan enamorado de su dama que no reparaba en gastos. En todo este tiempo nunca Feliciano pudo hallar quien la festease, porque al lado del cordobés, todos rehusaban el cuñadazgo, encogiéndose de hombros, por no ser sus caudales ni ánimos tan grandes.

Desearon un día Teodora y su familia y la de las vecinas irse a holgar al Pardo, casa real de campo, de grande recreación así de jardines como de caza, que hizo la majestad de Filipe Segundo. Dieron cuenta desto a don Fernando y él, con mucho gusto, les dijo que se divirtiesen. No se ofreció a ir con ellas por tener una precisa ocupación; mas encargó a su mayordomo que todo lo que fuese menester de comida y dulces se les diese en abundancia.

Llegóse el día de la holgura, y puesto el coche partieron de Madrid al Pardo, donde las dejaremos por volver a decir de don Fernando.

Habíanse los tres amigos de don Fernando ido a ver unos toros a Alcalá y no les pudo acompañar él, por la misma causa que dejó de ir al Pardo con las damas, que era el

acudir a un negocio forzoso y de consideración. Pues como se quedase sólo, levantóse aquel día algo melancólico, y habiendo por la mañana oído misa y acudido a los patios de Palacio, volvió a mediodía a comer, no con buenas ganas, procedidas de aquella tristeza. Acabó de comer y echóse un poco en la cama a reposar, dando lugar a que los criados se fuesen a comer, dejando para lo que se ofreciese un pajecillo en guarda por si llamase.

Había más de dos años que en una casa de juego, sobre el juzgar una suerte, tuvo en Córdoba don Fernando ciertas palabras con un hidalgo de allí; de suerte que la cólera y el verse poderoso y con amigos al lado le dieron osadía para darle un bofetón; quiso acudir el agraviado a la venganza desta afrenta y con la mucha gente que había, abrazándose unos dél y apartando otros a don Fernando, quedóse esto así sin tener efeto el vengarse enfragante. No lo dejó olvidar el ofendido que, aunque no pareció más en público, en secreto buscó todos los medios que pudo para verse con su ofensor; pero él andaba con tal cuidado que nunca halló ocasión para lograr su deseo, y así, viéndose imposibilitado de vengarse, dejó su patria y anduvo por las ajenas.

Estuvo en Portugal algunos días y allí, sabiendo que su enemigo estaba en Madrid holgándose, quiso allí cogerle con descuido, y habiéndose dejado crecer la barba de suerte que le hiciese desconocido, en hábito de peregrino se vino a la Corte, donde buscó a don Fernando algunas noches, las cuales iba acompañado de sus amigos a la casa de su dama, por lo cual nunca se atrevió a arriscarse a matarle ni quiso jamás con armas de fuego; mas habiendo sido expiado dél este día con ocasión de pedir con el hábito de peregrino limosna, se entró disimulado en su posada.

Vivía don Fernando en unos barrios solos detrás de los Carmelitas Descalzos y en casa sola; su familia estaba comiendo y él reposando. Era la ocasión como el agraviado la podía desear y así no la quiso perder. Entró, pues, por la casa, y habiendo llegado hasta el aposento del ofensor, fue

en coyuntura que el pajecillo de guarda se había ido de allí, con que tuvo por hecha su venganza. Con todo, entró con lentos pasos donde descuidadamente dormía don Fernando, y como aquel día estaba melancólico, era el sueño más pesado, tanto lo fue que dio lugar a que su enemigo con un puñal le quitase la vida con seis heridas que le dio. Salióse disimuladamente, dejándose allí el puñal por no detenerse a limpiarle y púsose en cobro.

Acabaron de comer los criados, y después de haber reposado la comida sobremesa con varios discursos que movió la conversación, fueron a ver si despertaba su dueño; no hallaron allí al pajecillo, y habiéndole reñido después el mayordomo el faltar de la guarda, se entró a despertar a don Fernando abriendo las ventanas del aposento, con cuya luz vio el sangriento espectáculo del mal logrado caballero, quedándose él y los demás que se hallaron presentes hechos unos mármoles, sin saber hablarse unos a otros ni poder imaginar quién hubiese tenido atrevimiento de haber entrado a hacer aquella alevosía.

Entraron en consejo de estado, y viendo que de aquella muerte se había de hacer apretada averiguación y que ésta había de redundar en su daño, ninguno quiso esperarle, y así unánimes y conformes en ausentarse, no lo quisieron hacer sin pagarse de sus salarios por su mano, y así, abriendo un escritorio, sacaron dél todo el dinero y joyas que guardaba, y hecha breve e igual partición a buen juicio, cada uno tomó la derrota que le estuvo mejor para no ser hallado.

Sucedió venir a buscar a don Fernando un amigo suyo, y éste se entró a la su cuadra donde pudo ver el desdichado suceso; dio voces, acudió gente y con ella la justicia. Comenzó a hacer averiguación del caso; no halló criados sino sola la casa; buscó en las vecinas a ella los que juzgaba por delincuentes; no le aprovechó la diligencia, con lo cual se prendieron a los que estaban sin culpa, que hasta a los vecinos de los desgraciados tienen participación de su mala fortuna. Súpose que tenía los caballos en otra casa, fueron

allá y hallaron con mucho descuido cuatro lacayos y un cochero durmiendo. Éstos pagaron por los demás, llevándoles a la cárcel, donde luego con rigurosos tormentos procuraron averiguar la verdad; más ninguno la supo decir, que no fue poco no culpase a sí, con el dolor, en lo que no habían hecho. Volvamos a las damas, que descuidadas de lo que pasaba volvían del Pardo. Llegaron a Madrid, y queriendo que el cochero guiase el coche a la casa de don Fernando, en el camino les cogió la trágica nueva, a que no pudieron dar crédito; pero pasando adelante y sabiéndola con más certeza, el cochero, que era esclavo, no quiso aguardar a que por bienes de don Fernando le vendiesen, y así en la parte que la segunda certeza de que era muerto les halló, dejó a las damas plantadas en la calle y cobró la libertad de su mano. Buscaron un hombre que llevase el coche hasta su posada, donde se apearon, mandando Teodora un escudero suyo que le hiciese llevar a una cochera algo distante de aquellos barrios y que los caballos los pusiese a recaudo con mucho secreto.

Lloraron a dos coros lo que fue bueno, la muerte del malogrado, no por haber muerto, sino por el pie de altar que perdían; mas presto tuvieron el consuelo. Aquella noche Teodora durmió poco, que como se halló señora de un buen coche con un tiro de cuatro caballos rucios, quiso que no se le sacasen de las uñas, y así otro día los hizo llevar de Madrid a Vallecas, a donde los tuvieron ocultos.

No se descuidó la justicia en dejar de visitar la casa de las sevillanas que en ella tomaron sus declaraciones a las damas, pero como no hallasen indicio alguno, no fue mucho que no peligrasen. Ya que Teodora se vio libre deste trago, un día que ella, sus hijas y las vecinas de abajo estaban juntas, les habló desta manera:

—Ninguna cosa para la profesión que seguimos (señoras mías) se sabe que le dé más aumento que el portarse con autoridad, porque al paso del porte viene la de la estimación tras el empleo; ¿de qué le sirve a una mujer la buena cara,

ser discreta y tener otras gracias si en traje humilde las ostenta?; que aunque sean de estimación, se ajustan los que la tratan a no salir de los límites que les parece vale el porte de la persona. La autoridad pone respeto, sube de punto y encarece los donativos a los que buscan cosas de superior jerarquía. No hay negar que en el astillero que nos vemos es el de mayor estimación que hay en Madrid, y que como tal nos respetan, nos aplauden y nos celebran; pero si más se subiera de punto, se llevara mayores aplausos de todos. El cielo ha permitido la muerte del malogrado don Fernando; harto ha perdido mi casa con ella, pues al paso que iba enriqueciéndola, no dudara en tres años tener casi lo que vale uno de los dos mayorazgos que tenía. Al fin pagó la deuda que todos hemos de pagar. Un coche se dejó ahí de que no han hecho caso los que tratan del beneficio de su hacienda; yo he procurado tenerle oculto para lo que oiréis. Toda nuestra felicidad y descanso consiste en conservar este coche y que la Corte nos juzgue poderosas y con hacienda para poder sustentarlo; ésta nos falta, del mismo coche ha de salir su conservación y muchos más provechos; la diligencia es madre de la buena ventura; en piélagos estamos donde hay bien que bracear todas las que aquí estamos, despabilen los ingenios y sepan que este coche, disfrazado con dos cubiertas y conducido por dos tiros de caballos, diferentes de los que ha tenido, podrá servir de cubierta de nuestras casas y de dar autoridad a nuestros embelecos. A cada una aviso que se ha de prevenir puesta en la estacada, deste coche ha de hacer con su cara y luego con su astucia un rendimiento tal, que dél redunde una provechosa estafa; esto, sin que la cueste enamorarse más que en lo fingido, ni cosa que toque en liviandad de su cuerpo, que a ser esto, salíase comido por servido, como dicen.

Pues para que tenga principio lo propuesto, yo quiero que Feliciano sea la primera que muestre a lo que se alarga su ingenio, ayudada de nuestros documentos, dijo volviéndose a doña Estefanía.

A todas pareció bien lo propuesto por doña Teodora, y acordando que doña Feliciana fuese la que primero diese autoridad al disfrazado coche, fueron pensando la primera estafa; y para emprenderla fue necesario dividir casa las dos familias en distintos barrios de Madrid, con lo cual comenzó Feliciana su estafa desta suerte.

## Estafa primera

Con alentado ánimo y animoso aliento se dispuso la bella Feliciano a emprender la primera estafa, para conservación del adquirido coche.

No pudo dudar del buen suceso quien consigo llevaba tanta hermosura; y así, aunque dio dos filos a su ingenio, podémosle agradecer más al hechizo de su beldad que a lo agudo de su astucia el conseguir su deseo.

Había prevenido Feliciano antes de ponerse en astillero de estafante la persona a quien había de hacer la burla, y así hecha elección della tal, que aunque estafado, no quedase con tan vivo sentimiento que fulminase venganza. Puso, pues, los ojos en un rico milanés que había poco que estaba en la Corte; su venida a ella había sido a heredar más de cincuenta mil ducados de un tío suyo que había muerto sin hijos. Éste era hombre de negocios y no fue poco sacar en limpio esta cantidad, cuando de los tales suelen quedar rezagos en que se les consumen la mayor parte de su hacienda.

Era un mozo el señor Horacio (que este nombre tenía) de veinte y dos años, gentil disposición, buen rostro, de afable condición, muy cortés, aunque no muy versado en la lengua castellana, si bien la entendía. Preciábase de tocar diestra y limpiamente un laúd y una tiorba y era sumamente aficionado a la música, y no menos a servir damas, pero atajábale esto el hallarse tan falto de hablar nuestra lengua.

Tenía su posada en el fin de la anchurosa calle de Alcalá, viviendo en una casa sola que tenía su poco de jardín. Su familia eran dos criados de espada que trajo de su tierra, un pajecillo, que lo había sido de su difunto tío, y una ama,

también milanesa, que les guisaba de comer, un cochero que cuidaba de dos frisonos rucios y de una haca de portante. Con esto pasaba en Madrid, aunque ya estaba para volverse a su patria, donde tenía padres muy ricos. A este sujeto hizo la hermosa Feliciano blanco de su tiro, y fue desta manera.

En una de las calurosas noches del mes de julio, que hacía la luna clara, hizo Feliciano poner el coche, y vistiéndose de gala con el mejor vestido que tenía, quiso llevar consigo una criada vieja a la cual vistió de dueña. Con las dos iba un escudero viejo que servía en casa; las dos personas acomodadas para llevar adelante cualquier bien maquinado embeleco. Pues con esta gente, industriada y advertida en lo que había de hacer, pasaron a cosa de las nueve de la noche por la casa del milanés, en tan buena ocasión, que mientras le prevenían la cena, estaba gozando el fresco a una reja de una ventana baja en calzas y jubón, entreteniéndose en una tiorba. Pasó el coche, casi arrimado con las paredes de la casa, y al llegar enfrente de la puerta, pudo oír a voces:

—Para, cochero, para.

Paró el coche y dejó nuestro milanés de tocar su tiorba por oír que decía doña Feliciano:

—No tienen que cansarse mi madre y primos, que antes me daré la muerte con un cuchillo de mi estuche que dar un paso adelante. ¿Este engaño se me prevenía?

Luego oyó otra voz que era de la recién intrusa dueña, que decía:

—Mi señora, no dé V. M. este disgusto a su madre; obedézcala y no quiera darla mala vejez, que muchas estimaran el empleo que V. M. desecha.

—Ha sido traición —repetía la dama— traerme contra mi voluntad a efetuar lo que no quiero; sobre mi libre albedrío nadie tiene jurisdicción.

Esto decía con lacrimoso tono, no perdiendo una sílaba el atento milanés. Llegóse el anciano escudero a este tiempo al estribo del coche y díjola:

—Mi señora, baje V. M. el tono si se sirve, que se juntará gente y parecerá que es algo lo que no es nada.

—¿Quién os mete a vos en eso, Mogrobejo? —dijo Feliciana— mucho es usar conmigo de violencias; pero porque no las haya con quien no las merece. Yo me valdré de la fuga, veamos quién me lo podrá estorbar.

Parecióle al milanés que en el coche la resistían su determinación con fuerzas y asimismo el escudero por su parte, mas venciendo esta dificultad la astuta Feliciana se arrojó por el estribo sin chapines y algo descompuesta del manto y comenzó entrarse por la casa del milanés diciendo:

—Esta casa, sea de quien fuese, será mi amparo, donde me libraré del peligro que me aguarda, y no digo yo en ella (que debe ser de gente principal), pero en una leonera me arrojara pareciéndome hallara más piedad en las fieras que donde me llevan.

Oyendo esto el señor Horacio, dejó el instrumento y tomando su espada bajó al zaguán, donde halló a la dama cercada del escudero y dueña, que porfiaban con ella que se volviese al coche. Así como Feliciana vio a quien dirigía su engaño, fingiendo un lastimoso llanto se abrazó con él diciéndole:

—Generoso caballero, si hay piedad y cortesía en vos (que dudo falte de esa presencia) valedme, amparadme de dos criados que intentan llevarme a que por fuerza pierda mi libertad con un casamiento a disgusto.

Llamó Horacio a sus criados bajar luz y hizo que las puertas de la calle se cerrasen porque no se juntase gente, y atendiendo a la hermosura de Feliciana, quedó suspenso de verla. Fingía llanto la astuta moza y con eso daba mayor realce a su beldad, lo cual era mayor incendio para el

milanés, que ya se rendía a tanta belleza, y así, en mal aliñado español, dijo a la dueña y escudero que se fuesen al coche y dejaran allí aquella señora, que no había de consentir llevarla donde no tenía gusto, aunque perdiese la vida en ello. Esto dijo con mucha cólera, puesta la mano derecha en la guarnición de la espada; fingieron miedo el escudero y dueña, y él dijo:

—Señor, ¿qué cuenta daremos desta señora a su madre, si cuando la llevábamos a su presencia se queda aquí?

—Eso vos los sabréis —dijo el ya enamorado Horacio— que a mí no me toca más que servirla con estorbar que no se le haga violencia alguna.

—¡Triste de mí! —replicó Mogrobejo—; no me conviene parecer más en Madrid si de lo que a mi fidelidad se encarga doy tan mala cuenta, y más de una doncella, hija de tan principales caballeros.

La dueña dijo que ella no desampararía a su señora y que lo que por ella pasase, eso pasaría por ella; que bien vía que tenía razón de rehusar el empleo que la daban, y así la disculpaba en lo que hacía.

Con todo, instaba el escudero en no irse; mas Feliciano le dijo:

—Viejo ruín, no os canséis, que así pueden hacerme pedazos como yo no salga de aquí un paso. Mañana podrá ser que sea a un monasterio, donde con el hábito de religiosa acabe allí mi vida.

Volvió las espaldas el escudero y entrándose en el coche partió de la calle. El milanés tomó de la mano a Feliciano y entró en un cuarto bajo que tenía curiosamente aderezado con ella, no poco ufano de verse tocar del animado marfil de la dama. Sentáronse en dos sillas, mostrando la astuta Feliciano en lo aparente grande tristeza, si bien con ella notaba con disimulo las acciones de su huésped, que cada instante más enamorado no apartaba sus ojos de los

hermosos de Feliciano. Pasóse un rato en esta contemplación, y al cabo dél rompió el enamorado galán el silencio, diciendo en castellano adulterado con milanés:

—Pensión de la hermosura es, bizarra señora, el no emplearse en igualdad de méritos; a los que en vos veo, dudo que iguallen ningunos en todo el orbe y así no me espanto que hayáis rehusado tanto ir donde era cierto el empleo con tanta desigualdad. Desgracia ha sido para el que pierde tal bien, como ventura mía haber acertado a quereros valer de mi corta choza para huir de este lance. Quisiera ser un poderoso monarca y tener la suma de riquezas que hay en el orbe para que hallárades el agasajo conforme a quien sois; no iguala a esto mi corta posibilidad, si bien la voluntad lo excede; della debéis hacer alguna estimación, con seguridad que no faltará en serviros mientras la vida me durare, oponiéndome a cuantos inconvenientes hubiere que quieran contravenir a vuestro gusto. Aquí estaréis oculta el tiempo que fuéredes servida que convenga sin que os falte nada de lo que tuviéredes gusto, y así os suplico que no rehuséis de manifestármelo para que puntualmente seáis servida.

Mientras este entreverado razonamiento (con las dos lenguas) le hacía el milanés a Feliciano, ella no apartó los ojos de una rica sortija que tenía en el dedo menor de la mano izquierda. Era de un hermoso diamante de gran fondo, cercado de otros muchos, el cual con las luces brillaba mucho y atraía la vista de la dama, que se prometió (codiciosa de su riqueza) hacer lo posible por ser dueña dél.

Volviendo, pues, a lo de la encarecida oferta de su huésped, le agradeció mucho la dama el favor que la hacía, y confiada en su promesa acetaba su posada por el tiempo que se ofreciese estar allí para su seguridad, lo cual hacía con la confianza que le daba su persona de que se le guardaría el decoro y respeto que a su calidad le era debido y así se lo prometió el milanés, y más que, si gustaba, él se iría en casa de un deudo suyo a posar en el ínterin que ella se componía con su madre. A esto no salió Feliciano, diciendo que más que

pensaba fiaba dél y que así no tenía que moverse, que antes ella gustaba de su compañía, para que hallasen defensa los que la quisiesen sacar de allí, caso que su fuga llegase a ocasionar esto en dos primos que tenía. Esto de los primos no le sonó bien al señor Horacio, que se quisiera él a la dama con sola una madre viuda y no más embarazo de parentela.

Había mandado prevenir más cena de la que tenía, y avisáronle los criados que ya estaba hecha; hízola entrar y a muchos ruegos e importunaciones Feliciano se sentó a la mesa, que de la aflicción que tenía no quería cenar.

No se puede exagerar con razones cuán ufano estaba Horacio con la huéspedada hermosa que tenía. Estaba loco de contento y ya juzgándose dueño de aquel serafín, por lo mucho que pensaba obligarla con dádivas y regalos. Toda la cena se le fue en mirarla, de suerte que no comía bocado. Feliciano bien conocía esto y no la pesaba de verle ya enredado en su afición. Comió poco, que fue dicha para Bañuelos (que éste era el nombre de la dueña), que fue regalada de la mesa de todos los platos que en ella se sirvieron.

Bien quisiera el milanés que la dama le dijera su nombre, calidad y asimismo la causa de no querer ir con su madre más por extenso; pero consideróla afligida y no quiso que aquella noche se afligiese más. Así habiéndole hecho aderezar cama en aquel cuarto donde él la tenía, la dejó en el aposento donde había de dormir acompañada de la dueña y él subió al cuarto alto.

Esa noche la pasaron Horacio y Feliciano con bien diferentes pensamientos; él, enamorado de la dama, pensaba obligarla de modo que la pudiese merecer por esposa suya; claro está que él se la juzgó tan principal y de tantas calidades que no se bajaría a otro pensamiento que a éste. La dama, deseosa de salir con su empresa, maquinó toda la noche cómo saldría de ella a su salvo y con provecho. Algunas cosas comunicó con la dueña, que no era menos harpía que su ama, las cuales se ejecutaron adelante como veremos.

Llegó el día bien deseado de Horacio para gozar de la vista de su dama; vistióse y fue luego a saber cómo había pasado la noche, y al pasar por el zaguán para entrar en el cuarto bajo, vio a Bañuelos, la dueña, andar por el suelo buscando cuidadosa y suspirando de cuando en cuando. Preguntóla que qué era lo que buscaba allí; ella le dijo que nada y volvió a suspirar con más pesar, cosa que poniendo en cuidado al milanés, porfió en que le dijese lo que la preguntaba, a lo cual dijo la astuta vieja:

—Mi señor, lo que busco es una sortija que anoche perdió mi señora por aquí, que dice que con la porfía de hacerla volver al coche se le salió del dedo y no la sintió más. Era de diamantes y de valor, y lo peor es que no era suya sino de una amiga, que se la había dado para hacer otra por ella, que era de extraordinaria hechura.

Con esto arrojó la taimada dueña otro suspiro y algunas lágrimas, que en lo fácil de salir parecía traerlas en la manga del monjil. Mandó el milanés a un criado suyo que buscase la sortija y a la dueña la dijo que no se afligiese, que cuando no pareciese que no le faltaría a su señora otra y otras de más valor, que en casa estaba donde sólo su dueño deseaba ocasiones semejantes para dar muestras de su amor y liberalidad. Estimó por su señora y aun casi acetó la buena Bañuelos el ofrecimiento del señor Horacio, con lo cual subieron los dos arriba.

Ya Feliciano estaba levantada y medio vestida; no quiso entrar Horacio, sino que la dueña le diese los buenos días de su parte; dióle el recaudo, más Feliciano, por hacerle mayor favor, dijo de adentro en alta voz:

—¡Jesús, señor Horacio! ¿A vos se os ha de negar entrada en vuestra casa? De quien yo recibo tantos favores y mercedes ¿tengo de recelarme? Yo estoy ya vestida; y cuando no lo estuviera fuera lo mesmo. Entrad y daréos los buenos días.

Entró con esto Horacio, estimando el favor, y estuvo allí un rato con Feliciano, preguntándole cómo había pasado la noche de parte de la posada.

—Buena me la podía prometer —dijo ella—; mas de la de mi sentimiento me ha tenido desvelada la mayor parte della.

—No lo he estado yo menos —dijo él— que no tuviera buen conocimiento del bien que tengo en mi casa si reposara sin dar a la memoria recreos, con tener en la idea vuestras perfecciones.

No quisiera Feliciano que su batería se publicara tan presto, y así, no dándose por entendida de la razón, preguntó a Bañuelos si había parecido la sortija; ella dijo que no, pero que aun todavía la buscaban los criados de casa. Corríale entonces obligación a Horacio el cumplir la oferta hecha a la dueña, que eso era la fina gentileza; advirtió en ello y no quiso dejar pasar la ocasión, y así la dijo:

—Mucho me pesa del disgusto que habéis tenido con la falta de la sortija; aunque esa no sea del valor de la perdida, os la ofrezco por ella, para que en mi nombre la traigáis, y os suplico sepa de la hechura que era la otra, para que yo la mande hacer y cumpláis con la amiga.

Con esto le dio la sortija a Feliciano, la cual, tomándola, la miró con mucha atención y le dijo:

—Señor mío, este es grande exceso para quien no os ha servido en nada. Esta sortija, según veo, excede en mucho valor a la perdida, y así en su lugar no la pienso dar, porque sería mejorársela a quien me prestó la otra con el cuatro tanto; la perdida era una sortija de treientos escudos no más, y ésta veo que es de mucha cantidad.

—Ochocientos costó el diamante principal della dentro en Milán —dijo él— y fue del Duque de Saboya. Mi padre le tuvo en su poder y hacía mucha estimación desta piedra, que quiso cercarla de otras de un mismo género, aunque no tan

costosas como ella, por no ser de su grandeza estimadas y de valor:

—Así se ve —dijo Feliciana—. Mil años viváis que tan bien sabéis honrar y agasajar vuestra huéspededa en cosas de más consideración.

—Quiero yo que conozcáis mi voluntad —dijo él.

En éstas y otras pláticas estuvieron hasta que Feliciana le pidió licencia para tocarse, con que la dejó sola y señora de una joya de mil escudos y más.

Salió Horacio fuera en su coche, viose con sus amigos en Palacio, pero no dio a ninguno parte de la huéspededa que tenía, y así les encargó a los criados que no diesen cuenta desto a nadie. Volvió a casa cerca de medio día, hallando en ella al anciano escudero de Feliciana, el cual dijo que por volver a los ojos de su señora se había valido de una mentira, que fue decir cómo su tía quería llevarla dentro de tres o cuatro días, y que a su tía había dicho haber dejado su señora en casa de su madre con ocasión de ver a la anciana señora enferma.

Agradecióle Feliciana el buen despidiente que había tomado y Horacio por esto le dio un doblón, que él estimó mucho, acudiendo al dársele la dueña con decir:

—Si a ese precio me pagasen a mí las mentiras, diría muchas.

Vio Horacio en ella ganas de verse señora de otro doblón y diósele de a cuatro, porque se le quitase la envidia que tenía al escudero. Mostró Feliciana sentir esto mucho y porfiaba que no lo había de tomar, más la vieja dijo:

—Señora mía, quién ha de rehusar la merced del señor Horacio hecha con tanta voluntad y amor; guarde Dios tal persona, que cierto que es un ángel de los cielos.

Con esto se envanecía el enamorado milanés y pensaba que

cada dádiva destas era añadir una cadena a la hermosa Feliciano. Comieron aquel día con más gusto, mostrándose contenta Feliciano con lo que el escudero dijo; y después de haber alzado los manteles, se quedaron Horacio y ella a solas; él la suplicó le diese parte de su disgusto y así mismo cuenta de quién era, a lo cual Feliciano dijo desta suerte:

—Don Lope Zapata y Meneses, del hábito de Calatrava, fue mi padre, hijo segundo de don Bernardo Zapata y Meneses, del mismo hábito. Siguió la carrera en Flandes, donde llegó a ser capitán de caballos y después cabo de cuatro compañías. Viniendo a pretender a la Corte acrecentamiento de sueldo o una encomienda en Bilbao, se enamoró de mi madre, que es de la casa de Arancívica, noble y calificada en Vizcaya. En los pocos días que allí asistió pudo obligar a sus padres que se la diesen por esposa y, en dote, una herrería, que es hacienda de calidad en aquella tierra, por ser la saca del hierro della para toda España. Vínose a Madrid con su casa, donde tuvo efecto lo de la encomienda que pretendía, dándosela de cuatro mil escudos de renta; aquí tuvo dos hijas: a mí, que me llaman doña Blanca y a mi hermana doña Lucrecia, que es menor que yo. Vivió algunos años mi padre ocupado en corregimientos por su Majestad y en uno dellos murió, que fue con el de Córdoba. Allí dio un caballero en festejarme, con tal afeto que su mucha puntualidad me cansó de manera que, en vez de obligarme, le di en aborrecer de tal suerte que no podía oírle nombrar.

Con la muerte de mi padre hubo mi madre de venirse a esta Corte, donde ha que asiste dos años. Tiene una hermana viuda con dos hijas, en cuya casa estamos los más días aunque en separados barrios, porque ella vive a las Tabernillas de San Francisco y mi madre a Buenavista. El caballero de Córdoba vino aquí, no con la misma intención de servirme, porque propuso casarse con una hija de un consejero y no le admitieron. Visto esto, le pareció proseguir con el servirme como antes y al fin se determinó enviar, por un tercero, a pedirme en casamiento. Es el galán pequeño de

cuerpo, de ruin persona, feo de rostro y no de muy apacible condición, según afirman sus mismos criados. Tras esto, su mayorazgo es corto: mirad si estas eran partes para admitirle en consorcio. Con todo, mi madre no desestimó la plática, antes la abrazó y se comenzó a tratar de intereses; el novio reparaba en pocos, aunque un tío suyo pedía dote, mi madre podía dar poco por no deshacerse de su hacienda hasta el fin de sus días. Al fin, con todo esto vino el novio en que me quería con lo que mi madre quisiera darme. Yo estaba en casa de una tía mía, descuidada desto que se trataba; y para el día que el novio había de firmar las capitulaciones, hízome mi tía vestir de gala y que me llevasen a casa de mi madre. No se hacían allí las capitulaciones, sino en casa de mis primos y ellos asistían a ellas por parte de mi madre y después había de venir el novio a verme; yo estaba descuidada del pensar que me había de venir. Vino el coche de casa (que gracias a Dios hay con que sustentarle) y entréme en él; supe en el camino, de la dueña, a lo que iba y desesperada de pesar me valí del auxilio de vuestra casa, donde estaré hasta que sepa que mi madre deshace este concierto, que no quiero vivir con disgusto toda mi vida, casada con un hombre que desde el primero día que le vi le aborrezco. Esto es, señor Horacio, lo que queréis saber. Mi calidad es esta y os aseguro que después que estoy en Madrid he desechado otros mayores empleos, porque soy un poco mal contentadiza.

—Según eso —dijo Horacio— yo presumo que no habréis tenido amor en vuestra vida.

—Así lo podéis tener por entendido —dijo ella; inclinación sí, y esa os aseguro que ha pocas horas que la tengo, que esto granjea un buen término y una afable condición, y no me habéis de preguntar más por ahora.

Mudó el color la hermosa Feliciano, volviéndose más encendidas sus mejillas, con que confirmó Horacio que por él se dijo aquello, quedando rendido del todo y no poco ufano; y por no contravenir a lo que le pidió Feliciano, no le hizo la

pregunta, si bien se dio por entendido. Rogóle Feliciano que tocara un poco en la tiorba, cosa que él estimó en mucho, porque deseaba esta ocasión para manifestar aquella gracia a su dama. Trajo el instrumento y entretúvola un rato con varias fantasías y diferencias, que los extranjeros nos la ganan en esto. Quiso también Feliciano acabar de rematar a su amante y así dijo si había en casa arpa o guitarra y que ella era algo aficionada a la música y se quería entretener.

—Arpa —dijo Horacio— no la tengo, guitarra hay y uno de los mejores instrumentos que se han hecho en Madrid.

Hizo traer una guitarra de lucida apariencia y mayores obras, ésta tomó en sus manos Feliciano, y habiéndola templado diestramente, siguiendo un término de un sonoro pasacalle, cantó así:

Con cadenas de cristal  
aprisionaba un arroyo  
a los álamos y alisos,  
verdes murallas de un soto,

donde la bella Fenisa  
(por dar al mundo reposo)  
les permite dulce sueño  
a la beldad de sus ojos.

Blandas lisonjas le hace  
con sus combates Favonio,  
y las aves en las ramas  
le asisten cantando a coros.

Con eclipse de sus luces,  
Lauro halló a su dueño hermoso,  
y por imitar las aves,  
esto cantó en grave tono:

Gasta flechas doradas, niño de Venus,  
mientras a Fenisa la vence el sueño;  
más si ves que despiertan sus ojos bellos,

huye, huye,  
tiende las alas y rompe los vientos

niño amor,  
que su poder es mayor;

pues sabes con experiencia  
que tiene mayor poder  
su descuido en el vencer,  
que tu mucha diligencia,  
el venir a competencia  
con su beldad es error.  
Huye, huye, tiende las alas, etc.

Acabó con tan sonoros pasos de garganta y tanta destreza que Horacio (que era aficionadísimo de la música) quedó suspenso, absorto y elevado, contemplando en la hermosura de la dama. Dejó ella la guitarra diciendo:

—No ha sido poco, señor Horacio, haber acertado a cantar algo, que estos disgustos no son a propósito para este gustoso entretenimiento.

Ponderó, exageró y aplaudió el milanés la dulce voz de Feliciano en su mezclada lengua, de modo que ella hizo harto en no manifestar la risa. Estimó en mucho los favores que la hacía, y porque entró Mogrobejo, el escudero, no pasó la plática adelante. Traía el viejo un envoltorio cubierto con un tafetán, el cual era de curiosa ropa blanca, manifestólo allí delante de los dos, y Feliciano dijo:

—Y el vestido que le dije, ¿cómo no le trae?

—Eso, mi señora —dijo él—, es imposible, porque él y los demás se han llevado en casa de mi señora, madre de vuestra merced.

—¡Buena estoy! —replicó la dama. ¿Cómo se podrán sacar ahora de allí? ¿A eso yo soy condenada, a quedarme con solo

el que traigo vestido hasta que se haga pedazos?

Mostró afligirse con esto, mirando a Horacio, el cual, viendo que le tocaba responder en aquella ocasión, por acrecentar obligaciones a la dama, la dijo:

—Vuestra merced, mi señora doña Blanca, no muestre afligirse de nada, que donde yo estoy no le han de faltar galas que traer. Esta tarde haré que se saquen dos vestidos de lo que vuestra merced gustare y todo lo necesario para ello.

Agradeció Feliciano la merced que le hacía mostrándole unos ojos amorosos, con que se dio el amartelado joven por pagado con sólo aquello. Pidióle los colores y telas de que gustaba que fuesen los vestidos y salió a hacerlos sacar luego. Antes desto le rogó Feliciano que procurase verse con su tía en esta forma. En su casa se alquilaba un cuarto bajo, y con aquella ocasión podía verse con ella y ver el semblante que tenía, que ella presumía que el escudero la había mentado en cuanto a lo que dijo de que en una parte y en otra se había disculpado su fuga y estaban con este engaño.

Gustó el milanés de hacer esta visita por informarse de quién era Feliciano y de todo. Ya la astuta dama había escrito un papel con Mogrobejo, avisando a su madre (que era la que había de pasar plaza de tía) lo que había de tratar con Horacio.

Salió, pues, el milanés a la puerta de Guadalajara, y en una de aquellas tiendas donde tenía crédito sacó lo necesario para dos vestidos, uno de damasco negro y otro de color, con mucha guarnición de oro, y de allí, con las señas que llevaba de la casa de la tía de Feliciano, paró el coche a su puerta y subió un criado a pedir las llaves del cuarto que se alquilaba. Bajó una criada a mostrarsele, y después de haberle visto quiso verse con la persona con quien se había de concertar, que por el nombre que la criada le dijo conoció

que era la tía. Subió arriba y halló a doña Teodora, con nombre de doña Laura, en su estrado, con el semblante muy triste. Tratóse del concierto del cuarto y remitió Horacio el efetuarlo a que viniese a contentarse dél la persona para quien le alquilaba; preguntóle Teodora que quién era; dijo Horacio que una señora viuda prima suya.

—¡Ay señor mío! —dijo Teodora—, tráigamela luego V. M., que deseo tanto tener compañía, que no se lo podré encarecer, porque vivo con muy grande desconsuelo de unos días a esta parte.

—Su rostro de V. M. —dijo Horacio— lo manifiesta; pues será a propósito mi prima para divertir a V. M., que es muy agradable en su trato y conversación.

—Dios la guarde —dijo Teodora—; yo la deseo por vecina que la juzgo por muy gran parte de mi consuelo, que todo no podía ser por pedirlo así la causa.

—¿No podría yo saberlo? —dijo Horacio.

—¡Ay señor mío, que lo peor que tiene es no poder ser comunicada, que todavía es descanso del dolor en quien le padece cuando le comunica!

—Yo me desmandé —dijo Horacio— a preguntarlo, pensando que era cosa que se me podía decir, y si pedía remedio, ofrezco para ello mi persona y cuanto valgo, que me precio de servir a las personas de la calidad que juzgo en vuestra merced tan bien como cualquier caballero español.

—¿No es V. M. de España?, dijo Teodora.

—La mala expresión de la lengua se lo podía a V. M. haber dicho —dijo él.

—Cierto, que estoy tal —dijo ella— que no había reparado en eso. ¿De dónde es V. M.?

—De Milán soy para serviros —dijo Horacio—; y si por ser forastero merezco que se me diga vuestra pena y a estar algo en mi mano remediarla, creed de mí que lo haré con mucho gusto.

—¡Ay señor, Dios os guarde mil años —dijo ella—, que parece que recibo consuelo con esas palabras salidas de ese hidalgo pecho y nobles entrañas! Cierto que eso y veros que no sois desta tierra me ha obligado a deciros mi pasión. Entrad la silla en el estrado, que no querría aun echar el aliento de la boca, porque temo que me han de oír. Llegóse el milanés, y ella (recatándose primero con mirar a una y otra parte) le dijo:

—El veros extranjero y mozo y que ya sabréis las cosas de Madrid me obliga a deciros que ha pasado por esta casa una de las mayores desdichas del mundo, y es que yo tenía en mi compañía una sobrina, hija de una hermana mía y de un caballero calificadísimo, y tratándosele un casamiento a disgusto suyo, por huir de verse empleada contra su voluntad, una noche que la enviaba con un escudero y una dueña sin saber a lo que iba (que era a efetuar las capitulaciones), se han escapado de los ojos del escudero, sin saberme dar razón el buen viejo dónde se fuesen. He hecho diligencias en secreto por casas de amigas de su madre y mías y por todos los conventos desta Corte si está en alguno, y no se halla rastro de las dos. Su madre está indispuesta y juzga que está en mi casa, las capitulaciones se han dilatado con el mal de mi hermana, y yo me hallo la más afligida del orbe por no saber dónde puede estar. Vos sois mozo, galán y que todo lo andáis en Madrid, querría encomendaros que con secreto cuidado me supiédes alguna nueva desto, que vivo en grande aflicción haciendo mil consideraciones de si ha salido de Madrid o quién se la ha llevado; que todo se puede temer de una mujer determinada, aunque me anima que no ha de degenerar de su noble sangre haciendo alguna liviandad con algún hombre desigual de sus partes. Si fuera tal su dicha que ella encontrara con un

caballero de vuestras prendas y gallardía, aún diera por bien empleada su fuga; pues dellas infiero que supierades hacer estimación de lo que merece mi sobrina, que os aseguro que hay pocas damas que la igualen en belleza.

Esto último que dijo Teodora, animó al milanés a decirle:

—Mi señora, en mucho estimo que me hayáis hecho este favor de declararme la causa de vuestra pena. Pagaré la obligación en que me dejáis con deciros que sé de una dama que habrá tres o cuatro días que falta de casa de sus padres por un disgusto, ésta se llama doña Blanca.

—¡Ay, pobre de mí —dijo Teodora— que ésta es mi querida sobrina!

Comenzó la astuta Teodora a abrazar a Horacio y darle besos en un carrillo diciéndole:

—¡Ángel mío, que no debéis de ser hombre, decidme dónde está mi querida Blanca, que ya muero por saberlo, de vos me había de venir este consuelo, que no en balde el cielo me inspiró que os dijese mi pasión!

Con estas cosas no dejaba de abrazar a Horacio persuadiéndole que la dijese dónde estaba su sobrina. Él la hizo volver a su asiento y la dijo cómo la señora doña Blanca estaba en su posada, haciéndola relación de cómo había venido a ella, y asimismo la dijo cómo por orden suya había venido allí con achaque de alquilar aquel cuarto. Con mayor afeto volvió a hacer fiestas la vieja al milanés, agradeciéndole el favor que a su sobrina se le había hecho, y para que con más solemnidad se hiciese el agradecimiento, comenzó a decir:

—¡Luisica, Luisica, hija, sal acá fuera como estuvieres, que tengo unas nuevas que darte de gusto!

Salió doña Luisa, hermana de Feliciano, con cuya presencia se alegró mucho Horacio, pareciéndole bizarra moza, aunque

como estaba apasionado por Feliciano no le dio el primer lugar en la hermosura, sino el segundo. Habló doña Luisa al milanés con mucha mesura y cortesía, él la besó las manos y preguntó por su salud, tomó asiento en el estrado, cerca de su madre, y ella le dijo:

—Hija, este señor (que le juzgo más ángel que hombre) es quien me ha dado nuevas de tu querida prima doña Blanca: tiénela en su casa.

—¡Ay, qué alegre nueva —dijo la Luisa— para mí que nos tenía muertas de pena el no saber della!

Preguntóle la madre a Horacio si era casado, él la dijo que no, y porque presumió que no sin alguna intención se le hacía aquella pregunta, acudió con decirla:

—Aunque el no ser casado arguye poca seguridad para huésped, préciome de cortés y fiel con quien se vale de mí; esto os puedo asegurar, que mi señora doña Blanca está en mi posada, si no con el regalo que debía tener, con el respeto y decoro que su calidad y partes merecen.

—Así lo creo yo, señor mío —dijo ella; fuera de que la seguridad que de mi sobrina tengo me quitan esos recelos que pudiera tener. En estas pláticas cerró la noche, encendieron luces y entró una criada a decir que estaba allí don Diego de Orozco. Quiso el milanés dar lugar a la visita, mas Teodora le rogó que no se moviese, que importaba. Esto hizo porque este caballero era nuevo pretendiente de Luisa y habíale penetrado el caudal la madre y hallado corto fondo para la gran sonda de su codicia. Hacía hueco entre otros pretenses, pero ni él ni ellos no estaban en el catálogo de su gusto, por faltos de dineros y sobrados de razones y finezas. Entró, pues, el tal don Diego, que era muy galán y mucho más presumido de serlo; diéronle asiento, y después de haberles preguntado por sus saludes y hablado un rato en diferentes cosas, aunque no halló muy gustosos semblantes en madre y hija, les dijo:

—Habiendo visto ayer a mi señora doña Luisa algo melancólica, me atreví a quererla divertir hoy con un músico que traigo conmigo, que es de las buenas voces de la Corte.

No pudieron dejar de admitir la oferta, que no se holgó poco Horacio por ser tan amigo de música. Subió el músico y habiéndole hecho sentar sacó su instrumento, y habiéndole templado, en sonora voz cantó un tono grave que dio gusto a los oyentes con la buena letra, voz y destreza. Mudó término y con pasacalle más corrido cantó esta sátira:

Boca de Lisarda bella,  
todos me dicen que estáis  
más abajo del conducto  
del diluvio catarral.

No es poco que os conservéis  
en ese antiguo lugar,  
cuando en el tiempo que corre  
todo se nos sube ya.

Naturaleza, gran sastre  
(aunque no en mentir ni hurtar),  
os respuntó dos ribetes  
que descosió a un cardenal;

purpúreos alcaides son  
de ese orificio locuaz,  
si acaso no se despeja  
a demanda universal.

Agria sois al castellano,  
al aragonés, voraz,  
pedigüeña al portugués  
y estafante al catalán.

¡Cuántos hay que se atrevieran  
a tan bello portapaz,  
si el mal olor del pedir

no les llegase a infestar!

Que ese epicúreo postigo  
(bella adüana del pan)  
si llama con su hermosura,  
despide con su crueldad.

El mendicante clavel  
(si en lo grave monacal)  
es para el ósculo, encuentro,  
para socaliña, azar.

Muy antojadiza veo  
en dos carreras igual  
la devorante caterva,  
la herramienta del mascar.

Los antojos en la vista  
los pide la cortedad,  
mas vos en ojos y boca  
es cierto que los gastáis.

Para animar voluntades  
un embrión animad,  
que así se repara menos  
cuando las causas son más.

Más fruto saca a la gente  
ese hechizo circular  
que una boca de un mendigo  
en una pierna jayán.

Diaquilón contra durezas  
fuistes boca en lo eficaz,  
no con el gremio del don,  
sino con el tribu de dan.

Valentía en el pedir  
y donaire en estafar,  
¿quién como vos le ha tenido?

¿Quién como vos le tendrá?

Mientras la sátira se cantaba, estaba don Diego muy falso con la mano puesta delante de la boca, disimulando la risa. No la mostraron madre y hija, antes muy mesuradas oyeron hasta el fin las coplas hechas por el mismo caballero a la señora doña Luisa, que conociendo de su condición ser amiga de pedir y esto ejecutado en todas ocasiones, confiriendo sucesos pasados con ella entre caballeros mozos, éste quiso tomar la voz por todos y cara a cara darle a entender por esta sátira que se le notaba a la dama este defeto.

A ser más baquiano en la Corte el milanés, bien entendiera por los semblantes de Teodora y su hija haberles hecho a ellas el tiro; mas sólo juzgó que los mostraban por abreviar con la visita del caballero. Lo que Teodora le dijo fue:

—Señor don Diego, ya está visto vuestro buen deseo y entendida la intención. Dios os guarde muchos años, que así consoláis melancólicos. El señor Horacio tiene cosas que tratar conmigo de consideración, suplícoos que deis lugar a que no le tengamos aquí más tarde, que tiene lejos la posa.

Bien conoció don Diego el disgusto de Teodora y su hija que habían recibido con la sátira que se les había cantado; parecióle que bastaba aquello por venganza y así se despidió de ellas, y fue suerte no preguntar por Feliciano, que obligara a su madre a maquinar una mentira con que satisfacer a Horacio. Quedóse el milanés con ellas y dijo Teodora:

—Este caballero es amigo de dos sobrinos míos, y así es conocido desta casa. En esta ocasión me ha pesado que viniese y más con el músico, que a no cogerme con la alegría de las nuevas que de Blanca me habéis dado, no le admitiera; por esto y porque os divirtiédes un rato di lugar a que cantase.

Estimólo en mucho Horacio, y queriéndose despedir le dijo Teodora que quería escribir un papel a su sobrina, que se

entretuviese con su hija en tanto que le escribía. Dejólos solos en buena conversación y con mucha brevedad escribió dos papeles; el uno dio a su escudero, encomendándole que con diligencia le llevase a Feliciano, de modo que antes que llegase Horacio le hubiese recibido. Partió Mogrobejo con más presteza que de su edad se podía esperar, y con esto salió Teodora con el otro papel en las manos, que dio a Horacio diciéndole:

—Señor Horacio (que ya les había dicho su nombre), pasado mañana enviaré a pedir el coche a mi hermana e iré por mi sobrina, que aunque en vuestra casa está muy honrada y respetada, el no ser vos casado da sospecha y piérdese reputación, y más una mujer de las calidades de Blanca.

Ya quisiera Horacio haber estado mudo y no decir que estaba en su posada doña Blanca, porque sintió grandemente que su tía tomase aquella resolución. Detúvose allí otro rato y al cabo despidiéndose de madre y hija se fue a su posada.

Ya Feliciano había recibido el papel de su madre en que le daba instrucción de lo que había de hacer. Recibióle la dama alegremente, y tomando asientos le preguntó cómo le había ido con su tía.

—Bien y mal —dijo el milanés. Bien, en haber conocido una señora de tantas partes como vuestra tía; y mal en que por darla consuelo me vengo yo sin él; yo la hallé con grandísima tristeza porque cuanto dijo el escudero fue falso, que ella sabía vuestra fuga y no donde estábades. Después que pasó el concierto del cuarto, supliquéle me dijese su pena, y así me la dijo; yo por darla consuelo la dije cómo estábades en mi posada, y me parece está con determinación de venir por vos pasado mañana.

Aquí dio un terrible suspiro Feliciano y con él fingió luego un desmayo, quedándose arrimada a la silla. Acudieron la dueña y Horacio a apretarle las manos, diciendo la vieja:

—¡Ay, Señor mío! ¿Qué ha dicho a este ángel que le ha dado este desmayo? Siempre nos han de cercar desdichas cuando entendíamos estar libres dellas.

—Nunca yo hubiera hoy salido de mi posada, dijo Horacio, pues he sido causa deste daño y he perdido todo mi contento. ¡Bien merecido está en mí el castigo que espero, pues pudiera conocer a su tía, mas no declararme con ella!

—¿Luego con su tía de mi señora doña Blanca habéis estado?  
—díjola Bañuelos.

—Sí, dijo Horacio.

—¿Y la habéis dicho que está aquí su sobrina? —replicó la dueña.

—También, dijo él.

—¡Ay, desventurada de la pobre Bañuelos; qué mala dicha podemos esperar de tal desacierto, que es mucho peor que su madre en el rigor! Ella está aquí esta noche sin duda alguna. ¡Ay señor! ¿Qué habéis hecho? ¿Quién os mandó ir a su casa?

—Mi señora doña Blanca —dijo él; pero excedí de su orden en declararla dónde estaba; yo lo pago en pesares.

Volvió de su desmayo Feliciano, y dijo a Horacio:

—Señor mío, si el embarazo de mi hospedaje os cansaba, avisárademe, que yo procurara vuestro descanso y me fuera en casa de una amiga de muchas que tengo. Desdichada ha sido mi suerte en que mi tía sepa donde estoy; ya la temo, y lo peor es que no sólo della puedo tener temor, sino de que dé aviso a mis primos, que es cierto que lo hará, para que yo me vea en algún trabajo. ¡Oh, quién no hubiera nacido!, ¡en desdichada estrella nací!

Fingía tan bien su pena, con la solenidad del llanto, y

respondíale a las cláusulas dél el monacillo fúnebre de la dueña, que el pobre milanés se halló desesperado, confuso y cercado de cuidados, pareciéndole tener a su tía en casa acompañada de los dos primos supuestos. Paseábase por la sala haciendo varios discursos sobre el remedio que se podía dar a esto; vía el edificio que comenzaba a levantar amor postrado y arruinado por el suelo, con pocas esperanzas de volver a su primero ser. Finalmente, después de largo rato que batalló consigo mismo, lo que propuso a la dama fue: que él había pensado resistir a todo el mundo que de su casa la sacasen contra su gusto, aunque en ello perdiese la vida; pero que por obviar esto, le parecía dar otro corte, y era que el jardín de su casa confinaba con otro de otra, vecina a ella, la cual al presente estaba vacía, que ésta la alquilaba por su cuenta, y en una pared de yedra que dividía los dos jardines abriría una pequeña puerta que cubría la misma yedra, por donde se podría pasar (caso que viniesen por ella); y que pues él solo había dado parte a su tía y prima de que estaba allí, que él determinaba negárselo a pesar suyo. Admitió Feliciano este arbitrio y recibió algún consuelo, con que el afligido Horacio volvió en sí y cobraron nuevo vigor sus espíritus. Púsose por obra lo propuesto: tomósele la casa y abrióse la puerta y todos tuvieron aviso para lo que sucediese.

Esotro día se cortaron los vestidos de Feliciano tomándose la medida por el que traía, y con mucha brevedad fueron hechos. Por aviso de Feliciano, la tía no trató de ir esotro día a casa de Horacio, enviándola a decir que se hallaba indispuesta en la cama, con que Horacio fue alentado. Una noche que los dos habían acabado de cenar, dando un suspiro Feliciano dijo:

—Cierto, señor Horacio, que me veo tan aborrecida de mi misma con la persecución de mi madre y deudos con este propuesto casamiento, que me determinara a salir de España con mucho gusto.

Vio Horacio los cielos abiertos, y díjola:

—Si vos, hermosa señora, estáis fija en esa determinación, yo os cumpliré ese deseo con más honrosas circunstancias de las que pensáis. Si la voluntad que me debéis halla verdadera paga, yo os embarcaré a Milán, y no digo con el título de esposa, porque he enviado poderes para desposarme allá, mas con el amor de hermana, procuraré que lo seáis mía, siendo mujer de un hermano segundo que tengo; esto si allá no han dispuesto el efetuar mi casamiento, que por haber enviado poderes para ello, y a no estar hecho, nadie será dueño de mi alma sino vos.

Sólo a esto aguardaba la astuta Feliciano, que se declarase de todo Horacio, al cual dijo:

—Obligáisme por tantos caminos, señor mío, que fuera mal correspondiente a tan grande amor y voluntad, si no acetara cualquiera de los dos partidos que me hacéis, rogando a Dios no hayan tenido efeto los poderes que habéis enviado, para que yo tenga el dueño y esposo que me está tan bien; y así, disponed del viaje cuando más gustárades, que yo no tengo más voluntad que la vuestra. Aquí se atrevió el milanés a tomarla una blanca mano y besársela en señal del favor que le hacía, cosa que consintió con mucho gusto Feliciano, por llevar mejor su negocio adelante. Allí la dijo Horacio que esotro día, que partía un correo del rey por la posta a Milán, pensaba revocar los poderes que había dado, que entendía llegaría a tiempo la revocación que no se hubiese efetuado nada, porque la dama era de Florencia.

Tratóse de la jornada y Horacio la aseguró que en seis días podían partir de Madrid, porque él tenía despachado todos sus negocios y la hacienda puesta en letras, que sólo el gozar de la Corte le detenía en ella aquellos días. Mostró gusto desto Feliciano y la dueña también, con que se fueron a dormir.

Aquella noche no durmió casi nada el enamorado Horacio, disponiendo su jornada y deseando gozar de Feliciano en

estando embarcados, ora tuviese su casamiento efeto o no. El día siguiente sacó galas de camino el milanés y ni más ni menos a su dama. Cada uno se hizo dos bizarros vestidos con mucho oro, conformes en las colores; y previno en fin cuanto había de llevar.

De allí a dos días, estando Horacio para salir de casa, llegó el coche de Teodora a su puerta y queriéndose apear, Horacio la dijo muy en sí que su sobrina estaba en Atocha, que había salido de mañana en el coche a confesarse, que si no tenía que hacer allá la hallaría. Fingió la astuta Teodora creerlo, y habiendo estado con él muy apacible, se despidió diciendo que iba allá a buscarla.

Muy ufano quedó Horacio con pensar que la había engañado, más era que no entendía el caso. De todo lo que se trataba tenía aviso la madre, y así esta venida fue para prevención de lo que adelante se dirá. Subió arriba y dijo a Feliciana lo que con su madre había pasado, y ella aprobó la buena ficción. Aquel día se pasó en prevenir varias cosas para la partida, y sólo aguardaban que los vestidos se acabasen. Cerca de la hora de las Ave Marías, he aquí vuelve el coche de Teodora a la casa de Horacio; supo de uno de sus criados como estaba en casa, y mandóle llamar; no quisiera el milanés que hubieran dicho que estaba allí, hubo de bajar, dejando a Feliciana con una fingida turbación de que supo hacer el papel razonablemente. Ya Teodora estaba apeada en el zaguán cuando Horacio bajó. Díjole que dónde estaba el cuarto de su sobrina.

—Mi señora —dijo él— su merced no ha vuelto desde esta mañana a casa, enviándome a decir que se quedaba en casa de una amiga suya y que en su coche vendría.

—¡Bueno es eso!, dijo Teodora; que queráis negármela, sabiendo yo que está en casa. Yo la tengo de ver y llevármela conmigo, que las doncellas tan principales como mi sobrina no han de tener voluntad para hacer su gusto. Basta la que ha tenido hasta aquí, tan en daño de su

reputación.

Comenzó Horacio a porfiar con Teodora que no estaba doña Blanca en casa, y esto a voces, porque arriba lo oyesen y se escondiesen. Fue entendido y al punto Feliciano y la dueña, guiadas de un criado de Horacio, se pasaron por el jardín a la otra casa; subió Teodora y no dejó rincón en la de Horacio que no buscara, certificándole con esto que le había dicho verdad, con que mostraba gran sentimiento de que a aquella hora su sobrina no hubiese venido. Persuadióla Horacio que la aguardase, hízolo cosa de una hora, pero como vio que aguardaba en balde, quiso saber en casa de qué amiga había ido. Llamaron al cochero de Horacio, pero estaba avisado que no pareciese. Con esto Teodora se volvió al coche, diciendo al milanés:

—Señor Horacio, mi sobrina vendrá a pesar suyo a mi poder y sabrá cómo ha de proceder de aquí adelante; sus primos sabrán esto, y pienso que son hombres que no la consentirán estas liviandades.

Mostró grande enojo y fuese, dejando a Horacio con un poco de cuidado temiendo la venida de los fingidos primos. No pasaron dos horas que, por orden de Teodora, no viniesen dos conocidos suyos a casa de Horacio preguntando por él. Había el tal avisado que le negasen diciendo que cenaba fuera. Así se les dijo, mas ellos dijeron que habían de aguardarle allí hasta la media noche si fuese necesario; estuvieron en la calle paseándose a la vista de Horacio y Feliciano, que se afligía mucho diciendo ser aquellos sus dos primos. Túvose cuidado por aquella noche con las puertas, y esotro día Horacio salió por la casa que había tomado y hizo pasar a ella a Feliciano. En aquel día negoció todo cuanto había que hacer para su despacho; despidióse de sus amigos y para esotro día en la tarde previno coche y mulas para Barcelona.

Ya había llegado el medio día y comido con mucho gusto, aguardando la ocasión del salto Feliciano. Esta fue que

Horacio se le había olvidado despedirse de un religioso algo deudo suyo del Carmen Descalzo y quiso llegarse al convento de un salto, que estaba muy cerca. En tanto, había dejado a Feliciano un cofrecillo de joyas y dineros que valía más de dos mil escudos lo que tenía: éste era el lance que la moza aguardaba, no más porque Horacio no se le había fiado hasta aquel punto. Pues como se viese señora de lo que pretendía, sin aguardar a más, ella, su dueña y el escudero que le apareció en aquella ocasión, cargaron con el cofrecillo y con una maleta de vestidos de Feliciano y por la puerta de la otra casa se pusieron con brevedad en casa de doña Estefanía, su amiga, que vivía cerca de allí. Volvió Horacio de su visita y previniendo al cochero le mandó que pasase el coche a la puerta de la otra casa, donde se pensaba que estaría Feliciano. Llegó el coche a ella y, entrándose por el jardín allá, la buscó en toda la casa y no la halló; llamó a su ama y preguntándole por la dama, le dijo que ella la había enviado a ver desde la ventana cuándo volvía del convento y que de camino servía de espía por si sus primos viniesen.

Comenzóse a afligir el milanés, buscóla de nuevo otra vez, y visto que no parecía, resolvióse a preguntar a los vecinos si la habían visto salir. Fue en ocasión tan buena su salida que nadie reparó en ella, con que no pudo informarse Horacio. Él que estaba en esto, fuele un criado a decir que preguntaban por él dos caballeros con dos o tres criados que les acompañan. Pensóse Horacio que eran los primos de la dama, y temiendo una desdicha si venían por ella, no quiso aguardar a verse en tal lance y así, tomando una mula de las que eran para sus criados, se partió a Alcalá mandando que le siguiese el coche. Llegó a aquella antigua villa muerto de pena, no sabiendo qué se presumir de Feliciano, si se había ido por robarle o de miedo de sus primos. Como quiera que ello fue, él se quedó sin más de dos mil escudos y lo gastado en vestidos, obligándole el robo a detenerse en Alcalá cuatro días y enviar a Madrid por dineros y hacer de nuevo diligencia si parecía la dama. No halló rastro della, y teniendo creído que los primos le seguirían hasta Alcalá, se partió a

Barcelona y allí se embarcó a su tierra, quitándosele el amor de la fingida doña Blanca, la cual se quedó con lindas joyas y monedas, saliendo bien con su empresa.

### **Aprovechamiento de este discurso**

Porque no se arguya de los libros de entretenimiento que no tienen aprovechamiento para que se saque dellos fruto, quiero deste discurso pasado decir lo que acerca dél se me ofrece.

En el dañoso consejo que ofreció la anciana a la viuda Teodora, nos amonesta cuánto debemos guardarnos de los que fueren deste género, conociendo el peligro que dellos se puede seguir. En la resolución de Teodora para seguirle, avisa de que con más cordura se miren las que tienen en su fin conocido peligro, exponiendo dos mujeres mozas a él, pudiendo inclinarlas a la virtud, pues viéndolas con ella no les faltara más honesto empleo y más provechoso remedio. En haberse en Madrid conformado en la amistad con las que vivían en su casa, se advierte la elección que se debe hacer de las amistades para que no sean menoscabo de las honras. El ir a manifestarse a la Corte en la primera fiesta que se hacía en aquel monasterio, avisa cuánto se ofende a Dios con hacer sus templos lonjas de amorosos empleos, pues dice Él mismo que su casa lo es de oración, dando a entender que no ha de servir para otro efeto. En la muerte de don Fernando, da escarmiento a los arrojados para que se abstengan en sus cóleras, porque no les vengan los castigos como él le tuvo con muerte tan desgraciada. En el quedarse con sus bienes, se amonesta cuánto nos debemos guardar de usurpar lo ajeno con poco temor de Dios. En el amor de Horacio, que nos debemos guardar de la ocasión para que, olvidados de nuestras obligaciones, no demos al traste con la hacienda y la reputación y lo peor es con el alma.

## Estafa segunda

El ver salir vitoriosa a la astuta Feliciano de su empresa dio nuevos alientos a las confederadas en la estafante profesión para animarse a no ser menos que ella; y así la hermosa Luisa, que era a quien le tocaba la segunda conquista, después de haberse asegurado bien, estando algunos días en Caramanchel de Abajo (aldea cerca de Madrid), volvió a la corte, trayendo el coche (capa destes embelecocos) nueva cubierta, diferentes caballos y cochero, de suerte que en todo volvió desconocido a los ojos de los cortesanos.

Ya tenía la astuta Luisa mirado bien en quién había de ejecutar la presa, y así buscó casa en la calle que llaman del Sordo, donde supo que vivía un genovés rico y ya entrado en edad, que había poco que llegara de Génova a Madrid a entrar con otros amigos y deudos suyos en unos asientos que se hacían con Su Majestad.

Era este personaje viudo y algo verde de condición, muy servidor de damas, pero no muy liberal para lo que debe ser quien quiere parecer airoso con ellas. Tenía coche, cuatro criados y un ama que le servía.

Enfrente de la posada déste (cuyo nombre era César Antonio) tomó cuarto de casa nuestra dama sevillana; era el principal de ella con balcón a la calle. El traje con que quiso entrar fue el de viuda, al modo destas que enjugar brevemente el llanto de sus difuntos esposos y, mintiendo achaques, tripulan luego la bayeta del monjil, el anascote del manto y la Holanda de las tocas, convirtiéndolo en gorguerán, tela de lustre y transparente cambra y, no dejando en reclusión el cabello, sino sacándole con tufes por los lados y tal vez con algunos rizos que adornan el bien acicalado frontispicio de las viudas. Desta data se presentó la hermosa Luisa, quedando

en tal traje apetitísima y sobremanera bella.

Habiendo, pues, hecho aderezar el cuarto muy conforme al estado que mentía, se fue a él en su coche con no poca autoridad, porque su madre le sirvió aquí de dueña, en compañía de la buena Bañuelos y su hermana (en diferentes paños) de doncella, con título de que había de pasar plaza de parienta suya. Mogrobejo, honestamente aliñado, iba al estribo del coche.

Con esta familia entró Luisa en su nuevo albergue en ocasión que el genovés estaba en un balcón de su casa mirándolo todo, y no poco deseoso de saber qué vecina se le iba a su calle. Paró el coche; apeáronse dél, y subiendo arriba, lo primero que hizo la dama (que ha de ser el héroe deste discurso) fue salir al balcón y dejarse ver en él sin manto, muy descubiertamente, del genovés, que estaba hecho un Argos mirándola, pareciéndole no haber visto más perfecta hermosura en su vida. Bien lo echaba de ver la astuta moza, mas hacía que no reparaba en él; miró a un lado y otro la calle y después, poniendo los ojos en el balcón del vecino, ocasionó con su vista que él la hiciese una gran cortesía de que tuvo correspondencia en la viuda, si bien dijo luego algo alto para que lo oyese:

—¡Jesús, y qué descuido ha sido tan grande el de no haber hecho poner aquí una celosía! No me pase de mañana sin que se ponga, que no es recato de mi estado y calidad ponerme tal vez a este balcón sin ella.

Aquí tomó ocasión el genovés para decirla:

—Lo que a V. M. le es tan conveniente, les está a sus vecinos muy mal, pues es darles la luz del sol con eclipse de rejas; no me espanto, que él es tan hermoso, que no merecemos su presencia, sólo nos quedará el contento de asistir cerca de su esfera, en que no me tengo por poco dichoso con tal vecindad.

Con una seña de besarse una blanca mano (que entonces sacó del guante) significó Luisa estimar el favor, y sin hablar palabra, haciendo al genovés una cortesía, se entró, dejándole rendido a su belleza.

Aquella noche misma quiso saber del escudero quién era su ama, y él (industriado en lo que había de decir por Teodora) le dijo ser una señora de Zaragoza llamada doña Ángela de Bolea, que había sido casada con un gran caballero de aquella ciudad. Su venida a la Corte era aguardar a un hermano de su padre que venía de las Indias, riquísimo, el cual la había de hacer su heredera de todo cuanto traía, que serían más de ochenta mil escudos, y que éste la socorría con más de dos mil cada año, por haber quedado pobre.

Creyólo todo el genovés y confió que por la vecindad tendría entrada en su casa. Envióla con el escudero un cortés recaudo, ofreciéndose con cuanto había en su casa y que tendría a suma dicha valer algo para su servicio, a que se le respondieron agradecimientos corteses a su oferta. Con esto se alentó él a enviar de allí a dos días otro recaudo en que pidió licencia para visitarla; alcanzó de la dama su beneplácito y lo mejor aliñado que pudo, acompañado de sus criados, le entró a hacer la visita. No halló menos apercebida a la fingida viuda, que como su principal intento era tirar a granjealle la voluntad, estaba en todo con advertimiento.

Hallóla en su estrado de terciopelo negro y cerca dél, en una alfombra negra, sus dos dueñas reverendísimas, de mantos, monjiles y tocas; en fin, todo muy en orden para dar a entender la calidad que habían publicado. Si mucho se pagó el genovés de lo hermoso de la dama, no lo quedó menos de lo razonado, que como era discreta, le mantuvo una larga hora de conversación muy entretenida, sazónada con gustosos chistes, de que el genovés fue muy engolosinado y deseoso de volver otras veces, pidiéndole licencia para esto. No la halló fácil en ella, por saber con experiencia que tiene más estima lo que más se desea, si bien no del todo le dejó descontento, diciéndole que ella tenía algunos deudos allí de

su marido, y que por ellos no admitía el favor que la hacía, que eso había de ser de cuando en cuando, que así estimaría ser visitada dél. Con esto se despidió el genovés, prometiéndose que su buena vecindad la obligaría a más llaneza. Con esto la hacía algunos presentes de las nuevas frutas del tiempo, todo cosa poca y de poco valor, cosa que dio a la dama cuidado, conociéndole el fondo de miserable, y le puso dudas de su empresa.

Entre los criados que el genovés tenía era uno español, natural de Toledo, que le había recibido allí porque era diestrísimo en la música y de gallarda voz, juntamente con una punta de poesía que le penetraba todo el cerebro: éste quiso que fuese el festejo de la hermosa Luisa, con airosos tonos que la cantase; y así una noche de las de verano, que vio a la dama en su balcón acompañada de su familia, quiso entretenerla con las gracias de Leonardo (que así se llamaba el músico), y habiéndole hecho poner en el balcón de enfrente, después de haber templado su instrumento, cantó esta letra:

Las esmeraldas que al Tajo  
la primavera le dio,  
en sus márgenes le roba  
del cano invierno el rigor.

Las verdes plantas que fueron  
en su apacible sazón  
tálamos de amantes aves,  
quietud del vuelo veloz,

ya sin la pompa de abril,  
en diciembre helado son  
cadáveres, ostentando  
lo que el verdor animó.

Lauro (que en verlas renueva  
los sucesos de su amor)  
a la quietud de los campos

les dice en sonora voz:

La fortuna, el tiempo y amor  
tres enemigos terribles son.  
¡Ay qué rigor, ay qué rigor!

No hay estado seguro de su condición;  
que si el uno le trueca le ayudan los dos.  
¡Ay qué rigor!

Hizo Leonardo ostentación a su sonora voz al mismo tiempo que de sus versos, pues la letra que cantó era suya, que como patriota de Toledo no se olvidó del caudaloso Tajo, que le cerca con sus cristalinos muros. Con esta letra cantó otras de la misma data, que era tan presumido que no ponía en la guitarra tono que no fuese suyo; en éste no venía a ser falta, por ser único en la música, pero en otros que tienen esta condición llevados de su fiducia más que de su ciencia, viene a ser ignorancia y poco conocimiento de las ventajas que les hacen otros ingenios de más fama, y así, si alguno destes llega a poseer oficio en alguna iglesia, les hace oír toda la vida una cosa a los capitulares della, con no pequeño enfado suyo, porque comer siempre de una vianda, aunque sea buena, enfada, ¿qué será si es desabrida?

Volviendo, pues, a nuestra música, ella fue a gusto de la señora viuda, que así se lo envió a decir esotro día con el escudero al vecino, con el cual él pidió licencia para verla y le fue concedida. En esta visita nuestro amante, declarado ya por tal, ofreció montes de oro a la astuta dama y prometió finezas. Oyóle muy falsa, atribuyéndolo a lisonja lo que él la vendía por amor de veinte y cinco quilates. Quisiera la dama que las obras lo dijeran y no vía orden, porque el genovés podía apostarlas al más avariento indiano. Con todo, aquella tarde la hizo un presente de guantes y abanicos, todo poca cantidad, que aun la ocasión del aire quiso dar limitada, librándolo en el puerto de Guadarrama, proveedor de los refrigerios del verano de Madrid.

Mucho se desanimaba Luisa de ver esto, y así quiso comenzar a desenvainar sus ocultas gracias, advirtiendo al vecino que le quería pagar una noche su música con otra, sin salir fuera de su casa a buscar a ningún músico; pensóse el genovés lo cierto que era ella quien había de cantar y así, acompañado de Leonardo, su criado, se puso en el balcón la noche que tuvo certeza que había de ser. En él aguardó a que su dama saliese, la cual, acompañada de sola Feliciano, con una bien encordada guitarra se pusieron a su balcón. Era ya tarde, que se aguardó a eso porque se atribuyese a recato, y con el silencio de la noche, quien primero le rompió fue la fingida viuda cantando así:

Ya la nieve de la sierra  
se desataba en cristales,  
y en dos márgenes de flores  
arroyo les mira un valle.

Undosa cítara ostenta  
en los agudos y graves,  
su sonora armonía  
siendo las guijas los trastes.

Con dulces coros la ayuda  
la capilla de las aves,  
al compás que el viento lleva  
con las hojas de los sauces.

Miraba las aguas puras  
Belisa en su verde margen,  
y en su sonoro instrumento  
dice rompiendo los aires:

«Arroyuelo que en campos de flores  
con ondas de plata caminas libre,  
dile a mi amor, dile  
que Belisa amando, muere de firme.

»Arroyuelo transparente

que haces con dulce armonía  
salvas a la aurora fría  
en los balcones de Oriente,  
si acaso vieres mi ausente,  
con lengua de plata, dile  
que Belisa amando, muere de firme.»

Acabó la dama con dulces pasos de garganta, en que hizo lucido alarde de su destreza causando admiración a su amante y mucho mayor a Leonardo, que como presumía en la facultad, casi la reconoció ventaja en la voz, no en la destreza, que era tan desvanecido que al mismo Orfeo no se la diera. Quietáronse un poco, y queriendo hacer la fiesta doble cantaron juntas las dos hermanas esta letra:

¡Ay, que en el valle me miran  
unos ojos con dulce rigor;  
con su ausencia me abraso de celos,  
con su vista me muero de amor!

De cualquier suerte es penar  
quien amando ha de servir,  
en ausencia con sentir  
y en presencia con mirar.

Celos, a desesperar  
inclinan mi cobardía,  
y amor a seguir porfía  
la causa de mi dolor.  
Con su ausencia  
me abraso de celos,  
con su vista me muero de amor.

Quedaron los oyentes con esta graciosa letra, cantada con tanta gracia y destreza por las dos hermanas, con notable suspensión, pareciéndoles no haber oído tal cosa en su vida. Así lo afirmó Leonardo, más morigerado con tan valiente desengaño, quedándole el consuelo para sí de que entre los hombres era el único en el orbe. Cerróse el balcón y

recogieronse en las dos casas a dormir con diferentes intentos, porque la hermosa Luisa no era el suyo otro que aficionar al genovés, para encaminar su estafa en el modo que mejor se la ofreciese la ocasión; y el rendido amante no ponía el cuidado en otra cosa sino cómo gozaría de la dama; no considerando que, falta de juventud y de gallardía, había de suplir esto su dinero, cosa que él guardaba mejor que el día más festivo del año.

Emprendió Luisa dar un tiento a este inexpugnable varón con poca cosa; y así estando un día de visita con él, se oyó un ruido abajo entre Mogrobejo, el escudero, y otro hombre. Preguntó la dama qué era aquello, sabiéndolo mejor que nadie; fuele dicho que su escudero lo había con un criado del dueño de la casa que habitaba. Mandóle subir, diciendo primero al genovés:

—Vuestra merced ha de perdonar mi curiosidad en averiguar esta rencilla, que no lo hiciera en presencia de otro que no fuera tan señor mío.

Estimó el galán que con él se usara aquella llaneza, juzgándole con lo dicho por muy de casa. Subió en esto Mongrobejo muy colérico, y preguntada la causa de su enojo dijo ser muy justo, pues el criado del dueño de la casa, que venía a pedir el alquiler de aquel cuarto, que se usa dar el año adelantado, quería subir a hablar en ello arriba, y porque le había impedido el hacerlo era la reyerta, diciendo que era excusa para negarse.

Mandóle subir la señora Luisa, y entró un mozo vestido como paje y buscado para hacer aquel papel, a quien dijo la dama:

—Gentil hombre, dirá al señor su dueño, que ya veo la razón que tiene en pedir lo que ha un mes que le había de haber dado, según es costumbre en esta Corte; pero que le aseguro que no me ha llegado un dinero que espero de Sevilla, y que al presente me hallo sin un real, que por ocho días le suplico me espere, que si en ellos no viene, buscaré modo para que

quede satisfecha su queja justa y cuando otro día le dijese que hay visita, crea que es así y no buscar causa para negarme.

Con esto se fue el supuesto sirviente y la dama se volvió al genovés, diciéndole:

—Prometo a V. M., señor César Antonio, que han sido tantos los gastos que estos días se me han ofrecido, que me traen corta de dinero, de tal suerte que no puedo pagar una miseria como son 1.000 reales del alquiler deste cuarto.

Bien entendió ella que esto bastaba para que liberalmente el aficionado varón se ofreciera a pagar por ella tan corta cantidad; más excusando el lance, dijo:

—Creo yo muy bien, mi señora, cuanto V. M. me dice, que estamos en unos tiempos tan trabajosos, que en la más gruesa hacienda vemos estas quiebras y por la mía pasan cada día.

Picada quedó la dama de haber echado este virote al aire, y conoció en el sujeto conchas y haber menester agudos arpones para penetrarlas. Moviéronse otras pláticas con que se acabó la visita, quedando en ella la dama no poco descontenta, con que la obligó a buscar otro modo para sacarle jugo a aquel pedernal Faraón.

Era nuestro Mogrobejo único hombre en la pluma, y de tal habilidad en contrahacer cualquiera letra, que no había en el orbe quien le excediese. A éste le encomendó la dama que procurase imitar la firma de algún genovés de Sevilla de los más conocidos, y que esto lo podría hacer acudiendo a las casas de hombres de negocios, donde se despachaban letras. Ofrecióse a servirla con puntualidad el viejo, sabiendo que de la vitoria destas conquistas tenía parte, como todos, en los despojos, y esto se lo facilitó ser de un cajero de un genovés que asistía en la Corte, muy amigo suyo desde su mocedad. Con éste se vio algunos días, en los cuales, asistiendo a su

escritorio, vio despachar algunas letras, entre las cuales tuvo atención a la de un poderoso genovés que estaba de asiento en Sevilla, cuyo nombre era Carlos Grimaldo; éste la imitó con tanta propiedad, que de una a otra no había diferencia alguna. Vino con esto muy contento a casa y no lo estuvo menos la dama, pues con tan buena ayuda le industrió en lo que había de hacer.

Aunque miserable el genovés amante, no dejó de conocer que para galán y pretendiente de su vecina había andado muy corto en no ofrecerle la cantidad que la venían a pedir por vía de empréstito, pues, cuando la perdiera, eso se aventuraba y no empeño de mayor cantidad, si es que había de proseguir en su martelo. Vio que era imposible enmendarlo, habiendo pasado después del lance más de seis días, y así, esos estuvo que no vio a la dama, cosa que le puso en cuidado, por parecerle que se le había espantado la caza. Tomó, pues, un día el genovés un achaque para volver a la continuación de su martelo, y así una tarde, cerca de las oraciones, entró en su casa, pidiendo mil perdones de su ausencia. Comenzóle a dar quejas de su olvido la dama, y él a dar a ellas disculpas de que forzosas ocupaciones le habían estorbado lo que era tan de su gusto, y que aquel día había acabado con ellas comenzando a divertirse yéndose a la comedia, por saber que se representaba en ella un entremés que había escrito su criado Leonardo, del cual venía muy contento por haberle parecido muy agudo y gracioso.

—¡Oh, quién le viera, dijo a este tiempo la dama con mucho afeto, que de su buen ingenio me prometo que sería muy sazonado!

—Fácil es a V. M. cumplir su antojo, dijo él, porque la comedia que con él se hace es del fénix del orbe Lope de Vega Carpio, intitulada *La ilustre fregona*, y es tal, que durará algunos días con lo bien que representa aquel papel la mayor cómica que ahora se conoce, que es *Amarilis*; y así prevendré aposento donde V. M. la puede ver mañana.

—¡Jesús, señor mío! —dijo la dama (no queriendo que pasase en cuenta de servicio aquél tan pequeño que la ofrecía)—, mi hábito no es para ver comedias.

—El embozo —replicó él— lo puede disimular, pues la edad no pide tanta reclusión.

—Aunque eso lo encubra —dijo ella— no me pondré en esos lances, si bien otras de menos años de viudez no miran en eso; pero yo debo reparar, porque aguardo a un tío que es muy escrupuloso en estas cosas y no quiero que halle fama de mí que ando en divertimientos.

—Vuesa merced lo mire —dijo el genovés— con la cordura que es razón, pero si de un vecino se permite traerle por fiesta la misma representación de amigos de Leonardo, yo quiero servir a V. M. con ello una noche sin que entre aquí otra persona que yo y las amigas que vuesa merced quisiere.

—Aún eso —dijo la dama— podré acatarlo, como se cumpla con el rigor que V. M. lo promete.

—Así se hará —dijo él— y será con brevedad. Porque él lo tenía dispuesto de hacer con amigos suyos en una holgura y lo podían hacer aquí mejor.

Con esto se habló en otras materias, y por ser aquel día de estafeta de la Andalucía, le preguntó la dama qué nuevas tenía de Sevilla; él dijo que no le escribían novedad alguna en aquel ordinario.

—A mí me ha venido esa carta —dijo ella— de un genovés que se corresponde con mi tío en Indias, que en esta ocasión la he estimado mucho; léala V. M., que quiero saber si le conoce y a la persona que él dirige una letra.

Tomó la carta de la mano de la dama, y esforzándose a leer sin antojos, por no confesar edad en la presencia de la dama, dijo así:

«Por esperar en el navío de aviso nuevas más frescas del señor capitán Bolea, tío de V. M., he dilatado el hacer esto. Queda con salud y ya previniendo su partida; no escribe a V. M. por la ocupación, sólo me manda la libre 800 pesos en la persona para quien va esa letra; así lo hago, deseando en cosas de más importancia servir a V. M., a quien guarde Dios muchos años, etc.,

*Carlos Grimaldo.»*

Dentro de la carta viene la letra que dice así:

«Pagará V. M. por esta primera, señor Juan Baustista Lomelín, a la señora doña Ángela Bolea, asistente en esa corte, ocho mil reales en moneda doble a cuarenta días vista, por otros tantos recibidos aquí del capitán don Gonzalo Bolea, su tío, y póngalos V. M. a mi cuenta. Cristo con todos. En Sevilla a 12 de Septiembre de 1630.

*Carlos Grimaldo.»*

—El dueño desta carta —dijo el genovés— es una persona muy conocida y caudalosa, y a quien viene la letra lo es tanto como él.

—Basta que V. M. lo asegure —dijo la dama; ¿pero no es terrible rigor, señor César Antonio, venir a cuarenta días vista? ¿Qué tengo de hacer yo, pobre de mí, de aquí a que se cumplan, con mis forzosas obligaciones a que acudir?

Aquí le pareció al genovés que tenía lugar su oferta, sin daño de su dinero, por vía de empréstito, y así la dijo:

—A V. M. no le dé ningún cuidado esas dilaciones teniéndome a mí para servirla. ¿Qué se le ofrecerá a V. M. por ahora haber menester que la preste?

—Cuatro mil reales —dijo ella con no poca alegría viendo que el pez caía en el anzuelo.

—Pues véngase Mogrobejo mañana a casa, que yo se los daré hasta que V. M. cobre su letra por entero.

Agradecióselo ella con muchas muestras de amor, el socorro que la hacía, y al volverle la letra al genovés se dejó dél tomar la mano, aunque con algún recato, cosa que le dejó transportado y con alientos de ofrecer toda la cantidad (sobre la letra, se ha de entender).

Con esto se despidió de la dama, quedando ella contentísima de haberle salido bien aquel seguro lance, previniendo otro mayor en que dejarle estafado a su satisfacción. Quiso cumplir su palabra el enamorado César esotro día y no aguardando a que Mogrobejo viniese, mandó contar el dinero en reales de a ocho segovianos y que Leonardo se los llevase, no cargando él con ellos, porque su presunción no lo permitía ni la profesión de poeta que se llegase tan cerca de la moneda.

Agradeció la dama la puntualidad y más en venir con oferta de que aquella noche, si gustaba, se le quería hacer la fiesta del entremés. Todo lo acetó con mucho gusto y dejó con lo afable más rendido al genovés y a Leonardo alentado para mostrarla las partes de su ingenio así en la música como en la representación.

Quiso la señora Luisa que esta fiesta fuese aplaudida de damas, y así convidó a las dos amigas y a su madre, introducidas en la estafante profesión e interesadas en ella, y a prima noche vinieron en el coche y juntamente con ellas otras amigas de aquel barrio, mozas y bizarras. Prevínose la sala de luces y de pomo en brasero que exhalaba suavísimo olor, acomodándose en su estrado, y el genovés en una silla cerca dél, de donde podía hablar a su gusto con su dama.

Púsoles silencio ver entrar tres músicos, y entre ellos Leonardo, que con tres guitarras cantaron esta letra:

Duplicado sale el sol

en los hermosos zafiros  
de la divina Gerarda  
que hace estos campos Elisos.

Regocijo muestra el prado  
viendo que sus pies divinos  
con solo el tacto le aumenta  
las violetas y los lirios.

Sonoras salvas la hacen  
los pintados pajarillos,  
cantando varios motetes  
en los álamos y alisos.

Suspendía Manzanares  
sus cristales fugitivos,  
porque su rara hermosura  
es para todos hechizo.

Olvidando los pastores  
sus ganados y cortijos,  
vienen a ver de beldad  
un soberano prodigio.

En cuya presencia, Lauro,  
(sujeto al rapaz Cupido),  
templando el dulce instrumento  
esto en su alabanza dijo:

«Albricias, zagales,  
que dos soles alumbran el valle;  
y las plantas se alegran,  
las flores se esparcen  
viendo que sale  
la que viene a ser dueña  
de libertades.»

Cantaron esta letra con mucha gala y destreza, esmerándose Leonardo en hacer el tono, porque la había escrito al propósito de haber venido nuestra doña Luisa de las riberas

del Ebro a las de Manzanares. Dieron gusto al auditorio, el cual esperó el entremés, que su título era *El Comisario de Figuras*:

### **ENTREMÉS DEL COMISARIO DE FIGURAS**

*Salió el COMISARIO con vara alta y una ropa negra, herreruelo encima y gorra al uso, de terciopelo, y su HUÉSPED.*

#### **COMISARIO:**

Es esta comisión, huésped amigo,  
del Nuncio de Toledo despachada  
para ser con rigor ejecutada.  
Abunda el golfo desta Corte insigne  
de tanta sabandija en sus honduras,  
que he venido a limpialla de figuras.  
Yo salí a petición de los discretos  
que se pudren de verlas, y a su costa  
quitaré de Madrid esta langosta.

#### **HUÉSPED:**

Tal se puede llamar, seor comisario,  
plaga que ofende el español distrito,  
y no fueron mayores las de Egipto.

#### **COMISARIO:**

Yo imagino que en nada diferencia  
un hombre de figura acreditado  
a otro en la locura confirmado,  
y el castigarle por aqueste vicio  
es de mi comisión el ejercicio.  
Pero, ¿qué ruido es éste?

*(Entra un ALGUACIL 1.º, con uno presumido de GALÁN, que trae en el sombrero muchas cintas, cabellos y favores.)*

#### **HUÉSPED:**

¿Hay tal exceso?

#### **COMISARIO:**

Mis alguaciles traen algún preso.

**ALGUACIL 1.º:**

Este galán en una esquina hallamos  
que a un balcón estaba haciendo señas,  
donde había una mona con dos dueñas:  
la mona, ejercitando las quijadas  
y ellas a su labor atareadas.  
Fuese de allí, más dos que le seguimos  
a otro balcón, hacer lo mismo vimos  
y en él con su temática porfía  
con un alnafa a solas las había:  
da nota de figura en sus acciones  
adornando de flores, de listones,  
y de cintas y guantes el sombrero.

**COMISARIO:**

Decidme, ¿sois galán o buhonero?

**GALÁN:**

Todo lo vengo a ser favorecido.

**COMISARIO:**

Protofigura sois deste partido.  
¿Qué sombrero es aqieste, gran figura?

**GALÁN:**

Un pregonero es de mi ventura.

**COMISARIO:**

¿Dónde habéis hecho tan fatal estrago?  
¿Traéis estas veneras de Santiago?

**GALÁN:**

De siete damas son, por mí rendidas.

**COMISARIO:**

Bien empleadas pero mal perdidas.  
¿Siete os quieren?

**GALÁN**

:

Y a todas digo amores.

**COMISARIO:**

Hipocritón os juzgo de favores.

**GALÁN:**

Todos tienen envidia a mi fortuna.

**COMISARIO:**

Siete ostentáis y no tenéis ninguna,  
caballero de alardes tanpreciado,  
pues así de figura habéis jurado:  
ponelde luego, y no se me alborote,  
del Nuncio de Toledo el capirote.

**GALÁN:**

¿Cómo?

**COMISARIO:**

No hay que comer, hombre importuno,  
que de ahíto os preciáis y andáis ayuno.

*(Aquí le pusieron un capirote de loco pajizo y carmesí y le metieron dentro, y entró el ALGUACIL 2.º con el LINDO.)*

**ALGUACIL 2.º:**

Aquí viene otro preso.

**COMISARIO:**

¿En qué ha pecado?

Decildo presto.

**ALGUACIL 2.º:**

En lindo y confiado.

**LINDO:**

¿No se me echa de ver en mi lindura?

**COMISARIO:**

Que por el tronco sube hasta la altura  
¿Quién os ha dicho a vos que sois tan lindo?

**LINDO:**

El efeto de ver a cuántas rindo,  
pues con solo mostrar mi blanca mano  
no dejo corazón libre ni sano.

**COMISARIO:**

¿Cómo os llamáis?

**LINDO:**

Don Fénix.

**COMISARIO:**

¡Qué belleza!

Figura sois del pie hasta la cabeza,  
Ved lo que trae en esos dos bolsillos.

*(Míranle los bolsillos.)*

**ALGUACIL 2.º:**

Un papel de arrebol, peine y espejo.

**LINDO:**

Pues en verdad que vengo aun en bosquejo.

**COMISARIO:**

Mostradme ese papel que se ha caído.

**ALGUACIL 2.º:**

Él da de ser figura indicios llanos.

**COMISARIO:**

Esta es receta de aderezar las manos.  
¿Usáis mucho las mudas y sebillos,  
blandurillas, pomada y vinagrillos?

**LINDO:**

De todo me aprovecho.

**COMISARIO:**

Dame risa;  
bien os podéis llamar Doña Fenisa.  
Mozo estáis, pues en vos cana no asoma  
y ha mucho que pasó lo de Sodoma.  
¿Enrizáis el cabello?

**LINDO:**

Y con algalia.

**COMISARIO:**

Este huevo es pasado por Italia.

**LINDO:**

Por señas que conmigo traigo el bote.

**COMISARIO:**

Figura al mar, ponelde capirote.

*(Pónenle el capirote, y éntrase, sale otro ALGUACIL con una DAMA.)*

**ALGUACIL 1.º:**

Esta dama a un espejo se miraba  
diciéndose requiebros a sí misma.

**DAMA:**

Es verdad que a mí misma sola quiero.

**COMISARIO:**

Es figura a pagar de mi dinero  
Llegad acá, Narcisa de la legua,  
almendra que de dos está preñada,  
¿Cómo vivís de vos enamorada?

**DAMA:**

Porque me veo en todo muy perfeta,  
graciosa, bella, rica y tan discreta,  
que si a lo más hermoso he de inclinarme,

yo lo soy y a mí propia debo amarme.

**COMISARIO:**

Segura viviréis de competencia  
de temores, de celos y de ausencia.

**DAMA:**

Así es verdad, por eso soy mi amante.

**COMISARIO:**

¿Hase visto locura semejante?  
Sin duda que por vos, dijo el poeta:  
«Traigo a mi pensamiento  
siempre descalzo,  
porque no hallé la horma  
de su zapato.»

**DAMA:**

Es así, más no apruebe el Comisario,  
que es bueno amar a un loco, a un temerario,  
a un lindo, a un jugador, a un ignorante,  
mi hermosura de porte tan brillante  
que de ninguno ha sido competida.

**COMISARIO:**

Archifigura es la presumida.  
¿Aseguraos el tiempo apresurado  
que no tendréis lo fresco acecinado?

**DAMA:**

No.

**COMISARIO:**

Pues caed, señora, en vuestra cuenta  
que os faltará la sal y aun la pimienta.  
Caed de vuestro entono, ved que os daña.

**DAMA:**

Caiga la gran Princesa de Bretaña,  
que no he de dar caída que se note.

**COMISARIO:**

Figura al Nuncio; denla capirote.

**DAMA:**

¿Capirote?

**COMISARIO:**

Es buen traje aunque bisoño;  
guárdenle siempre su decoro al moño.

*(Pónenla capirote y vase; sale ALGUACIL 2.º y el POETA prestado.)*

**HUÉSPED:**

Otra figura en corro.

**ALGUACIL 2.º:**

Viene preso  
por querer ser poeta de prestado,  
y es mendigo de versos declarado.

**COMISARIO:**

¿Poeta sois, don Ganso?

**POETA:**

Sí.

**COMISARIO:**

¿Hay efeto?

**POETA:**

Sólo por pasar plaza de discreto.  
De limosna me valen los poetas  
para justas poéticas.

**COMISARIO:**

¡Qué tretas!

¿Y si fuese el poeta un ignorante,  
es bien ser de ignorancias mendicante?

Apolo de hombres tales forma quejas,  
pues con plumas prestadas son cornejas.

**POETA:**

Yo vivo en este error.

**COMISARIO:**

Ved que es mancilla  
Que pretendáis ser loco por tablilla.

**POETA:**

Poeta pienso ser.

**COMISARIO:**

De paso y trote  
Figura al Nuncio; dalde capirote.

**POETA:**

¿Qué es esto?

**COMISARIO:**

Esté con grillos y cadenas,  
pues quiere ser bribón de obras ajenas.

*(Pónenle capirote; llévanle y sale el ALGUACIL 1.º con otro preso que es elpreciado CABALLERO.)*

**ALGUACIL 1.º:**

De caballero superior a todos  
se precia mucho el que traemos preso.

**COMISARIO:**

¿Y cuántos son los coronistas de eso?

**CABALLERO:**

Yo solo, y basto.

**COMISARIO:**

Al basto no me allano:  
otros lo han de decir, no vos, hermano.

¿Cómo os llamáis?

**CABALLERO:**  
Don Singular.

**COMISARIO:**  
Condeno  
el nombre, para Fénix era bueno.

**CABALLERO:**  
Deciendo de Pelayo y de Favila.

**COMISARIO:**  
El solar es antiguo, que es de godos.

**CABALLERO:**  
Por eso quiero preferirme a todos.

**COMISARIO:**  
¿Andáis en coche sólo?

**CABALLERO:**  
Día y noche.

**COMISARIO:**  
¡Quién os pusiera fuego a vos y al coche!  
Pasaréis en eternos soliloquios;  
caballero mental os considero,  
¿tendréis también durezas de sombrero?

**CABALLERO:**  
Gorra fija poseo, con los títulos  
me porto de merced.

**COMISARIO:**  
¿Y con los grandes?

**CABALLERO:**  
Llámoles señoría o no les hablo.

**COMISARIO:**

No sólo sois figura, sois retablo.

**CABALLERO:**

¡Hola! Tengo muy altivo mi cogote.

**COMISARIO:**

Figura al Nuncio; dalde capirote.

*(Pónenle capirote; vase, sale ALGUACIL 2.º con un poeta CULTO.)*

**ALGUACIL 2.º:**

Este traemos preso por poeta  
de estos que llaman cultos; tuve aviso  
del barrio en que vivía, y en efeto,  
le he cogido escribiendo este soneto.

*(Dale un papel.)*

**COMISARIO:**

Si en estos hacéis presa, tengo miedo  
que quepan en el Nuncio de Toledo.  
Veamos el soneto, así empezaba:

*(Lea.)*

«Bella difusa no, sí luz algente,  
a paranconizar la que pulula  
crepusculante aurora se vincula  
diviciosa en celajes, sí esplendente.»  
¡Figura, figurón y figurísima!  
figura de figuras sin cimientos,  
que es lo mismo decir cuento de cuentos.  
¿Escribes en el limbo o el infierno,  
que con lo oscuro das tormento eterno?

**CULTO:**

Esta de mi capricho culta ciencia  
vulgar no admite pedantina plebe.

**COMISARIO**

:

¿Qué pedantina? ¡Bercebú te lleve!  
Ministros figurosos, yo os advierto  
que desta gente no toméis memoria.

**ALGUACIL 1.º:**

¿Por qué?

**COMISARIO:**

Por no cargar de tanta escoria  
y al gasto no poner añadiduras.

**ALGUACIL 2.º:**

Y aun despoblar la Corte de figuras.

**COMISARIO:**

Pague aqúeste por todos el escote.

**CULTO:**

¿Cómo, cómo?

**COMISARIO:**

Ponelde capirote.

*(Pónenle capirote y llévanle dentro.)*

**ALGUACIL 1.º:**

De más figuras esta lista abunda.

**COMISARIO:**

Bien la podéis dejar para otro día,  
que me canso con tal figurería.

*(Entra el ALGUACIL 2.º)*

**ALGUACIL 2.º:**

De parte de los discretos,  
señor Comisario, vienen  
para divertirse un rato  
a ofrecer un baile alegre.

**COMISARIO:**

Agradezco su cuidado;  
entren en buen hora, entren.

(Vase.)

**ALGUACIL 1.º:**

Los músicos han salido.

**COMISARIO:**

Ea, el regocijo empiece.

*(Salieron a este tiempo tres músicos, dos mujeres airosamente vestidas, con sombreros adornados de plumas blancas, y con ellas dos bailarines bien aderezados y con plumas, y comenzaron este baile:)*

Figuras de varios temas  
los que de serlo os preciáis  
para ser nota de todos  
y risa en todo el lugar.

Advertid, atended y mirad  
que un Comisario ha venido  
por juez deste partido,  
que a Toledo os pretende llevar.

Los que el frenesí moderno  
para cansarnos usáis,  
sin corrección que os enmiende  
ese necio delirar,

advertid, atended, etc.

Yo conozco figuras  
a muchos mozos,  
que si dejan de serlo  
vivirán poco.

De figuras abunda  
la Corte, niña,  
unas son de presa  
y otras de pinta.

Hicieron el breve baile con muy buen concierto, airosos lazos y excelentes vueltas, con que se acabó la fiesta, quedando el auditorio de las damas muy gustoso así dél como del entremés. No quiso perder el que le escribió la gloria de las alabanzas, y así salió a oírlas de todas aquellas damas, en particular de doña Luisa, que se celebró con notables exageraciones, con que quedó nuestro poeta vanísimo y alentado para mayores desvelos, que era dar fin a una comedia que estaba escribiendo, a quien daba título de *La dama sierpe*. Él se pensaba que por lo extraordinario se la habían de pagar los autores muy bien, y engañábase, que no había cosa más vista en la Corte que damas sierpes, que lo pudieran ser en un retablo de San Jorge.

Acabada la fiesta, el genovés (que tomó por su cuenta el regalar a los cómicos) los hizo llevar a su casa, donde con una buena colación salieron de allí muy agradecidos y contentos. Desde entonces quedó César muy adelante en la gracia de la dama, pues era favorecido della con los lícitos favores que le eran permitidos, cosa que le daba esperanza para alcanzarlos mayores.

Habían las dos hermanas y las vecinas juntamente con sus criadas estudiado una comedia, cuando vivían en la calle del Príncipe, la cual al tiempo de hacerse no tuvo efecto por la desgraciada muerte de don Fernando, galán de doña Luisa, y con la ocasión de haber visto este entremés, quisieron hacerla; concertóse, pues, la noche de la fiesta, que para de allí a ocho días con dos ensayos se hiciese en aquella misma sala. Volvieron a ver los papeles, y ya todo prevenido así de galas como de lo demás necesario, dieron aviso dello al genovés, permitiéndole que él solo, con Leonardo y otros dos músicos, pudiesen hallarse en la fiesta. Estimólo muchísimo, y más sabiendo que su dama representaba

vestida de hombre, que era la comedia *La tercera de sí misma*, y ella hacía el principal papel della.

Llegóse el día de la fiesta, y juntas las amigas y otras que para ella se convidaban, cuando todas aguardaban al genovés, vino Leonardo a decirles que por orden del presidente del Consejo de Hacienda había sido llamado para acabar de efectuar unos asientos con su majestad, a que había venido desde Génova, y que así era forzoso asistir a ellos con no poca pena por perder tan buen rato, que a él le enviaba con otros dos amigos para que les ayudasen en la fiesta. Mostró doña Luisa pesar de su ocupación, pero no le estuvo mal haberla tenido, como adelante diremos.

La comedia se representó muy bien, y todas hicieron sus papeles excelentemente adornadas sus personas con lucidas galas, hasta Mogrobejo hizo un papel de barba con la que él se tenía muy autorizado, que era hombre de muy buen humor. Ya que la comedia era acabada y estaban todas las damas en su primero traje, vino César apesadadísimo de no haberse hallado en ella. Exageróle Leonardo lo bien que todas habían representado, y en particular su dama, que con el vestido de hombre parecía un serafín y la más airosa cosa que había visto en su vida. De nuevo sintió el genovés su ocupación y estaba que se pelaba las barbas de pesar. Mostró Luisa grandes sentimientos de que no hubiese venido, una vez que ella disponía a salir de su recato por darle gusto y haber de asistir a verlas. De nuevo refirió la precisa ocupación que lo había estorbado, y entre las damas se trató que para sólo darle gusto a él se volviese a hacer la comedia para de allí a ocho días, en la quinta del Condestable, haciéndole a él el dueño desta fiesta, porque supiese que el gasto había de correr por su cuenta. Él se ofreció a que les daría comida y merienda muy abundantemente, yéndose a la holgura desde por la mañana. Así quedó concertado, advirtiéndole doña Luisa a su galán que le hiciese un vestido para representar, que con el que había salido era de persona más abultada y salía con él con disgusto; con él le mandó

buscar joyas de botones, cintillo, cadenas y sortijas, y otro vestido de dama para salir antes que se mudase de hombre. Todo lo acetó el genovés ya rendido, y echaba a un lado la miseria, que esto puede el amor. Aquí fundó Luisa su estafa avisando a su madre y amigas de lo que habían de hacer.

El genovés no podía ir a la quinta hasta salir del Consejo de Hacienda, donde asistía todos los días, pero advirtió que eso no estorbaría el acudir al mediodía allá. Con esto mandó prevenir lo necesario para la fiesta de comida y dulces, y ir allá sus criados a aderezar una sala con colgaduras y otras con camas para si quisieren reposar las damas.

Dos días antes del concertado llevó el amante genovés a su dama un vestido de mujer de tabí azul y plata, muy guarnecido de pasamanos y alamares que había mandado hacer para ella, y otro de raso negro bordado de oro de canutillo para vestirse de hombre, para los cuales le habían tomado la medida y obrádose con mucha priesa y costa, como se hace en estas ocasiones en Madrid; junto con esto la llevó ricas joyas de botones, cintillo, cadena y rosa del sombrero, todo con diamantes. Con esto se mostró Luisa tan agradecida, que le dio esperanzas que en la quinta alcanzaría el último favor que deseaba, con que el genovés quedó loco de contento.

En los dos días que faltaban para el de la fiesta no se había descuidado la astuta Teodora, madre de la héroe deste discurso, que esas noches algo tarde dispuso que se llevase cuanto había en casa a parte donde estuviese oculto, para hacer a su salvo su hecho. Llegóse el día de la fiesta y ese, antes de amanecer, ya los criados de César estaban en la quinta previniendo lo que era menester.

El genovés acudió a su Consejo, yendo a él en un macho andador para acudir en saliendo de allí a la quinta con brevedad.

Teodora, sus hijas, Bañuelos y Mogrobejo se pusieron en su

coche y, en vez de salir por la calle de Alcalá a la prevenida fiesta, con las galas y joyas del genovés acudieron a la custodia dellas y a ponerse en salvo en una casilla de los barrios de Santa Bárbara, donde en diferente traje se ostentaron a la vecindad, mudando luego Mogrobejo el encerado al coche y ocultando los caballos en parte secreta. Las dos hermanas amigas ya estaban también en salvo con nuevo disfraz, ellas y su madre, hasta que de allí a ocho días se fueron las unas a Illescas y las otras a Valdemoro.

Volvamos a nuestro galán, que habiendo salido del Consejo y acompañado al Presidente hasta su casa, de allí tomó el camino de la quinta. Llegó a ella alborozadísimo con el buen día que esperaba tener y no halló más que a solos sus criados y tres cocineros que había enviado a guisar la comida. Preguntó por las damas y dijéronle cómo aun no habían llegado. Alteróse César sumamente de oír esto, pareciéndole que alguna desgracia les había sucedido y eso habría sido causa de no haber llegado, y con este sobresalto tornó a ponerse en el macho y volvió a Madrid y a su casa, en la cual halló cerrado el cuarto, e informándose de los vecinos de abajo supo cómo habían visto que había salido en el coche y toda la familia; pensóse que habían ido por las amigas y quiso informarse de dónde vivían, pero no halló razón desto, con lo cual le pareció volver a la quinta lleno de mil imaginaciones. En ella sólo halló los mismos que había dejado, con las nuevas de no haber llegado allí las damas, mas de que un correo de a pie les había allí dejado una carta para él, que por no le haber hallado en casa y saber que había venido a la quinta le vino a ella a buscar. Apeóse César todo confuso y sentándose en una silla, abrió la carta lleno de mil temores, que decía desta suerte:

«Señor César Antonio:

No pongáis cuidado (si lo podéis acabar con vuestra condición) en saber de vuestras vecinas, que ellas están en parte donde no se podrán hallar y le irá mal a quien hiciere diligencia en saberlo: esto se os avisa, y del lobo, un pelo, etcétera.»

Quedó el genovés con esto muerto. Decía cosas que parecía estar fuera de juicio, viendo su gasto perdido, sus joyas hurtadas y sus esperanzas muertas. Entróse en su coche en compañía de sus criados y volvió a Madrid hecho un tigre, pensando que tanta gente era imposible ocultarse en la Corte y más con coche; no se persuadía a que la viuda fuese mujer de mal trato, con haber visto el desengaño en la carta, que se pensaba que por hacerle burla había sido todo o por no cumplir sus esperanzas. Al fin él llegó a Madrid y esperó en su casa a que llegase la noche por ver si venía a la suya su viuda; vio que no le pasaba por el pensamiento; informóse de los de la casa donde vivía el dueño propietario della; fue a verse con él, de quien supo que aquella mañana le enviaron las llaves del cuarto, y que pues no era cumplido el tiempo, pusiese cédulas para si había quien por cuenta suya se alquilase, que la dama se ausentaba a Toledo por algún tiempo a negocio forzoso. De aquí se fue a ver con el genovés para quien había venido la letra de Sevilla, supo dél que aún no se la habían llevado a acetar, por donde conoció que todo se había hecho para engañarle. Con no poca pena dio a un alcalde cuenta del suceso, el cual hizo por su persona y por la de algunos alguaciles de corte sus diligencias y todas fueron en balde, porque ningún rastro se pudo hallar, con que quedó el pobre amante hecho una mona y estafado, expuesto a que sintiesen ligereza en él sus amigos en materia de sensualidad, pues se dejaba ver que quien tan liberalmente daba, que amor tenía. Finalmente él se quedó sin cuatro mil reales, perdidos los vestidos y las joyas, que todo valía más de dos mil escudos. Algunos días se pasó con esperanzas de cobrar lo perdido, que sería tiempo de dos meses, al fin de los cuales se hubo de partir a Génova, por saber que un hijo suyo, el mayor, estaba enfermo y muy de peligro. Con esto dejó la Corte, de la cual no se le olvidó todo el tiempo que vivió por la pesada burla que en ella le hicieron.

### **Aprovechamiento del pasado discurso**

En la determinación de doña Luisa con tanta autoridad se reprehende a las que con tales disfraces hacen semejantes engaños, que es causa para que los poco prácticos en la Corte tengan a muchos por personas de su profesión. En el vestir la viudez con gala se amonesta a las que esto hacen cuanto yerran, pues la verdadera viudez siempre ha de andar vestida de la honestidad y no relajada con traje indecente a tal estado. El enamorarse César en tal edad, da escarmiento a los ancianos para que se abstengan de hacer esto, pues no hay cosa tan oculta que al cabo no se publique. El desenfado de representar en diferente hábito siempre fue reprobado, pues sólo sirve de anzuelo de voluntades y motivo de lascivos pensamientos. Finalmente, la estafa amenaza peligro a las que tal intentan, como le temieron estas mujeres, pues si fueran halladas las castigarán muy severamente.

## Estafa tercera

De la manera que los buenos sucesos de las conquistas anima a los soldados para emprender las más peligrosas, así dieron aliento las dos presas de Feliciano y Luisa a las otras dos hermanas y amigas suyas, para atreverse a intentar cada una su estafa por no ser menos que ellas.

Tocábale a doña Constanza, la mayor de las dos hijas de la anciana doña Estefanía, la estafa tercera, para la cual la ofrecieron las amigas todo su favor, y en principal lugar el coche, que era el *tu autem* de la fiesta.

Estaban (como se ha dicho) las sevillanas en Valdemoro y las otras en Illescas, allí se juntaron los dos coros de guardañas; y Constanza, alentada para su empresa, dejó su compañía y con solo la de la anciana Bañuelos y de Mogrobejo se metió en el coche que, mudando de cubierta y de caballos y cochero, pudo entrar en Madrid sin refrescar memorias de haberse visto jamás pasear sus calles: tal es la confusión de la Corte.

Mogrobejo no se descuidó, que para no ser conocido acortó la barba y púsose unos venerables anteojos con que disimuló la fachada; con esto y un carro de ajuar entraron en Madrid, llevando ya la Constanza elegida la persona con quien las había de haber, sin intervenir de por medio hechizo amoroso ni otro embeleco semejante, fundándose en haber conocido el sujeto del que iba a estafar. Tomó cuarto de casa en los barrios de la Merced, de donde en su coche había de salir a hacer su presa. El traje que eligió para emprendella fue el mismo de doña Luisa, si bien con más honesto modo, porque aquí había de lucir más la hipocresía que la gala, y así se valió de los adornos de viuda de su madre, como eran estrado y colgaduras. Puesta su casa en forma, dio principio a

su engaño desta suerte.

Tenía el curato de una de las más ricas parroquias de la Corte (que no se nombra cuál es) un doto sacerdote, doctor en la sacra Teología, cuyo nombre también se calla, bastará que le nombremos con los nombres de doctor o cura para la inteligencia deste discurso. A este personaje le habían dado este cargo por sus méritos y letras, sacándole de la Mancha (de donde era natural) para Madrid. No vino desnudo a la posesión del curato, porque de su patrimonio se tenía renta, sin más de mil escudos de pensiones que le pagaban dos obispos, y así con esto como con la renta de cura, pasaba con más de tres mil escudos en el mejor lugar del mundo; sólo era que pecaba en pródigo: no vio el orbe más avariento sujeto desde que la avaricia se introdujo en él.

En esto fundó nuestra estafadora dama su capricho. La familia del cura se cifraba en una hermana doncella, que se le iba pasando la sazón de casarse y no le llegaba la del ser religiosa por no lo disponer el señor doctor. Una ama, un estudiante que le acompañaba, y aunque era anejo a esto, una mula la excusaba con tener posada cerca de su iglesia y no ser muy amigo de salir por la Corte, ocupado en sus estudios.

Ya hemos dicho la persona que ha de padecer en esta oración; volvamos a la agente, que era doña Constanza. Ésta, muy reverenda de tocas y monjil, salió un día a misa a la parroquia deste cura, acompañada de su dueña y escudero; oyó allí misa y después salió a un cimiterio que tiene la iglesia y paseóle con la vista con mucha atención razonando con su escudero. Hallóse en esta ocasión el padre cura en la iglesia y notó con curiosidad lo que vio hacer a la viuda, si bien por entonces no quiso inquirir della qué era lo que con tanta atención miraba. Púsose en el coche y volvióse a casa contenta de haber hecho esta diligencia. Al día siguiente volvió a hacer la misma estación y también después de oída Misa salió asimismo al cimiterio, donde con más detención no solo estuvo mirando; más hizo a Mogrobejo que midiese a

pies una parte dél. Todo lo miraba atento el cura, ya con más deseo de saber con qué intención se hacían aquellas trazas y mensuras, y para informarse mejor salió adonde estaba la señora, con quien se hizo contradizo diciéndola:

—Ayer y hoy he visto a V. M. en nuestra iglesia y que con mucho cuidado nos mira nuestros sitios; y como cura della he salido a besar sus manos y a saber qué nos manda en que la podemos servir.

Ya tenía la fingida viuda en campo al que había de ser despojo de su victoria, y así con no poca gravedad le dijo.

—Huélgome mucho, señor mío, que V. M. sea la principal persona desta iglesia, que como aficionada a su glorioso santo he venido a ella a ver si en su sitio hay capacidad para ejecutar mi intento. Vamos a la iglesia y V. M. le sabrá más despacio de mí.

Acompañóla el cura hasta una capilla, donde en un estrado que en ella había se sentó y el cura en una silla, cerca del que servía de asistir en ella los que confesaban. Después de sosegarse un rato, con un fingido suspiro dijo la disimulada harpía así:

—Yo, señor mío, soy natural de Sevilla; allí nací de nobles padres, con el apellido de Monsalve. Mi padre se llamó don Lope de Monsalve, mi madre doña Mencía de Saavedra y a mí, única hija suya, me llaman doña Rufina de Monsalve y Saavedra; quedé muy niña falta de la compañía de mi madre, por llevársela Dios a descansar; mi padre, como mozo, pasado el año de la viudez, se aficionó de una dama de aquella ciudad con intención de casarse con ella. Tenía dos hermanos mozos y no deseaban que su hermana tomara estado por heredar della cierta hacienda que una tía suya la había dejado, antes quisieran que se entrara a monja por gozársela ellos, y así todos los casamientos que la venían, los estorbaban.

Llegó mi padre a recibir favores desta dama tan adelante, que ya estaba para sacarla por el vicario, pues de otra manera era imposible alcanzar el beneplácito de sus hermanos. Para de ahí a dos noches estaba hecho el concierto, y una antes de tener efecto, sabiéndolo sus hermanos por una criada, le acometieron y le quitaron la vida. Yo quedé huérfana y sin hacienda, porque la del mayorazgo de mi padre la heredaba varón, la que trujo mi madre se había gastado, y había mal orden de volver a cobrar su dote. Vendióse el menaje de casa, y con lo que dello se hizo (que fue poco) me puso una tía mía por seglar en un convento de monjas que se dice San Leandro. Allí, en compañía de otra hermana suya, estuve hasta edad de dieciséis años; en este tiempo fue servido el cielo de disponer mi remedio, viniendo con la flota de Indias un caballero de los Lodeñas desta Corte, prosapia ilustre y antigua en ella. Éste venía riquísimo y traía cartas de un primo de la tía monja con quien yo estaba, y algunos pesos que con ellas le enviaba; fue a visitarla y a darle nuevas del primo de quien era grande amigo, y en esta visita acerté a salir yo a la reja. Viome y debíle de parecer bien, porque luego se informó de quién yo era; díjoselo mi tía, junto con la desgraciada muerte de mi padre, y tanto se me aficionó, que dentro de quince días ya era yo su esposa, dotándome en veinte mil pesos ensayados; su hacienda valía bien más de ciento y veinte mil ducados. Vivió en mi compañía seis años, en el cual tiempo no tuvimos ningún hijo; al fin, faltando de mi lado, me dejó hecha heredera de toda su hacienda, reservando della cuarenta mil ducados, que manda sean para edificar una suntuosa capilla en una iglesia desta Corte, haciéndome el dueño de la ejecución desta obra pía; quiere que en ella haya cuatro capellanes con docientos ducados cada uno de renta, y uno mayor con 500, al cual estén subordinados los demás. He llegado a esta Corte habrá quince días y mirado en las parroquias della dónde habrá capacidad para ejecutar esta última disposición de mi esposo y no he hallado en ninguna de cuantas he visto que se pueda hacer la capilla como en ésta, dando la salida de la iglesia al

cimiento della, para que en él se haga la capilla; esto era lo que estaba mirando, porque yo querría hacer una obra insigne, que haya que ver toda la vida y que loar al que la fabricó.

Sonóle bien al padre cura la capellanía mayor, y viendo ser cosa que tan bien le estaría, procuró hacer de modo que no se le fuese aquel pez, determinando hacer cuanto pudiese así con agasajos como con favores, para que la determinación de la fingida viuda no se mudase de su iglesia; y así, con afable semblante la facilitó mucho, que allí saldría mejor que en otra parte con su intención y que él la allanaría todas las dificultades que se ofreciesen, y desde luego quiso mostrarla por dónde se daría salida desde la iglesia a la capilla; y así, los dos lo vieron y trazaron, y volviendo a salir al cimiterio, vieron que había en él capacidad para muy grande capilla; con esto la señora viuda le dio palabra que allí se haría, diciéndole al cura que en su persona había visto partes para prometerse della grande alivio y ayuda en lo que emprendía hacer, y que siendo así no lo perdería della, pues a nadie podía nombrar mejor que a él por capellán mayor, siendo un hombre doto y de tantas letras.

Quedó con esto el padre cura loco de contento, y no tenía razones con qué agradecer a la viuda la merced que le ofrecía; supo su posada y desde aquel día la frecuentó, visitándola siempre y regalándola y asimismo hizo que su hermana la visitase, a quien la astuta Constanza agasajó mucho y dio de merendar aquel día. En este tiempo no se dormía el entendimiento de la harpía, procurando fundar su estafa sobre buenos cimientos; lo primero que hizo fue mostrar al Cura el testamento de su esposo, que ella hizo escribir a su modo, de suerte que conformase con lo que había dicho.

Como el deseoso Cura no vía la hora de ver comenzada la obra, dijo que si quería que buscase maestro para darla principio; ella le dijo que ya los tenía buscados, porque habiendo visto en Toledo en algunos templos excelentes

capillas labradas a lo moderno, se informó de los que las habían obrado y la dijeron que estaban en la ciudad, y a los cuales había hablado y esperaba brevemente a uno para concertarse, contentándole una buena traza. Con esto el Cura habló al mayordomo de la iglesia, y concertado el sitio del cimiterio, sólo se aguardaba a la venida del albañil. En tanto nuestro Cura no dejaba de ir cada día a ver a su patrona, que así la llamaba ya, y de hacerle regalos saliendo de su condición (por ser sumamente avaro); mas como pensaba sacar de allí interés, daba por recibir.

Quiso un día la fingida viuda visitar a la hermana del Cura por pagarle la visita que la había hecho; y habiéndola acetada un domingo por la tarde fue con todo su coche, dueña y escudero a verla. Fue recibida del Cura y de su hermana con muestras de mucho amor, donde pasó la tarde muy entretenida y mejor merendada, porque el Cura echó aquí el resto.

Cerraba ya la noche y queríase ir cuando el Cura entró a decirle que pues había venido a hacerle merced a su hermana, en aquel día que podía tener un par de horas de divertimento, que no las perdiese, asegurándole que en su vida le tendría mejor, gozando de oír los mejores músicos y poetas de la Corte, porque en su casa se hacían las academias, como un poco aficionado a las musas.

No quiso doña Constanza dejar de acetar el ofrecimiento que le hacía, aunque le antepuso su hábito y recato; esto allanó el Cura, diciéndola que desde un aposento lo vería todo detrás de una celosía, sin ser vistas ella ni su hermana de nadie; con esto las llevó al dicho aposento, el cual tenía una ventana que caía a una sala cubierta con una celosía, de allí vieron esta sala, curiosamente aderezada de cuadros de países, de valiente pincel, y asimismo muchos ramos llenos de curiosas flores y mascaroncillos de pasta, puesto todo con tal orden y concierto que lisonjeaba los ojos. En el tope de la sala estaban tres sillas detrás de un bufete en que había aderezo de escribir. Había ya cerrado la noche y comenzaron

a encender luces alrededor de la sala (que toda estaba cercada de candeleros plateados) y en medio della un candelero en que se incluían veinte; todos se ocuparon de bujías de cera blanca, gasto que hacía nuestro Cura, que aquesta era excepción de su regla. En breve tiempo se llenó la sala de poetas, de músicos y de los mayores señores de la Corte, no faltando algunas damas que de embozo quisieron gozar de aquel buen rato por acreditarse de buenos gustos. Todos ocuparon sus asientos porque ya sabían los que les tocaba de otras juntas. Comenzó la música a prevenir el silencio y así, a cuatro coros, cantaron primorosos tonos en bien escritas letras por los mismos académicos. Acabada la música, que duró un buen rato, el presidente de la academia, que era Belardo Visorrey del Parnaso, viceprotector de las Nueve hermanas y el Fénix de la poesía, asistiendo en el asiento principal de las tres sillas, y a su lado derecho el fiscal y al izquierdo el secretario de aquella junta, mandó comenzar a leer versos de los asuntos que se habían repartido la academia pasada, que había sido ocho días antes. Tenía todos los papeles de los poetas el secretario, y el primero que dio a que se leyese fue uno del poeta Moncayo, insigne sujeto en la Corte y venerado por sus doctos escritos. Tomóle su dueño y en alta voz dijo así:

**Moncayo:**

**A un candil que juntamente era reloj de muestra**

Soneto

Tú que animado en breves resplandores  
ardes, nocturno sol de desengaños,  
tú que las horas muestras a mi años  
(¡oh, así como las muestras las mejores!),

cuenta también la edad de tus ardores  
que solicitan trémulos sus daños,  
mide esos instantes tus engaños,  
que efímeras hay llamas como flores.

Pronto verás lo que el lucir te cuesta,  
que a un paso más que des, fábula miras,  
cuanta verdad de luz me persuades.

¡Oh, cargo a mis horrores, sin respuesta,  
que siglo se prometen las mentiras  
cuando son tan caducas las verdades!

Notablemente suspendió al auditorio el soneto de Moncayo que, como de tan agudo ingenio, se había prometido lo que después oyó; hiciéronsele volver a leer más de espacio, causando la segunda vez tanta admiración como la primera, con que su autor se dio por bien premiado del cuidado que puso en escribirle.

El segundo asunto le tocó a Bartelio, que fueron cuatro décimas; tomó el papel y leyó:

**Bartelio**

**A una dama que ofreciéndola su galán imposibles en su servicio, ella le pidió que la olvidase**

**Décimas**

Imposibles, liberal,  
te ofrezco Isbella, que amor  
quiso obligar tu rigor  
por disminuir mi mal;  
efeto fue desigual  
ofenderme al obligarte.

Al que es tuyo por amarte,  
viviendo en ti, ¿cómo quiere  
tu rigor, que cuando muere,  
sea tuyo para olvidarte?

Si amor por merecimiento  
de la belleza se arguye  
o por estrella que influye

el mismo en el pensamiento,  
¿cómo seguiré tu intento,  
cuando en el rigor que ofreces  
un imposible apeteces?  
Pues para olvidarte, Isbella,  
he de vencer a mi estrella  
o negar lo que mereces.

Si amor es una pasión  
que vencer el alma trata,  
y ella lo que ama retrata  
con una fiel impresión,  
¿cómo podrá la razón,  
sin que mude de alma, hacer  
que te deje de querer?  
Pues que la tienes, procura  
borrar allá tu hermosura  
o dejarla de ofender.

Amor por mi cortesano  
imposibles prometía,  
sin ver que Dios ofrecía  
lo que ha de cumplir humano;  
si al rendirme fue tirano,  
violentando mi sosiego,  
temple tu rigor mi ruego,  
pues que puede disculparme  
(quien es tirano en prendarme)  
que fue al ofrecerte ciego.

Fueron desgraciadas estas décimas, siendo tan buenas en leerse después del soneto pasado, porque llevaban más aplauso; con todo se solenizaron, dando lugar a que el cuarto (sic) asunto se le diese a Lisardo.

**Lisardo:**

**A una dama que, llamándose Constanza, era mudable**

## Liras

Ayer, Constanza hermosa,  
tu amor creí con necia confianza  
y hoy hallé tan dudosa  
mi gloria cuanto cierta tu mudanza,  
conociendo, advertido,  
que a espaldas de tu amor vive tu olvido.

Antes en mi deseo  
admitido me vi que enamorado,  
y confuso me veo,  
aun antes que admitido despreciado;  
mujer fuiste en amarme  
y dos veces mujer en olvidarme.

Si admiración deseas,  
siendo firme serás más admirable:  
o tan bella no seas  
o no seas, Constanza, tan mudable,  
que en mi agravio han tenido  
una mano tu amor, otra tu olvido.

Ya que a ti no te imitas,  
no adornes tu firmeza de despojos;  
ser tu fe no permitas  
firme al oído, frágil a los ojos;  
facilidad te aclama;  
el nombre oculta, pues tu ser infama.

Busca otro nuevo dueño,  
verásme más contento que invidioso;  
haz de tu amor empeño,  
estaré más ufano que celoso,  
que tus locos desvelos  
tomarán la venganza de mis celos.

Porque yo, agradecido,  
si lloro el mal, no temo el desengaño,

pero él inadvertido,  
siendo tan cierto no previene el daño,  
y tú, fácil por horas,  
mañana has de olvidar lo que hoy adoras.

Aquí hicieron pausa los papeles, después de solenizar éste mucho, porque la música divirtiese otro rato; cantaron una letra y después della el secretario dijo en alta voz:

—A Lisandro se le repartió la Academia pasada que trujese escrita la fábula de Acteón; he sabido que está dispuesto, pero por ella (en otro papel que me han dado sin nombre) hallo escrita la misma fábula y viene remitida a mí, que la lea. Dióle licencia el presidente para ello y así rompió el silencio:

### **Fábula de Acteón**

Sangre esmaltaba de fieras  
de Beocia en la región,  
las peñas del monte sacro  
ara del libero Dios,

donde el hijo de Aristeo  
y viznieto de Agenón  
fue en arte venatoria  
dicipulo de Chirón,

y donde fortuna un día  
vitoriosas suertes dio,  
de su venablo el acero,  
de sus brazos el valor.

En él a su honesto empleo  
puso ociosa intermisión,  
esperando de la aurora  
siguiente aliento y favor.

Silencio a cincuenta canes  
el tiempo entonces prestó,

porque Acteón en su carrera  
latidos daba el menor.

Del monte en la falda yace  
amena selva, que al sol  
con opaca sombra hurta  
del sitio la posesión;

caverna su seno ocupa  
donde sin arte labró  
la sutil naturaleza,  
o bóveda o pabellón,

y el que en las ondas impera  
de artificiosa labor,  
órgano de plata, en que hace  
pulsando unas guijas son.

Allí con su casto coro  
a dar riquezas y valor  
Diana a las claras linfas  
sudando aljófar llegó.

Las flechas, aljaba y arco  
dio a una ninfa, y otras dos  
la escondida de sus galas  
descubrieron perfección.

Otras en urnas vestían  
sobre ella cristal veloz,  
que a su bulto de alabastro  
fue manto de resplandor.

Cuando en el sagrado oculto  
inadvertido garzón  
dio asaltos a su descuido  
y a su venganza temor.

De las ninfas voces tristes  
en tan desnuda ocasión,

Le hallaron sordo, aunque ciego  
de su luz fuera mejor.

Airada la casta diosa  
de estar sin armas, forjó  
en la fragua de Neptuno  
de cada perla un arpón.

El rostro le hirió con ellas,  
dejando en él su rigor  
señales de ser su siervo  
si de ser su esclavo no.

Y vi partiendo sus plantas,  
su cabeza coronó  
de sus años, y a sus ojos  
dio espanto y admiración.

Él, mirando su retrato,  
en el cristal le enturbió  
por no fiar su desdicha  
de espejo murmurador.

Ligero y con piel manchada  
escaló el monte Acteón,  
cuyas huellas de sus perros  
fueron el despertador.

Al fin le dieron la muerte,  
castigo que mereció.  
¿Quién viendo tanta hermosura  
no quedó muerto de amor?

En todos puso gran deseo de saber quién fuese el oculto poeta; el secretario dijo no saberlo; sólo sirvió de dejar por largo espacio a los oyentes, exagerando la bien escrita fábula. El quinto asunto se dio a Montardo, y él dijo así:

**Montardo:**

## A la velocidad del tiempo

### Soneto

Tiempo, el céfiro llevas en tus alas,  
cuando a buscar el mal el vuelo ordenas;  
¿cómo aunque el bien te solicite apenas  
el mismo curso que te mueve igualas?

Das al verano juventud de galas,  
que en un instante a túmulo condenas;  
cuando con más colores te serenas,  
con más nublados tempestad señalas.

Aún no estampan las huellas tus favores,  
cuando ya las ocupan tus castigos;  
momentos haces a las glorias de años.

¡Oh, nunca a mí me niegues tus rigores!,  
que como duran más, son más amigos,  
pues enseñan mejor los desengaños.

Celebrado fue el soneto, con estimación de su autor, por toda la junta de ingenios. Dijo el secretario tener al mismo asunto otro soneto expósito como la fábula y mandando que le leyese, él prorrumpió:

### Soneto

Voluble tiempo, a quien ligero cede  
del huracán mayor el mayor brío,  
tan firme en lo mudable como río  
que siempre corre y nunca retrocede;

deidad que por veloz todo lo puede,  
rastro que deja el ave o el navío,  
ligereza de quien sólo el desvío  
al sentimiento humano se concede;

antípoda veloz de mi tormento,  
imitación del pensamiento humano;  
mas, ¡ay!, que si no eres en tu abismo

la nave, el río, el ave, el pensamiento,  
antípoda, deidad o viento vano,  
sólo imagen de ti serás tú mismo.

Bien logró el autor su trabajo, pues le vio bien premiado con grande aplauso de todo el auditorio. Deseó saber el presidente si era el soneto del mismo dueño de la fábula pasada, mas a esto le dijo el secretario que la letra no era toda una, por lo cual presumía eran dos los poetas.

—No merecen encubrirse, que sus versos no son envergonzantes —dijo el que presidía—, no podrá pasar tiempo sin que sepamos quiénes son, porque sean admitidos en esta Academia, pues tan valientemente escriben. Prosiguióse con los asuntos y dióse el sexto a Silvio, que dijo así:

**Silvio:**

**Pintado un toro muy feroz en la plaza**

Indómito valor, fiereza extraña  
en dilatados miembros, bruto ostenta,  
del patrio suelo honor y en la montaña  
de varias fieras general afrenta;  
esculpida en la frente trae la saña  
que en ceñudos caracteres aumenta,  
juzgando su desprecio por despojos  
cuanto amenaza con sangrientos ojos.

Este, pues, pensamiento impetuoso,  
en leves cuatro vientos colocado  
(a cada afrenta al rayo poderoso  
de la mano de Jove fulminado),  
ocupó todo el término arenoso  
a los ligeros aires entregado,

y tan veloz el coso discurría  
que a un tiempo en varias partes se ofrecía.

Cuidadoso escuadrón, valiente fiera  
(más fiera entonces cuanto más valiente),  
asaltó fuerte, si alcanzó ligera  
flechando el arco, la increspada frente  
por donde sigue la mortal carrera  
por huellas deja túmulos de gente  
que a tal velocidad, a fuerza tanta,  
ni Alcides se opusiera ni Atalanta.

Ya de heroico valor acometido,  
el feroz animal, las astas hiere,  
y estimulado, más enfurecido  
alcanza al que volar en vano quiere,  
hasta que del contino golpe herido,  
a pesar del valor venciendo muere,  
que aunque resiste, está de cada herida  
cada boca pidiéndole una vida.

Aquí volvió a atajar la música los parabienes que a Silvio dieron todos, que fueron muchos, porque siempre escribía con grande acierto. Cantóse una letra escrita por el presidente y puesta en tono por el insigne maestro Capitán que dio mucho gusto a todos.

—El sétimo asunto, dijo el secretario, era una glosa que había de traer escrita Rosardo; no ha podido, en su lugar la trae otra persona que es también de las encubiertas; remítese a mí, que la lea.

Era el texto della del insigne y claro ingenio del Conde de Salinas; decía así:

Es el engaño traidor  
y el desengaño leal;  
el uno, dolor sin mal,  
el otro, mal sin dolor.

## Glosas

De tal suerte has suspendido  
Laura hermosa mi cuidado,  
que al verme de amor herido  
ni sé si soy despreciado  
ni si soy favorecido,

Tal vez juzgo que el amor  
me promete su favor,  
y tal vez temo, ¡ay de mí!,  
que quien me asegura así  
es el engaño traidor.

No hay gloria que no me impida  
el huille y el tenelle,  
porque es tan fiero homicida,  
que es fuerza a veces creelle  
para no perder la vida.

Es mi enemigo mortal  
y le doy crédito igual,  
que menos dicha me alcanza  
la cuerda desconfianza  
y el desengaño leal.

Si el engaño a tu desdén  
llama amor, inmortalice  
su piedad, mas ¿qué hará quien  
el desengaño le dice  
que tú no le quieres bien?

De los dos ignoro a cuál  
he de seguir, si neutral  
Laura en la elección me ves  
es, porque de los dos es  
el uno, dolor sin mal.

Mas ya el engaño clemente

mi pecho elige amoroso,  
el desengaño se ausente,  
que viene a ser más piadoso  
el mal que menos se siente.

Del desengaño el rigor  
muera, el engaño es mejor,  
que es para mi pensamiento  
verdugo el uno sangriento,  
y el otro, *mal sin dolor.*

—No se ha mostrado menos cuidadoso este oculto poeta  
—dijo el presidente— que los otros; la glosa ha sido  
excelente, y así pienso que habrá parecido a todo el  
auditorio.

Todos conformaron con lo que el presidente decía. Diose el  
último asunto a Castalio, que era jocosos, y dijo así:

**Castalio:**

### **Romance contra los que toman tabaco**

Gremio de las manchas pardas,  
tabaquista naricismo,  
que con el humo y el polvo  
mostráis gusto y tenéis vicio.

Nasón abultado en marca,  
más Nasón que el mismo Ovidio,  
que te falta para taco  
sólo ser de granadillo.

Narigón más dilatado  
que esperanza de judío,  
remanente de excrementos  
y taller de pasadizos.

Naso con terno de mártir  
que haces, por lo encendido,

para fina zanahoria  
caravana de novicio.

Narigonio uñas abajo  
que puedes, por lo aquilino,  
tener el tintero y cajas  
del coronista de Cristo.

Narizote criminal  
como dardo arrojadizo,  
que andas muy mal sin contera  
según estás de buído.

Nariz de mediana talla,  
de anchuroso frontispicio,  
que puedes servir de vaina  
a dos jiferos cuchillos.

Narigueta (corta en fustes)  
de tan prevenido aliño,  
que dice lo arremangado  
que para todos se hizo.

Narichata remachada  
más desfogo de mohínos,  
que les sirves de modelos  
a brazos y a falderillos.

Naricilis, tan infante  
que aún no eres nariz de anillo,  
pues parece que tu dueño  
puso en tu lugar su ombligo.

¿Quién te ha inclinado al tabaco,  
¡oh cónclave antojadizo!,  
que tragar el humo y polvo  
sólo es porción de precitos?

Réditos al polvo pagan  
diluvios de romadizos,

que de tal polvo tal lodo,  
dice el brocardico antiguo.

¿Sin decirte el Mementote  
tomas polvo?, ¿quién ha visto  
que a cada instante te encuentres  
con el miércos corvillo?

Si cursas la evacuación,  
gremio narigudo, afirmo  
que con la gran polvareda  
perderás a don juicio.

Graduado en chimenea  
de las del país más frío  
puede ir quien humo lleve,  
chispas come y traga cisco.

Quien humo sufre en su boca  
sufrirá un necio al oído,  
una armazón en su frente  
y dos trompetas vecinos.

Acabóse la Academia con el golpe de la risa de haber oído la  
sátira contra los tabaquistas. Diéronle parabienes a Castalio,  
y fueran más si la música no los atajara; cantóse  
diestramente tercera vez, y antes de repartir los asuntos  
dijo el presidente:

—¿Es posible que nos vamos de esta Academia todos sin  
saber quiénes sean los tres valientes poetas que han  
versificado hoy sin decir sus nombres?

No quiso el secretario que estuviesen más ocultos, y así dijo:

—Porque no es justo que esta junta se vaya sin saberlo, los  
dueños de los tres papeles que he leído son Siuranio,  
Gerardo y Hortensio, poetas célebres del Turia, que están  
juntos en esos asientos de atrás.

Entonces se levantaron y saliendo a la presencia destos dos les dijo el Presidente:

—¿Son vs. ms. por su desdicha de los poetas de la baja jerarquía, para esconderse por temor de parecer fríos? No, por cierto, que ya en esta Corte tenemos bastante noticia de sus claros ingenios, manifiestos por sus escritos; ya sé que desconfianza discreta puso a vs. ms. en ese encubierto sitio; no hay para qué de aquí adelante se embocen, sino entren en nuestra congregación, que a las musas que caminan sobre las alas del Pegaso, admiten las de la Corte, no a las que van por el suelo tropezando y levantando polvo. Por allá dicen se ha dicho que nuestras musas se vieron con las del Turia, fueran dichosas a ser de las que acá tienen fama, pero de las pedantes no hacemos cuenta; hase hecho donaire de la de un poeta que hace o cortos o largos los versos, porque no sabe más; dudo que haya tal monstruo en Madrid, porque nuestras musas nacen con la mensura de los versos en el entendimiento, y ejecútanla en sabiendo hablar, y así no hay necesidad de hacer romerías al Parnaso por sanidad de pies manos, que todos los tienen constantes en sus escritos. Grandemente se satiriza allá a las mujeres que piden, pues en verdad que acá tenemos la misma plaga, y nos estafan con toda nuestra penuria, pero no las tratamos tan mal; tanto dicen dellas, que nos ha dado curiosidad de saber si les dan algo y tenemos aviso que no, sino que otros las contribuyen y los poetas las persiguen; podían estos contribuyentes decir lo que un zapatero, que habiendo una noche perdido a las pintas quinientos ducados, que era todo su caudal, siendo preso por el exceso, se salió otro día a presentar a la sala donde el alcalde que presidía en ella le dio una reprensión muy larga, apasionándose mucho, a lo cual respondió el zapatero: «Pues señor, soy yo el que perdí el dinero y no lo siento, ¿y siéntelo V. S.?» Eso pueden decir los feudatarios a los satíricos. Vs. ms. sean muy bienvenidos a esta Corte a honrarnosla, tomen desde hoy lugar entre estos señores poetas y continúen el hacerme merced.

Sentáronse los tres entre los más estimados sujetos de la Academia y la música celebró con una letra su entrada en el museo. Repartió el secretario los asuntos y también dio a los forasteros para que trujesen versos de allí a ocho días.

Con esto se acabó la Academia, quedando nuestra viuda muy gustosa de haber visto lo que tanto había deseado; así se lo dijo al padre Cura, aunque por no dejar la hipocresía con que había comenzado aquella empresa, ponderó no haber en su vida recogídose a su casa tan tarde, haciéndole cargo al Cura que por él se había hecho aquel exceso.

El día siguiente, por no perder tiempo nuestra dama, trató con Mogrobejo de que hiciese dos diligencias: buscar un hombre secreto y amigo suyo que hiciese el papel de un arquitecto recién venido de Toledo, y que buscase quién le hiciese una traza o dos de una capilla. No se lo encargó a persona lerda, que en estos casos era el escudero una águila, y así a la noche ya tenía las dos cosas prevenidas para esotro día que vino a visitar a su patrona el Cura, con la cual ocasión (que a ella sola aguardaba) mandó la dama a su escudero que le llamase al maestro de obras; presto se le trujo a su presencia, en la cual, después de contentar de una de dos trazas que la mostró, comenzó a tratar del concierto, terciando el Cura, el cual, habiendo hecho las capitulaciones que los dos asentaron, se llamó a un escribano y ante él y testigos se otorgaron, obligándose el maestro a dar dentro de un año hecha la capilla. Pidió para principio de paga dos mil escudos, mas a esto se regateó y se le ofrecieron mil y trecientos, por intervenir en ello el Cura. Mandóle venir la dama dentro de dos días por el dinero, con lo cual se hizo el papel por entonces muy bien, quedando el Cura contentísimo y ya juzgándose con la capellanía mayor y los quinientos de renta, aunque presto tuvo el desengaño, como se verá.

Ya la Constanza había trazado el modo de tentar al Cura, y para esto había enviado a Mogrobejo aquella tarde por las joyas de sus amigas. Túvolas allí a media noche, estaban en un cofrecillo de terciopelo carmesí tachonado de bronce, y

por él mandó hacer otro que no se diferenciase en ningún modo de aquél, y juntamente con esto, cajuelas semejantes a las en que estaban las joyas.

Con esta traza (teniéndolo todo dispuesto) envió a llamar al Cura, que vino al instante, porque como era interesado era puntual en acudir a sus mandatos. Tomó silla, y habiéndose preguntado por sus saludes, le dijo la viuda:

—Señor doctor, yo tengo seis mil escudos en poder de los Fúcares y en plata. Cuando los dejé allí para que ganasen, me pusieron por condición que cuando los quisiese yo sacar de su poder, les había de avisar un mes antes; no sé como encarezca a V. M. cuánto me ha pesado de haber hecho tal, por la confusión en que ahora me veo para haber de dar este dinero a este hombre de la capilla; pero como no se puede hacer más, quiero valerme de mis joyas, que son de consideración y bastantes para pedir más cantidad; hélas hecho tasar por el contraste y esta es su fe.

Dióselas al Cura, y sacando uno de los cofrecillos en que estaban las joyas, que tenía sobre un bufetillo de estrado cubierto con un tafetán negro, comenzó a mostrar las joyas al padre cura, leyendo con cada una que vía la tasación della. Eran éstas las del boquirrubio de Milán y las del enamorado genovés que tenían el valor que se ha dicho. Admiróse el cura del fondo de los diamantes y la curiosa hechura de las joyas, y prosiguió la dama diciendo:

—Estas quería empeñar por mil y quinientos escudos y no sé por qué orden se haga, que yo, gracias a Dios, nunca me he visto en estos lances hasta ahora, ni ahora me viera si hubiera prevenido esto de la capilla.

Brevemente discurrió el Cura en que era aquella ocasión para hacer el empréstito, pues no perdía la cantidad y granjeaba la voluntad de su patrona, y así la dijo:

—Yo, mi señora, podré prestar a V. M. esa cantidad, aunque

no de dinero mío, pero de uno que tengo en mi poder dado en confianza para cierto empleo; nos podremos valer y por eso me atreveré a la grosería de tomar las joyas en prendas, que a ser mío, le juro a V. M. como quien soy que no intentara tal.

—De cualquier suerte, dijo ella, es muy grande el favor que recibo, y así, cuando V. M. se sirviere, llevará las joyas el escudero y traerá el dinero.

—Luego puede venir conmigo, dijo el doctor; traeráse aquí, contaráse y yo me llevaré las joyas.

—Sea como V. M. guste, dijo ella.

Con lo cual Mogrobejo se fue con el Cura en el coche y dentro dél volvieron brevemente con dos talegos grandes en que traían los mil y quinientos ducados en reales de a ocho.

La primera cosa que pidió el Cura a su patrona fue que aquella moneda se había de pagar en la misma especie, que no quería nada con premios de plata; asegurándole ella que así se haría, con lo cual se contó el dinero que embolsó la estafante moza, y sacando el cofrecillo vacío con solas las cajas de las joyas que imitaban a las otras, se le entregó por piezas, habiendo mostrándole otra vez las joyas y trocándole con mucha sutileza; y para que no le engañase el poco peso, estaba dentro de cada cajuela una piedra no preciosa, sino de la calle.

Tomó el Cura el cofre, que no lo quiso fiar del escudero y fuese a su casa. Fue suerte no estar su hermana en ella, que había ido con otras amigas a visitar el santo cuerpo de San Diego a Alcalá de Henares, que a estar allí, al mostrarle las joyas se descubriera el engaño y saliera mal dél nuestra dama. Guardóla y acudió a su iglesia a su obligación, con que se pasó aquel día.

La viuda, luego que vio el dinero en su poder, dejó la casa en que vivía y con su dueña y escudero tomó el camino a

Illescas, llevándose su moneda y joyas, dando a entender a los de casa que dejaba aquel cuarto por ser melancólico; de modo que todo el ajuar pasó en cherriones Mogrobejo a parte conocida, que era el asilo de sus embustes, y el coche también se ocultó, que no pareció por entonces.

Aquel día ni otro hasta la tarde no fue el Cura a ver a su patrona; llegó a su cuarto y llamando en él le fue respondido desde otro más arriba que ya no le habitaba nadie; preguntó la causa sin recelo alguno y dijéronle que a aquella señora viuda le había parecido melancólico y que así se había mudado dél y puesto cédulas para que por su cuenta se alquilase. Preguntó el doctor si había dejado dicho dónde se había mudado y dijéronle que no, sino es que a un escudero de casa que les vio ir se lo hubiesen dicho, el cual estaba fuera, pero que en viniendo lo sabrían. Con esto se fue el Cura sin pensar que se le hubiese hecho ningún engaño, en tal reputación estaba para con él su patrona.

Aquella noche llegó su hermana de Alcalá, con quien después de cena se trató de la viuda y él le dio cuenta del empréstito que la había hecho sobre las joyas, y diciendo esto, se levantó y de un cofre que tenía a la cabecera de su cama (custodia de su tesoro) sacó el cofrecillo, que estaba renovando las memorias de los que dejó el Cid al judío llenos de arena. Abrióle y sacando una cajuela en que le parecía que estaría una rosa de diamantes, halló en su lugar un duro pedernal de los que parten las ruedas de los coches de Madrid ruando por sus calles.

—Si son como ésa las demás joyas, dijo la hermana del Cura, bien dado está el dinero.

Con notable alteración fue el Cura abriendo las demás cajas y con mucha brevedad se vio engañado. Hacía y decía cosas de hombre fuera de juicio. No sosegó, sino que tomando una capa de color y su espada volvió a la casa que había habitado aquella harpía de su moneda, a saber si el escudero sabía nuevas de su mudanza. Halló más firmeza en su

obscuridad que él quisiera, y hablando entre sí palabras de hombre sin entendimiento volvió a su casa, donde sin decir nada a su hermana se arrojó en la cama, llamándose desdichado y miserable hombre; en todo decía verdad, que por tal le había escogido la Constanza para su estafa, pareciéndole era en él más lucida que en un liberal.

Aquella noche la pasó hecho un Jeremías el pobre Cura, y a la mañana fue a dar cuenta a un alcalde del robo que se le había hecho. Hízose la diligencia posible, todo a costa del dinero del pobre paciente, pero no se halló rastro ni señal de la tal Constanza, la cual estaba en Illescas con su dinero contando a su madre y amigas los lances que tuvo su empresa hasta salir con la vitoria.

Llegóse en este tiempo el día de la Academia en la casa del Cura, la cual hallaron los Académicos cerrada y sin prevención. Fueles dicho que él estaba indispuerto y no para tener embarazo en su casa, con que se fueron los poetas sentidos del descortés recaudo. En breve supieron la causa de su despedida y en venganza le hicieron multitud de sátiras que pudiera excusar a hacer valor del sentimiento.

### **Aprovechamiento de este discurso**

Nunca fue bueno debajo de especie de estorapia fundar engaños y maquinar hurtos, y así se reprehende a los que esto hacen. Engañar a los sacerdotes es atrevimiento terrible, pues son personas a quien debemos siempre tener el respeto que a Dios. La hipocresía siempre fue aborrecida de todos, y así Cristo nos amonesta que no seamos hipócritas tristes, que es un engaño que inventó el demonio cegando a los que la usan. Los entretenimientos lícitos que llevan el fin a habilitar los ingenios siempre son loados, como vituperados los que con la misma capa se enderezan a malos fines. La avaricia es la cosa más aborrecida del orbe y los

que la tienen son escogidos para ser engañados, cegándoles la codicia con que vienen a facilitar sus daños, como este sujeto de quien se ha tratado.

## **Estafa cuarta**

Confusa se halló la hermosa Dorotea de ver a su hermana y amigas en posesión de tan buenas presas y a ella en esperanza, y hubiera desistido de lo propuesto si esta negra honrilla no la hiciera salir de cobarde, pareciéndole que pues en ingenio no reconocía ventaja a ninguna, que por qué se había de amilanar y ser menos que las otras.

Con esto, pasados cuatro meses por dejar olvidar las ofensas del padre Cura, no trató de nada; pero después deste tiempo se puso en Madrid con su madre y Bañuelos en forma de criada de tocas. Volvió el coche a mudar pellejo y tiro de caballos, y, asimismo, cochero, y con otro nuevo se tomó cuarto en Madrid, en los barrios de Antón Martín, por diferenciar de los otros que habían vivido, y después de haberlo tomado y que fuese principal arrimado a cochera, con nuevo escudero que tomaron, se plantaron un día en la puerta de Guadalajara. Terrible atrevimiento, pues en viendo los galanes deste tiempo coche de damas vecino de tienda de mercader, huyen dél como de lugar apestado. En la más bien proveída de la Corte, pidió Dorotea un tabí de oro para ver; sacáronsele, y habiéndole descontentado pidió un espolín negro; llevósele la tela al coche y estándola viendo acertó a pasar por junto a él un caballero recién venido a la Corte de cierta ciudad de la Andalucía; asistía allí a unos pleitos y de camino holgábase en aquel apacible golfo de Madrid, donde tantas figuras nadan.

Vio este caballero a nuestra Dorotea que estaba divertida con el espolín y, como a chapetón en la Corte, dióle el dios de los arpones con uno (pequeñísimo debió de ser por serlo mucho el sujeto), y quedó palpitando por la moza y en contemplación de su beldad. Atendió ella a la suspensión del nuevo enamorado y no le juzgó por ventura hasta averigualle

el caudal, que de la postura no se descontentó, si bien de la presencia es menester que hagamos descripción.

Era el joven de hasta veinte y seis años, de buen rostro, pero tan pequeño de cuerpo que le debió de hacer la naturaleza para diseño de hombre antes que para criatura racional; pero después, por verle bien hecho de todos sus miembros, gustó que tuviese alma. Teníala en todas sus acciones, porque alcanzaba a todas partes como hisopo de aldea, pues el entendimiento era bueno; hablábalo bien aliñado, si bien tal vez mostraba en la prosa una punta de culto por serlo en los versos, de que se preciaba mucho.

Éste, pues, llegó al coche de nuestra dama, que estaba ocupada en mirar el espolín, a quien dijo:

—¿Qué se le ofrece a V. M., mi señora, en que la sirvamos? Que yo, de mi parte, estimaré que V. M. me quiera emplear en que pague lo que eligiere su buen gusto, y así con esta seguridad puede vuestra merced escoger lo que fuere servida.

Cubrióse el rostro la dama y dijóle:

—O yo he salido con buen pie de casa o V. M. quiere parecer prodigio en esta Corte; porque tal oferta no se ha hecho con tanto ánimo desde que Macías expiró atravesado con la lanza de su enemigo. Santíguome una y mil veces de lo que V. M. ha dicho solamente; ¿hase visto tal temeridad, al primer encuentro ofrecer ferias sin conocer a quién se las ofrece?

—Básteme, dijo, el que V. M. se haya descuidado con el manto para haber visto lo que obliga no a cosas tan pocas sino a muchos excesos, y si esto lo parece en esta Corte por faltar de liberales en ella, dígase que de Andalucía ha venido quien lo sabe ser con damas que lo merecen como V. M. No me vuelvo atrás de lo dicho, antes la suplico que si esa tela le contenta a V. M. la tome.

—Hecho había della elección —dijo ella— para un vestido,

más en la de V. M. deajo, ya que me hace merced el vestirme a su gusto, por poder decir que con esta acción resucita las memorias de aquel siglo de oro, cuando los galanes esperaban a pie firme a las damas en este sitio.

Esto dijo descubriendo un poco el rostro y mostrando en él una agradable risa, con lo cual no hubo menester más el boquirrubio galán para entrar en la tienda y convertir el espolín en otro de raso de más precio; sacó dél lo que bastaba para vestido muy cumplidamente, con todos los adherentes necesarios para guarnecerle y forrarle; y de más a más tomó media docena de pares de medias de tres colores: verdes, turquesadas y nácar para la dama. Sacado todo el recado, la señora Dorotea mostró con agradecimientos parte de la paga al caballero, sustentándole un rato de conversación, en la cual supo su casa y pidió licencia para verla.

Para la primera salida no fue mala presa la de dos mil reales que costaría el vestido y las buenas esperanzas de tener más, prometiéndose del nuevo amante liberales acciones como éstas, y que tendría con qué las hacer bien. Era así, que el galán era rico y pródigo sumamente. Dio el coche la vuelta a casa y siguióle un criado del caballero, porque aunque la dádiva obligaba a tratarle verdad, las damas son poco seguras, las de la Corte, (de la data desta se entiende) para fiar de lo que aseguran; halló ser verdad lo que le había dicho, con lo cual otro día la fue a visitar. No halló descuidada a la dama que, para más amartelarle, se había adornado con lo mejor que tenía. Hallóla en su estrado, y cerca dél a su madre y a Bañuelos haciendo papeles de dueñas.

Aquella tarde toda se le fue al galán en manifestación de sus partes, en contar su origen y dar razón de su mayorazgo. Su nombre dijo ser don Tadeo de Silva. Parecióle desairado a la dama, y así le dijo oyéndosele:

—¡Ay, señor! ¿Y en su tierra no confirman los obispos?

—Sí hacen, mi señora —acudió él; pero aunque mi nombre es poco usado fue fuerza tenerle por gusto de don Tadeo Tristán de Lorgones, mi tío, de quien heredé una buena parte de hacienda libre que poseo.

—Ahí no replico —dijo ella; pues se dora con dinero, pase como píldora.

Con esto la dama le dijo ser casada con un caballero que estaba en Indias, a quien esperaba en la flota, el cual había quedado preso en Lima y ella había acudido a diligenciar su libertad y el desembargo de toda su hacienda, que no era poca. De nuevo se le ofreció el señor don Tadeo a servirla en cuanto le fuese de su gusto, porque sabía las incomodidades que los pretendientes tenían en la Corte.

—Algunas se pasan —dijo ella; pero a mí, gracias a Dios, nunca me ha faltado con qué sustentar dos criadas, un escudero y un coche de lo que truje de Indias; mas no por eso desestimo el favor, antes hago dél la estimación que es razón, teniéndome por muy feliz en haber conocido tal voluntad en V. M.

De nuevo hizo el caballero exageraciones della y viendo ser hora de irse desocupó el asiento despidiéndose con muchas cortesías.

Desde aquel día no paró Dorotea hasta averiguar si era verdad la hacienda de don Tadeo, y halló la información como la podía desear, si bien con cierta pensoncilla, que era tener fama de gran tahúr, pero de muy dichoso en el juego, con que se podía tolerar lo de serle aficionado. Procuró enamorarle muy de veras, de suerte que le fuese puntual feudatario; continuáronse los amores, haciendo la dama muy de la esquiva por picarle más; con esto llovían presentes en su casa, si bien eran todos de cosas de comer, que Dorotea trocara a preseas o cosas de más valor, más tras de lo uno esperaba lo otro.

Entre las gracias que nuestro don Tadeo tenía eran dos de que él se preciaba mucho: la una ser poeta, como se ha dicho, y la otra excelente músico. Quiso una noche desliar el fardo de sus habilidades y estando al brasero con Dorotea (que era tiempo dél), mandó a un criado suyo traer su guitarra y con ella cantó esta letra:

De lo pardo de dos nubes  
celosías hace el Sol,  
de invidia que a Manzanares,  
honra Dorista con dos.

Sus rayos van previniendo  
recato a todo pastor,  
pues de tanta luz se teme  
otro incendio de Faetón.

Alegre vigor ostentan  
cada planta y cada flor,  
que tocadas de sus plantas  
tienen doble perfección.

Las fuentecillas risueñas  
paran su curso veloz  
y en ver tal deidad, la aplaude  
la que de antes murmuró.

Celio, mirando a la causa  
de su bien nacido amor,  
esto su dulce instrumento  
en su alabanza cantó:

«Si tu vista a los campos tanto alboroz,  
dobles son los efetos en quien le adora.»

Como deseaba atraer a su voluntad nuestro don Tadeo a la de la dama, echó aquí el resto de su destreza cantando esta letra con mucha gala, de modo que agradó mucho a Dorotea. Después de haberla cantado, dijo:

—¿Qué le ha parecido a V. M., mi señora, el tono y la letra?

—Que uno y otro son admirables —dijo ella.

—Pues todo es hecho —replicó don Tadeo— por un muy firme servidor de V. M.

—¿Cómo?, dijo la dama; ¿luego poeta es?

—Aficionado a las musas —dijo él.

—No lo puedo creer —dijo Dorotea.

—¿Por qué lo duda V. M.? —replicó don Tadeo.

—Yo se lo diré —acudió la dama—, pues tanto lo desea saber. Yo he leído el libro del *Laurel de Apolo*, y me acuerdo que V. M. no está en aquella lista de los cofrades del Parnaso.

—No puso su autor a los poetas de tan pequeño nombre como yo tengo.

—No es sino porque se persuadió —dijo la dama— que en su patria, hablando de tejas abajo, no podía haber cosa buena.

Esto dijo por picarle, a lo cual respondió el galán con mucho despejo:

—Cuando sea así como V. M. dice, yo soy excepción de esa regla, por haber tenido bueno el adorar en esa beldad.

—¡Miren por donde se quiere calificar! —dijo ella; por ahí se esfuerza más mi razón, pues hace V. M. favor a quien tan pocos méritos tiene.

—No hablemos en eso —dijo don Tadeo—, que yo tengo el bastante conocimiento para saber que estoy bien empleado, sino cierto de su favor. Pero volviendo al *Laurel de Apolo*, a muchos ha dado pesadumbre no verse allí puestos, y es cierto que esto lo manifiesta ser hasta en obras más limadas

y peor advertidas. Bien creo que el divino ingenio de Lope no pudo comprender todos los ingenios de España, que era fuerza quedársele algunos olvidados que no lo merecieron, pero yo aseguro que no los deje su pluma sin premio, donde conocerán los Aristarcos de poquito que se está en sus trece en no acordarse dellos por más cosquillas que le hagan. Yo, como he dicho, no he llegado a tanto que por mis versos tenga tan alta colocación, esto se gana con estudio y obras con el tiempo, llegará el mío como el de todos, de que quiero tener más buena esperanza que ruin posesión.

Quiso atajarle el discurso Dorotea, y así, pidiéndole la guitarra, y después de haberla tocado un rato, con mucha destreza y con admiración de don Tadeo, cantó así:

¡Ay, cómo regocija la selva  
con su canto sonoro la Filomena!  
Mas ¿qué mucho si oyendo sus dulces quejas  
calman los vientos, paran las fuentes  
y escuchan las fieras, y suspensos todos se alegran?

Dulcísimo ruseñor  
que con canto enamorado  
das alivios al cuidado  
y suspensión al dolor,  
si la causa de mi amor  
llegare a oírle, procura  
obligarla tu dulzura  
que menos ingrata sea.  
¡Ay, como!, etc.

Nunca cese y siempre cante  
tu centro, que en lo quejoso  
es lisonja al bosque umbroso  
y rémora al caminante.  
¡Quién (oh, pajarillo amante),  
con voz tierna, dulce y clara  
tales efetos causara  
en la que el alma desea!

¡Ay, cómo!, etc.

Sumo gusto recibió don Tadeo con la letra que oyó a su Dorotea, cantada con tanta gracia y donaire, y no hallaba exageraciones con que alabársela; pero con las que su ingenio alcanzó ponderó grandemente su destreza y voz y pidió con grande afeto le dijese cómo era la enamorada letra. Ella le dijo que el tono la habían dado en Sevilla y que presumía que el poeta sería también de allí. De nuevo lo celebró todo don Tadeo, con que se hizo hora para irse a su posada y dar lugar a que cenase su dama un capón de leche que él la había enviado acompañado de dos perdices. No quisiera ella tanta volatería, sino dádivas del talle de la primera de la puerta de Guadalajara; con todo, se le mostraba tierna y hasta lo que era dar una mano a escondidas de sus dueñas lo hacía, dando lugar que el enamorado joven pusiese en ella su boca con mucha devoción, con que iban sus esperanzas en aumento. Finalmente aquella noche se despidió de su dama, aunque de mala gana, y se fue a pasarla en largas memorias de su hermosura.

Andaba Dorotea cuidadosa por dónde daría acuña al boquirrubio amante, presumido de Narciso y más de poeta, y desvelábase en estos pensamientos; pero ella comenzó esta conquista con tan buen pie que se le vino a las manos, como se dirá adelante.

El día siguiente no vio don Tadeo a su dama, novedad que la puso en cuidado, si bien lo atribuyó no la haber hecho visita al mal día que hizo, que era el invierno áspero; pero esotro día adelante se desquitó, yéndose desde las cuatro de la tarde a entretener con la dama. Cantó algunas letras enamoradas escritas por él al estado en que se hallaba su amor, que para el buen entendimiento de Dorotea eran súplicas para su mejora del galán, si bien ella se hacía desentendida de todo; pero él, porque no se hubiese ido en balde la diligencia y cuidado con que versificó, la daba a entender al fin que había invocado las musas quejándose de

su rigor, y así le dijo:

—Cierto que cuando considero la veneración que damos a las damas y cuán subordinados vivimos a su voluntad amando, que comenzando de mí, me compadezco de todos los amantes viendo cuánto padecen.

—¿Será mucho, señor don Tadeo? —dijo la dama.

—Si ello es —respondió él— al compás de lo que yo padezco, mucho mal tienen; y lo peor es el padecerle con pocas esperanzas. Ayer maldije a una dama mil veces, leyendo el rigor que en su amante había usado.

—¿Quién era la rigurosa señora —dijo Dorotea— Anacorte?

—Esa fue extremo de crueldad, aunque en ésta no faltó —dijo él. Con el mal día que ayer hizo me estuve algo más en la cama, y para divertir algunas penas tomé un libro.

—Haga V. M. pausa —dijo Dorotea— que quiero averiguar si su amor es de calidad, que se puede doblar la hoja cuando se quiere a la pena, porque me holgaré de saber ame con esas comodidades.

Bien quisiera el galán no haber dicho aquello ni pasádole por el pensamiento, pero de la manera que lo enmendó fue con responder:

—Señora mía, la pena siempre la hay, pero el divertirla es buscar cosas amorosas que la consuelen, leyendo buenos sucesos en amantes pretensiones.

—Bien se ha salvado el yerro —dijo ella. Pase V. M. adelante con su discurso.

—Tomé, como digo, un libro de novelas de un italiano llamado Francisco Sansovino, que escribe en su idioma, en el cual leí la altivez y crueldad de una dama francesa con su amante, que fue extraña debiéndole tanto amor y voluntad.

—¿Y por eso la maldijo? —dijo Dorotea.

—¿Es poco delito —replicó él— ser desagradecida a un puro y honesto amor y tras eso, sin gusto de premiar, hacer peligrosas experiencias dél?

—Ya tengo gana de oír referir a V. M. la novela —dijo la dueña (que estaba haciendo labor cerca dellos)—; si se sirve, pues es larga la noche, háganos esta merced.

—No sé si gustará dello mi señora doña Dorotea —dijo el galán—, que oír crueldades de mujer es decir mal dellas.

—Yo tengo mucho gusto —dijo la dama— que V. M. la refiera por pasar el tiempo.

—Así lo suplico yo —dijo él— que sirva de sólo pasar el tiempo y no de ejemplar para mi daño.

—Así será —dijo ella; va de novela.

Sosegóse un poco en su asiento y dijo desta suerte:

En la provincia de Turena, en Francia, hay una populosa ciudad que llaman Bles, fertilísima de todos los bienes que la naturaleza cría para regalo de los hombres; ésta fue patria de madama Flor, hija de monsieur de la Flor, caballero antiquísimo en el reino. Era única hija suya y la más hermosa dama que había en toda Francia. En lo más florido de su edad murió su padre, dejándola heredera de su hacienda, que si bien no era mucha, podía pasarse honestamente con ella con esperanzas de merecer por sus partes un rico esposo. La hermosura que siempre desvanece a las mujeres, hizo este efeto en madama Flor con más extremo que en otras, porque con verse aplaudir y exagerar tanto de hermosa, le parecía que el Delfín era corto empleo para sus merecimientos.

Había en la ciudad muchos caballeros que la servían y

festejaban con intento de merecerla por esposa; y entre ellos quien más se señalaba en su servicio era Rugero de Angulema, caballero noble, hijo natural del duque de Angulema, que habiendo estado preso este principal señor en la fortaleza de Bles (que es de las más inexpugnables del reino), tuvo este hijo en una señora de las más principales de la ciudad, y de la parte della quedó este caballero señor de su hacienda al tiempo de su muerte, y después reconocido del Duque, cuando murió, por hijo suyo este generoso joven, bien querido en la ciudad, estimado por sus partes y loado por sus virtudes. Adoraba en la belleza de madama Flor y era con tanto exceso lo que la quería, que como centro suyo, nunca salía de su calle. Hizo en su servicio muchas fiestas de justas, torneos y otros ejercicios semejantes, propio de los caballeros de su edad, en que gastó mucha parte de su hacienda y todo esto (con no igualar con él, ninguno de sus competidores) no era estimado ni aun bien admitido de la dama, que mucho altiva y poco inclinada a casarse, no hacía caso de ninguna acción destas en particularidad de las de Rugero, por parecerle que el no ser legítimo (aunque hijo de tan gran señor) la agraviaba en poner en ella sus pensamientos con fin de matrimonio.

Esto le dio a entender a Rugero por una dama que él puso por tercera en sus amores, con lo cual le dio tan notable pena, que perdiendo la salud cayó enfermo en la cama. Fue visitado de los médicos con mucho cuidado, que vían cada día más evidente el peligro de su vida e ignoraban la verdadera causa de su mal; sólo convenían en que tenía mucha parte en él la melancolía.

Sabía un amigo de Rugero la causa de su enfermedad, a quien él se había descubierto, y viéndole tan al cabo que no le daban los médicos quince días de vida, por no ver malograr su juventud se determinó verse con madama Flor, causa deste daño, con la cual estuvo en visita un día que la halló con la dama que había dado el desengaño a Rugero; hízola cargo como por su severidad y altivez aquel buen caballero

perdía la vida con el sentimiento de su desprecio y suplicóla que aunque fuese fingido en su voluntad, le enviase a visitar de su parte, que él estaba cierto que sólo con esto tendría mejoría. Tanto instó el buen amigo (que Filiberto se llamaba) y así mismo la dama que estaba con madama Flor, que ella más por importunaciones que por voluntad que tuviese le envió desde allí un recaudo con un escudero, en el cual le significase el pesar con que estaba de su mal y que le pedía se procurase alentar para dar a todos contento con su mejoría.

Llególe este recaudo a tan buena ocasión que si se tardara dos días más no fuera menester; oyólo el doliente caballero con mucho gusto, casi dudoso de que fuese verdadero, pero dándole el escudero los testigos que se hallaron presentes, le dio crédito a él; respondió que su mal procedía de su rigor y que así, cesando la causa, con la merced y favor que le hacía es cierto que cesaría el efeto y con esto estaría para esforzarse a levantar otro día.

Con esta diligencia que hizo Filiberto por su caro amigo él mejoró en pocos días y volvió como antes a servir a madama Flor, la cual hacía poco caso de sus finezas. Ofrecióse un día hallarse Rugero en parte donde estaba esta dama, en ocasión de irse juntando damas y caballeros para un festín, y como se viese casi a solas con ella en una parte de una gran sala, le dio muchas quejas de su crueldad, representándole su mucho amor y las finezas que por ella había hecho en su servicio, suplicándola se doliese dél y diese entrada a comenzar a conocer sus honestos deseos. Atenta le había escuchado la dama y notado en él con los vivos afetos que le había dado las quejas, y así le respondió estas razones:

—Señor Rugero, no dejo de conocer lo mucho que me amáis y los servicios que en orden a esto me habéis hecho; mas mi inclinación es tan esquiva y tan poco afeta al himeneo, que como lejos de tal empleo lo estoy de favorecer a nadie, y cuando me determinara, en estos tiempos que se usan pocas finezas en los galanes, había de experimentar muchas en el

que había de elegir esposo.

—Si a eso os determináis —dijo Rugero— yo haré tantas que excedan a cuantas se vieron en los siglos del celebrado Macías.

—Eso es mucho prometer —dijo ella— y al fin dificultoso de cumplir; pero porque veais que no soy tan huraña como os parezco, si vos hacéis por mi gusto una cosa que yo os mandare, echaré de ver que sois el extremo de la gala y adelantaréis méritos a cuantos os compiten y me pretenden.

Rugero, ajeno de penetrar el pensamiento de la dama, le prometió con fuertes juramentos que haría todo cuanto le fuese mandado, aunque fuese la cosa más dificultosa del mundo. De nuevo le hizo ratificar en los juramentos y segura por ellos, le dijo:

—El verdadero amor consiste en la resignación de la voluntad del amante en la de la dama y en la obediencia pronta a sus mandatos, supuesto lo cual y que otro ha de estar en vos firme, yo os mando que desde hoy en dos años no habléis palabra con hombre ni mujer alguna, aunque os sea hecho cualquier agravio; con esto veré si obedecéis mi mandato y me tenéis amor.

Quedó Rugero suspenso por un rato, considerando el riguroso precepto de la dama y loco capricho suyo, pero por ser un prodigio de obediencia y un portento de enamorados, lo que hizo fue darla a entender por señas que sería obedecida y que cumpliría lo que la prometió; y así se atrevió a besarla una blanca mano en señal de su obediencia y dejar la fiesta.

Fuese a su casa, donde por señas comenzó a mandar algunas cosas a sus criados, dejándoles admirados de verle sin habla en tan breve tiempo. Con esto, pasó la palabra de que Rugero había enmudecido, que no causó poca lástima en la ciudad entre los caballeros y damas della, donde era tan bien querido, juzgando que de algún grave accidente le había

sucedido tal desgracia. Hízole gran fuerza Filiberto para saber dél de dónde le había procedido, más Rugero se encogía de hombros y con esto daba a entender no saberlo.

Bien era pasado un mes que el galán proseguía con su fineza, cuando llegó a la ciudad orden del rey Carlos Séptimo que gobernaba a Francia, para hacer gente contra el Rey de Inglaterra que se le había entrado por Normandía y tomado en ella su principal ciudad, que es Roan. Habiendo sabido esto Rugero, se determinó ir a servir al Rey en aquella ocasión y cumplir en la guerra el tiempo de los dos años de mudo. Previno dineros cuantos pudo y con cuatro criados se partió a Normandía, donde se alistó debajo del orden del duque de Guisa, caballero anciano, que sabiendo quién era le honró mucho, compadeciéndose de su desgracia.

Dentro de dos días que llegó al campo del Rey nuestro caballero mudo, se sitió la ciudad de Roan y de allí a otros dos tuvieron con los ingleses una reñida escaramuza, en la cual se señaló Rugero con conocidas ventajas, ganándole dos estandartes al enemigo que presentó al Rey, por lo cual le hizo capitán de una compañía de caballos.

Con este cargo, en las demás refriegas hizo notables cosas, con que se comenzó a dilatar por el campo la fama del caballero mudo, que así era llamado de todos.

Habían avisado los sitiados al Rey de Inglaterra que les enviase socorro, y un día que se les daba un asalto, cogió a la gente francesa por detrás el ejército inglés que les venía de socorro, con que les puso en notable aprieto, llegando a tanto rompimiento que el Rey se halló a pie y cercado de sus enemigos, muy cerca de prenderle. Llegó a este tiempo el esforzado Rugero, el cual, viendo a su Rey en tan peligroso trance, haciendo con la espada ancha calle por los enemigos, llegó a pesar suyo donde estaba y apeándose de su caballo se le dio y puso en él; y él procuró coger otro de los enemigos con que pudieron salir de aquel aprieto y retirarse con la demás gente en buen orden. Esa noche mandó el Rey

llamar a Rugero y por premio de lo que había por él hecho, le hizo gentilhombre de su cámara con cuatro mil escudos de renta.

Poco duró la guerra, porque llegándole al Rey nueva gente de París, ganó la ciudad y hizo salir della a sus enemigos con grande daño suyo. No se mostró en esta ocasión Rugero menos valeroso que en las otras, antes más, pues fue el primero que puso el estandarte real en las murallas de Roan. Con esto se prosiguió el alcance hasta echar de Francia a los ingleses y el Rey se volvió a París.

Habíasele aficionado tanto el duque de Guisa a Rugero que le llevó por huésped suyo a su casa, a donde le comenzó a regalar con mucho cuidado y amor como si fuera su hijo.

La fama de Rugero había llegado a París y estaba muy dilatada. Entre los que más deseaban verle era una madama Leonor, hija del duque de Guisa, a la cual se le cumplió el deseo muy a su gusto, pues le tenía por huésped en su casa. A esta dama visitaba a menudo Rugero, si bien era breve en las visitas, porque como habían de entenderse por señas, no quería cansar el galán a madama y no se cansara ella aunque durara mucho, porque le estaba sumamente aficionada, y cada día sentía más verle sin habla, por parecerle que si la tuviera pudiera ser su esposo.

Por la vitoria que el Rey tuvo de los ingleses quiso que hubiese fiestas en París, y así ordenó que éstas fuesen unas justas reales, en que quiso ser mantenedor el duque de Humena y fue su ayudante el caballero mudo. Aquí se excusa la proligidad de referir las galas, invenciones y letras que en ellas hubo, dejando al discurso del auditorio entender que fiestas en corte de Rey y hechas por su célebre vitoria, sería todo hecho con gran cuidado. Quien más en ellas se señaló fue el caballero mudo, que ganó seis precios, el primero ofreció a la Reina, y los cinco a madama Leonor, hija del duque de Guisa, su huésped, la cual estaba la más alegre del mundo viendo a Rugero tan bizarro y alentado en las justas,

de donde se acabó de rendir del todo al niño amor sin ser parte para resistir esta pasión amorosa ni dejar de amarle.

Tanto fue el gusto que dio aquella tarde el caballero mudo al Rey, que desde entonces era uno de los caballeros que más privaban con él, siendo con esto de los caballeros más lucidos de la Corte, estimado en ella de todos los príncipes y señores.

Parecióle al Rey que oyendo Rugero —que es lo que les falta a los mudos— podía ser curable su enfermedad y publicó un bando, que cualquier persona que emprendiese su cura, señalando término para dejar sano a Rugero, le darían dieciséis mil ducados.

Esto se dilató no sólo por Francia mas por Italia, España y otras partes, viniendo de todas ellas los más expertos y dotos médicos que había, los cuales, cada uno de por sí, emprendía la cura señalando plazo, pero no salían con ella; de lo cual enfadado el Rey mandó que el que se dispusiese de allí adelante a curarle, entendiéndose que si no salía con la cura, había de dársele prisión perpetua, con lo cual se atrevieron pocos a intentarlo, y esos quedaron en prisión.

Llegó el bando del Rey a oídos de madama Flor en la ciudad de Bles, habiendo antes tenido nuevas de la altura en que estaba Rugero, su amante, pues como supiese con certeza la condición del bando, con la misma se prometió salir con la cura y ganarse aquella suma de dinero que el Rey prometía; y así dispuso luego su jornada a París, acompañada de una tía suya, a quien dio parte del secreto que esto encerraba. Pidió audiencia al Rey y puesta en su presencia le dijo cómo se ofrecía dentro de quince días dar sano a Rugero y restituirle su habla como de antes, pero con una condición, que la habían de dejar sola con el caballero en su aposento todos los días el tiempo que durase la cura. Todo se le ofreció por parte del Rey y aún más cantidad de dinero de la prometida si salía con la empresa. Con esto la llevaron a casa del Duque de Guisa, y fue en ocasión que estaba Rugero

fuera en compañía del Duque. Mientras que venía, se entró la dama en el cuarto de madama Leonor, a quien dijo a lo que era venida y del modo que había de curar a Rugero. La hermosura de madama Flor puso cuidado en el pecho de la hija del Duque para pensar (por el recato con que había de ser curado Rugero) que algún secreto había allí escondido, y así al instante mandó a una criada que previniese por aposento en que se hiciese la cura uno que ella señaló del cuarto de Rugero, donde había una ventana pequeña que cubría un cuadro de pintura, de la cual curiosamente quiso ver cómo se hacía esta cura; esto le encargó a la criada con secreto.

Llegaron en esto a casa el Duque y su huésped, que venían de Palacio, donde supieron del Rey la venida de madama Flor y lo que con él había concertado. Mucho gusto había dado a Rugero la venida de la dama, infiriendo della que más codicia que amor la traía a restituírle la habla, o por mejor decir, darle libertad a la lengua para volver a su natural uso. Viéronse con la dama, fingiendo Rugero no conocerla, cosa que ella atribuyó a disimulación suya. Quiso luego comenzar su empresa y así fue llevada al aposento señalado por madama Leonor, en el cual la dejaron sola con Rugero, cerrando ella las puertas con cuidado y reconociendo en el aposento si podían ser oídos por otra parte.

Ya estaba la hermosa Leonor puesta en su ventanilla para oír y ver todo lo que entre los dos pasase, con no pocos recelos en su pecho, que como quería bien a Rugero procedían éstos del mucho amor que le tenía. Viéndose pues a solas madama Flor con su obediente amante, le dijo estas razones:

—Señor mío, ¿qué semblante es ese que en vos veo en presencia de vuestra cara y amada Flor? ¿Esa es la alegría con que esperaba de vos ser recibida, ese el contento de verme en esta Corte? Bien echo de ver que esa novedad procede del sentimiento de haber sido tan cruel con vos, pero ya es llegado el tiempo en que vengo a alzaros el juramento y que podáis hablar, exagerando que en los

pasados siglos ni en otros no ha habido ni hay tan fino ni obediente amante como vos, pues con tanta puntualidad habéis querido ser el fénix de amor. Bien podéis, Rugero mío, hablar que aunque no haya pasado el plazo que puse a vuestro silencio, yo quiero que lo sea y que goce esta Corte con vuestra habla de un caballero discreto como ha gozado de vuestra gala. ¿Qué remisión es esa en callar? Mirad que me voy presumiendo que es ya venganza de mi crueldad. Yo concedo que la tuve con vos no estimando tantos servicios como me hicisteis; mas ya vengo arrepentida de haber sido tan necia, y pues me reconozco, podéis tener esperanzas que será para estimaros de aquí adelante por señor y dueño mío.

Lo que hacía Rugero a esto era encogerse de hombros y significar con señas que no podía hablar, queriendo darla a entender que la costumbre del callar le había dejado mudo. De nuevo le volvió a persuadir la dama que hablase y no se vengase della, tomándole las manos, y tal vez echándole un brazo al cuello; mas Rugero se estuvo en sus trece callando y con presupuesto de no condescender con su gusto, que ya el amor que la había tenido se le había pasado conociendo el rigor que con él había tenido.

Viendo, pues, madama que no había modo como Rugero hablase, enternecida y algo pesarosa de haberse puesto en aquello, se despidió dél y se fue a su posada diciendo al Duque que esperaba dejar en breve sano a Rugero.

—Así lo creo —dijo él—, que quien tiene tantas gracias no le faltarán para hacer esa cura.

Volvamos a la dama que, deshecha en celos, había estado escuchando la plática de madama Flor con Rugero, la cual procuró verse con él aquella tarde, y haciendo que sus criadas despejasen el aposento, quedándose a solas con él, le dijo así:

—Señor Rugero, bien creo que en mis acciones habréis echado de ver la estimación que hago de vos, conociendo

vuestras partes con una grande inclinación que ahora me obliga a decir que pasa a voluntad, deseando que vuestro defeto tuviera enmienda para que fuérades más favorecido. Esta, que se llama ya afición, ha engendrado (con la venida desa dama) cierto recelo en mí que me ha obligado a ser hoy algo curiosa, de suerte que he oído todo cuanto madama Flor os ha dicho y he conocido de la plática que no por accidente estáis mudo, sino por mandato suyo. Quien a esto se aventuró, claro está que sería con sobra de amor, si bien no merecía tal correspondencia quien con tan extraño capricho quiso probar vuestras finezas. Desta primera vista he quedado, si no segura, por lo menos con esperanzas (viéndoos tan mudo como antes) que no queréis obedecerla en hablar, aunque ella os alza el juramento que la hicistes y da por pasado el plazo de la obediencia; por donde veo que con mejor acuerdo habréis echado de ver que en esa dama no hay amor, sino arrogancia y codicia; aquélla para manifestar que fue poderoso su mandato con la fuerza de su hermosura a hacer mudo a un amante suyo, y ésta para cobrar el interés que por vuestra cura se promete. Si yo tengo algún mérito para con vos en haberme declarado, os ruego que prosigáis con vuestra venganza, de suerte que ella no vaya tan ufana de la vitoria que esperaba, y si así lo hacéis, creed de mí que no será mal galardonado.

Alzando el dedo, prometió Rugero cumplirle lo que le mandaba, satisfaciéndola allí por escrito que a ella sola quería por dueño de su alma y que sólo aguardaba a que cumpliese el plazo de los dos años, que era de allí a veinte días, para hablar. Con esto se partió de la presencia de madama Leonor, besándola una de sus hermosas manos.

Continuó su cura madama Flor cada día, persuadiendo a Rugero a que hablase, ya con caricias, ya con lágrimas, mas ni unas ni otras no fueron parte para ser obedecida, significándola con señas que él estaba mudo de veras, con lo cual la dama se desesperaba de pesar conociendo lo cierto en él, que era habersele pasado el amor y querer vengarse

de su crueldad.

Toda la Corte estaba aguardando el efeto de la cura de la dama, mas pasados los quince días el Rey mandó que fuese puesta en una torre de palacio presa, donde era cosa notable ver el sentimiento con que estaba, que era de modo que perdía el juicio.

Llegóse el término de los dos años, el cual pasado, la primera persona que gozó de la habla de Rugero fue la hermosa Leonor, con quien una tarde estuvo en larga conversación, dejando a la dama contentísima con su entendimiento y ya con resolución de no admitir otro por esposo sino a él.

Esotro día que Rugero habló con su dama fue a palacio a vestir al Rey, a quien suplicó que por señas le oyese aparte. Entráronse en un camarín donde Rugero, habiendo besádole la mano, primero le dijo todo el principio de sus amores con madama Flor y lo que en su servicio hizo hasta estar a pique de morir, todo procedido de su mucho amor. Diole cuenta del riguroso precepto de la dama y cómo le había guardado todo el término de los dos años, que le había cumplido tres días había. Finalmente, le dijo cómo por vengarse della no había querido que saliese con su cura, pero que le suplicaba la diese libertad y la enviase contenta a su patria.

No se puede encarecer lo que el Rey se holgó de ver con habla a su privado Rugero, al cual abrazó muchas veces, y saliendo con él donde estaban sus caballeros les dijo lo que Rugero le había contado, con que luego se dilató su fineza por París.

Quien entre todos se holgó más de verle con habla fue el duque de Guisa, el cual, habiendo echado de ver que él y su hija se miraban con afición, pidió al rey que los casase. Hiciéronse las bodas en presencia de madama Flor, que asistió a ellas con bien poco gusto, considerando perder ella aquella ventura por haber sido altiva y cruel. A instancia de Rugero se le dio a la dama la mitad del tallón que había

señalado el Rey para quien le diese habla, con lo cual se volvió a su tierra y Rugero se quedó con su esposa muy contento, recibiendo cada día grandes mercedes del Rey, con quien privaba.

Este castigo tuvo madama Flor por su crueldad, con que nunca se casó. Filiberto, el amigo de Rugero, fue a verle, a quien dio muchas joyas y preseas y le casó de su mano con una parienta de su esposa.

Aquí acabó don Tadeo su novela, dándole las gracias Dorotea de haberla entretenido tan bien con ella; él pidió perdones de la mala prosa, a que acudió doña Dorotea:

—Bien sabe V. M. que no tiene defetos en el hablar.

Responder quería don Tadeo, cuando le atajó su razón oír en la calle una bien templada guitarra que con un sonoro diferenciar prevenía querer su dueño cantar; atendieron todos, y acercándose más a la ventana (que era baja), oyeron a una sonora voz de un bien entonado bajete estos versos:

Avara naturaleza  
quiso con manos civiles  
hacer un modelo de hombre  
en un sujeto meñique.

Un átomo racional  
que a veinte pasos un lince,  
de ser o no ser persona,  
duda en su vista concibe.

Quinta esencia de facciones  
exprimió por alambique,  
con que fue melindre de hombres,  
si hay en los hombres melindre.

Infundióse en él una alma  
que aunque de especies sutiles,  
la pequeñez de tal cuerpo

llama calabozo triste.

Porque en distrito tan corto  
con tanta apretura vive,  
que en un bostezo o suspiro  
no halla aun aire que la alivie.

Discurriendo por el cuerpo  
(si hay cosa en que discurrirse)  
pasa con forma pigmea  
por mil injurias terribles.

Porque tal vez un verano,  
que se descuidó en dormirse,  
le sacó de su reposo  
por una pierna una chinche.

Y hubo pulga puesta en pie  
(tentada de la irascible),  
que quiso, haciéndole un repto,  
barba a barba competirle.

A este sujeto palpable  
(si bien con forma invisible),  
quiso adquirir por vasallo  
el dios que venera Chipre.

Para atravesarle el pecho  
no de arpones se apercibe,  
que a sutileza de aguja  
hacer su tiro remite.

Con lo cual el chichimeco,  
amante en finezas, firme,  
a una niña manifiesta  
su amor con quejas en tiple.

Deseando por jarifo  
si le quiere, y si le admite  
en su torneado cuello

tener lugar con sus dijes.

Tiene conchas la taimada  
y dudo yo que peligre,  
cuando él piensa con su garbo  
que la ha de dar algún pique.

Viviendo con esperanzas  
ni asegura ni consigue,  
que nada puede alcanzar  
quien hongo en la tierra asiste.

Los nombres de los amantes,  
que amor en su vista escribe,  
son, Dorista el de la dama  
y él don Tadeo o don Nichil.

Mientras la sátira se cantó, mudó nuestro galán el rostro de varios colores, disimulando cuanto pudo. Bien lo notaba la dama, pero no quería interrumpir el oír la sátira; mas llegando a la última copla en que se declaró que se había hecho por don Tadeo, él perdió del todo la paciencia y, calando el sombrero y sacando la espada, acometió a irse por la puerta diciendo:

—Yo sabré castigar a un pícaro este desvergonzado atrevimiento o no seré quien soy.

La que primero se abrazó con él fue Dorotea y luego su madre y la dueña; mas él, a pesar de todos, hacía fuerza para salir, muy perdido de cólera. Parecióle a Dorotea que en aquella ocasión venía pintado un desmayo, y como quien tan bien sabía fingir, dando un suspiro muy doloroso se tendió en el suelo. Acudió la buena Bañuelos a tomarle la cabeza en sus faldas, diciendo:

—¡Malditos sean los hombres, amén, que con su cólera causan tantos daños! Miren este ángel si ha sentido verle salir a la calle, que se nos ha quedado sin sentido.

Con esto, comenzó a fingir un copioso llanto, como quien tenía fáciles las lágrimas para toda ocasión; no hizo menos su madre, diciendo:

—Si tiene conciencia, debe anticipar a su enojo la salud de esta señora antes que salir a vengarse.

Con esto pusieron grillos a los pies de don Tadeo, aunque no salía de muy buena gana a reñir, que por cumplir con su dama había hecho aquel desafuero, por no parecer cobarde a sus ojos, que en rigor más era dado a lo de Adonis que a lo de Aquiles. Turbóse en extremo de haber sido ocasión de aquel susto en su dama y procuró, con apretarla el dedo del corazón, que volviera, diciéndole no pocas ternezas; todas las oía la socarrona y no hacía corta fuerza para no reírse.

Al fin, de allí a un rato, volvió, no en sí (que ya lo estaba), sino a hablar, diciendo:

—¡Jesús y qué hombre tan arrojado! ¿Él es el que quiere? No lo creo, pues tan poco caso hace de mí emprendiendo lo que es contra mi gusto.

Él procuró desenojarla con caricias y no tuvo que hacer poco.

En este tiempo llegaron sus criados que venían por él, con quien se fue a su casa, no poco picado de la sátira que le cantaron, y diera por saber el autor della cuanto tenía para hacerle matar a palos.

El día siguiente envió un gran regalo a Dorotea y con él un rico faldellín que sin haberle dicho nada había mandado hacer en su nombre. Estimó la dama el presente y envióle a decir que no había podido dormir en toda la noche de pena, temiendo no hubiese salido en busca del músico de la sátira.

Con esto se proseguía con su martelo adelante, dándole buenas esperanzas Dorotea de que tendría premio su afición, con que vivía alegre.

Mientras Dorotea había estado en Illescas, vino a aquella villa de la imperial Toledo un caballero estudiante con otros amigos en romería, a visitar aquel insigne santuario de la Emperatriz de Cielos. Éste (cuyo nombre era don Basilio) se enamoró de la dama, y tanto la supo obligar, que alcanzó el premio que deseaba sin mucho interés, porque, degenerando de su codicia y tiranía, a ella le pareció bien el caballero; éste la vino siguiendo a Madrid, donde se le daba entrada en casa con presupuesto de que no quebrantaría el precepto de «no estorbarás», tan importante para la gente del trato de Dorotea. Tomaba el escolar lo que le daban y no se metía en más, de suerte que ni inquietud de celos ni temores de mudanza le quitaban el sueño, sólo su fin era cumplir con su apetito, y lo demás lo dejaba correr, dando muestras con esto de su buena condición. A este caballero había encargado Dorotea que hiciese una sátira a don Tadeo y que se la cantase cuando supiese que él estaba de visita en su casa; no lo encargó a lerdo, y así presto halló un poeta de los muchos que sobran en Madrid, que se la hizo dándole noticia del sujeto, y hecha, buscó a un músico que se la cantase. Logróse bien, pues sin ignorar nada la oyó el mismo don Tadeo para quien se había hecho.

Volviendo, pues, a sus amores, él los llevaba en buen punto, creyendo verse presto en posesión de galán de Dorotea.

Casóse un amigo de don Tadeo y él fue convidado a la boda. Dio aviso desto a su dama y díjola que fuese a San Sebastián, donde se holgaría de ver mucha gala, así en los novios como en sus padrinos y acompañantes. Quiso Dorotea darle gusto, y así fue en su coche a ver de embozo la boda. En la iglesia la conoció su amante, el cual estaba aquel día más galán que el sol, con un vestido bordado que para ella había hecho; adornábale con ricos botones, cadenas y cintillo de diamantes, y no se olvidó de dar también un adorno a las manos con preciosas sortijas que valían mucho dinero. Parte destas joyas eran suyas y parte prestadas.

Llegóse a donde estaba Dorotea, la cual le alabó su gala y

bizarría, de que no poco se envaneció. Díjose la misa a los novios, y para volver a acompañarlos se despidió don Tadeo de su Dorotea, pidiéndole ella con mucho encarecimiento que aquella noche fuese su convidado; él lo acetó, aunque dijo que agraviaba al amigo, pero que no faltaría causa con qué excusarse, pues le era su convite de más gusto.

Ya Dorotea tenía, desde que vio a su galán, forjada la burla que le había de hacer, y así se previno de todo lo necesario.

Aquella tarde se jugó largamente a las pintas en casa de los novios, donde don Tadeo estuvo de buena dicha, pues ganó más de mil quinientos escudos en joyas y dineros; alzóse del juego, y a la hora de las oraciones acudió a ver a su dama, de quien había de ser convidado, llevando pretexto de hacer todo su esfuerzo en quedarse allá aquella noche. Fue recibido de Dorotea con muchas caricias y no menos de su madre, en forma de dueña, y de Bañuelos, encareciéndole lo galán que venía; publicó su buena suerte en el juego y dio de barato a su dama cien escudos en oro y a las dueñas a cada una ocho. De buena suerte se vio Dorotea, pues halló que toda la ganancia la traía consigo en los bolsillos, que apenas se podía mover.

Mientras se aderezaba la cena se cantó un poquito y después se habló, donde en la conversación manifestó su deseo de quedarse el galán, y tanto instó, que Dorotea condescendió con su gusto, llevando el intento que después se dirá.

Mandó don Tadeo a sus criados que se fuesen a casa y que a la mañana, a las diez, volviesen allí trayéndole otro vestido. Ellos se fueron también con barato, no poco contentos de ver que su amo tomaba aquella noche la posesión de lo que le había costado tantos desvelos.

Prevenida la cena, cenaron los dos amantes, siendo servidos de las dos dueñas solamente; en la bebida de don Tadeo se le echaron unos polvos que causaban dentro de breve tiempo profundo sueño, y él brindó a su dama largamente,

pareciéndole que siendo pródigo con Baco lo sería con él Venus. Con esto se levantaron los manteles y quedaron hablando los dos amantes en varias cosas. Deseaba ya Dorotea que los polvos hiciesen su efeto y para que más brevemente le escutiesen, llevó a su amante a su aposento, mandándole que se desnudase; él lo hizo con mucha presteza, y para engañarle la astuta moza, se comenzó poco a poco delante dél a ir destocando.

Apenas don Tadeo hubo entrádose en la cama y reclinado la cabeza en las almohadas, cuando comenzaron a obrar los polvos con tanta fuerza que daba los ronquidos tan fuertes, que se oyeran en la calle. Comenzó a llamarle la dama y a moverle, mas él estaba como un muerto. Así lo tuvieron hasta la media noche, previniendo en el intermedio su fuga, ayudándolas el estudiante que se halló allí y el cochero; recogieron las joyas de don Tadeo y el dinero de su ganancia, que todo valía más de dos mil y quinientos escudos, y puestos los cofres a punto, los mudaron a parte segura que ellas tenían prevenida de antes.

Sólo restaba lo que se había de hacer de don Tadeo.

El estudiante, como era bellacón, dio en un capricho extremado, y fue que así desnudo le sacó de la cama y le envolvió en un pedazo de manta colorada vieja, muy fajado como niño, delante le puso un paño como babador y de un cordel, pendientes por dijes, un pie de puerco que había sobrado de la cena, que sustituía por mano de tejón o tasugo (remedio contra el ojo). Del otro lado le pendía una mano de mortero y un cencerro. Con esto le metió en un serón y así envuelto cargó con él, acompañándole el cochero, y le fueron a colgar de un balcón de la casa de un indiano muy miserable, donde le dejaron y volvieron a casa, hallando todo el menaje della dispuesto para trasladarlo con lo demás; hizóse así, poniéndose en salvo todos.

En su profundo sueño y metido en su serón pasó la noche el pobre de don Tadeo al sereno y colgado de un balcón,

cuando se pensó estar en los brazos de su Dorotea.

Restituyó la aurora la luz a los mortales dando de su venida noticia las alegres aves, cuando el indiano salió a abrir las ventanas, habiendo en ella madrugado más que su gente, propio de avaros, que aun el rato que duermen piensan que se les defrauda el tiempo. Abrió el balcón y vio del pendiente la espuerta. Sacó los antojos, que era hombre de edad, y reconoció bien lo que era, no pudiendo determinarse a distinguir lo que estaba dentro, si bien se presumió que le habían echado algún niño a sus puertas. Con este temor llamó a sus criados, a los cuales mandó que descolgasen la espuerta y se la subiesen allá. Hiciéronlo y, abierta, vieron al buen don Tadeo adornado en la forma que se ha dicho como criatura y con un papel en el pecho; diéronsele a su amo (muertos de risa de ver tal espectáculo y de que estuviese aún todavía durmiendo), el cual leyó en él estos versos:

La madre que le parió  
aqueste niño que veis,  
para que vos le criéis,  
a vuestras puertas le echó;  
el bautismo se le dio,  
no se vuelva a bautizar,  
que el agua le podrá helar;  
su crianza no os asombre,  
él mismo os dirá su nombre,  
que pienso que sabe hablar.

De nuevo causó risa al indiano y a sus criados la décima hecha al niño expósito. Alguno dijo que era persona principal y haberle visto en buen traje en la Corte. Lo que se hizo del pobre caballero fue ponerle en una cama, donde estuvo durmiendo hasta de allí a media hora; pero así como despertase y reconociese el aposento donde se vía y no ser el de la casa de su dama, comenzó a dar voces, acudieron los criados del indiano y como le extrañase el no conocerlos, les dijo que le dijese dónde estaba. Llegó a este tiempo su amo, el cual en breves razones le hizo relación de cómo le habían

hallado, cosa de que se halló en extremo corrido y afrentado

Mandó salir a los criados y con su dueño se declaró, diciéndole sus amores, la burla que se le había hecho y quién él era; con lo cual fueron a su posada a llamar a sus criados que le trujeron de vestir y en el coche del indiano se fue desesperado de pena. Hizo hacer luego diligencia para saber qué se había hecho de Dorotea y trujéronle nuevas como aquella noche había dejado el albergue y no se sabía della. De nuevo se hicieron otras más apretadas, pero todo aprovechó poco. Vino a dilatarse por Madrid la décima, de suerte que de afrentado don Tadeo hubo de dejar la Corte y irse a Flandes.

Dorotea, triunfante con la presa, acudió a Illescas, donde se celebró entre las compañeras su burla y estafa por la mejor, y todas de conformidad se determinaron a irse a vivir a Granada y no tratar de más embelecocos. Hicieron su jornada, y llegando a aquella insigne ciudad vivieron por un tiempo pacíficamente, donde las deja el autor deste libro por ahora, prometiendo, si sale a gusto del lector, escribir el de *Los vengadores de las estafas* placiendo a Dios, y *La niña de los embustes*.

### **Aprovechamiento de este discurso**

En el aliento que tuvo Dorotea para no ser menos que sus amigas, reprehende a los que hacen caso de honra el querer emprender cosas viles como otros, viniendo a ser después causa de su infamia.

En la prontitud con que acetó el vestido en la puerta de Guadalajara, amonesta que no deben ser las mujeres tan atrevidas en acetar, pues quien se deja obligar es fuerza también obligarse a la paga.

El apresurarse don Tadeo a amar dé escarmiento para que se guarden de ser fáciles en vencerse, pues desto resultó el daño que se siguió en perder sus joyas, dineros, y lo más,

que fue la reputación.

LAUS DEO HONOR, ET GLORIA.

